

# 168 EL ESPAÑOL

3 Ptas.

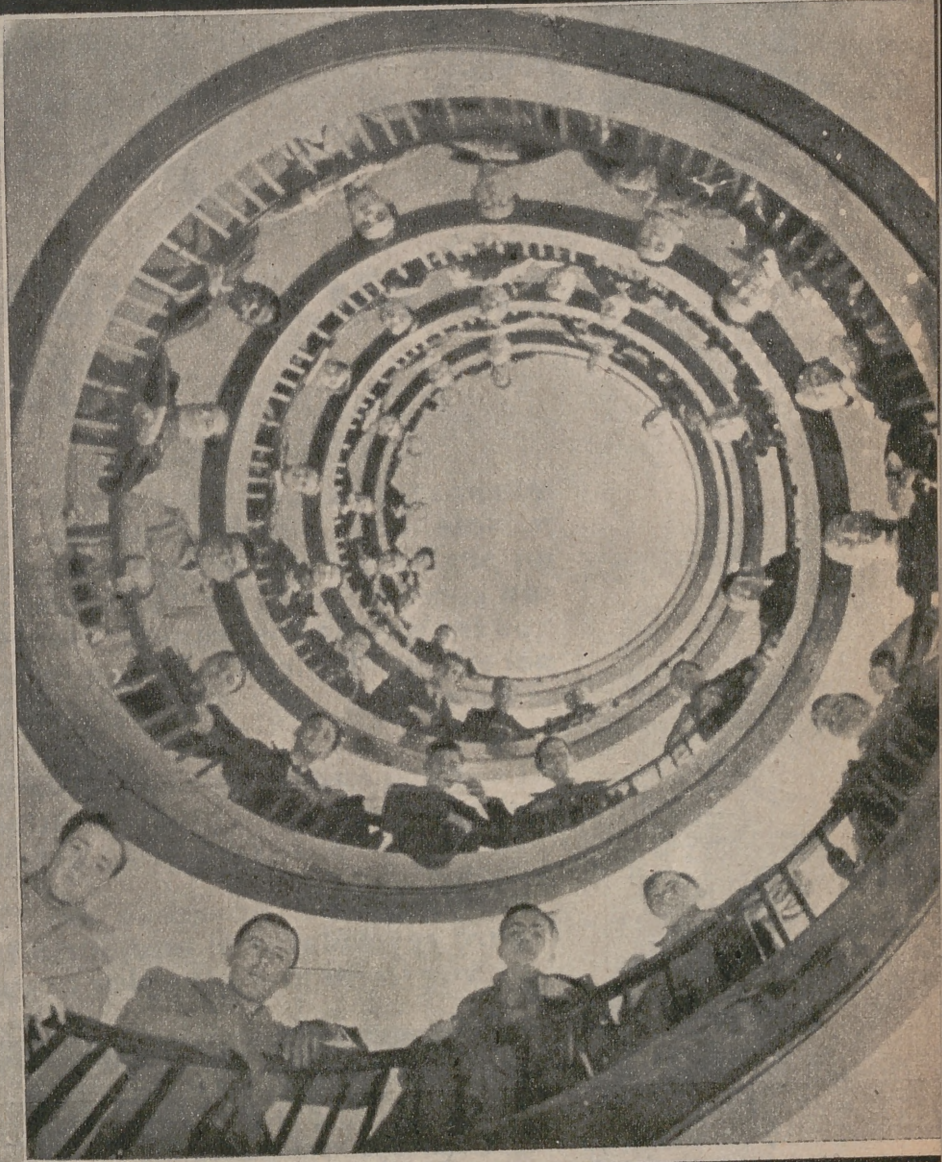
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid. 4 - 10 marzo 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 379

## LA CONJURA TIENE NOMBRES PROPIOS

UN PLAN  
COMUNISTA:  
CORROMPER  
Y SUBVERTIR  
A LA JUVENTUD

LA POESIA  
Y LOS CONGRESOS  
DE ESCRITORES  
COMO  
INSTRUMENTO  
DE LA AGIT-PROP



¿Quedará abolida la pena de muerte en Inglaterra

Por Enrique Ruiz García (pág. 55)

La nueva liturgia de Semana Santa, por Gerardo Rodríguez (pág. 9) \* Entrevista con Elena Quiroga, por Margarita Rosel (pág. 13) \* Navalcarnero, por E. Salcedo (pág. 16) \* Apuntes para las Memorias de un redactor político, por Bla- Francisco Casares (pág. 22) \* A las puertas de los cien años. Don Nicolás Guzmán, farmacéutico de Sonseca, por Bla- ca Espinar (pág. 25) \* Comprensión, por E. Guerrero, S. J. (pág. 30) \* Puerto de Santa María, por J. Sutil (pág. 32) \* «Pasajeros de este planeta. ¿Dónde vamos?», por Jules Romain (pág. 44) \* La extraordinaria biografía del padre Pove (pág. 47) \* Entrevista con Ginés Liébana, por M. J. Echevarría (pág. 56) \* «Tata», novela, por Dolores Medio (pág. 58)



DARD

## LA MOROSIDAD INTELLECTUAL

Muchas veces, una idea obstinada, un cálculo que no sale, una dificultad que no se allana, un problema que parece insoluble, son consecuencia, no de incapacidad, sino de lo que los psicólogos llaman "morosidad intelectual", pereza fisiológica de la que no es responsable el cerebro.

La causa radica en alguna deficiencia orgánica: el estómago, el hígado, el intestino. Concretamente no puede precisarse.

Pero sí puede corregirse con "Sal de Fruta" ENO para restablecer el equilibrio funcional, avivar la mente y limpiar el cuerpo de toxinas.



C.S. 14252

ENO se vende en dos tamaños.

El grande resulta más económico.

**"SAL DE FRUTA" ENO**

MARCAS

REGIST

**REGULA Y CONTROLA LA FISIOLOGIA**

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID



# LA CONJURA TIENE NOMBRES PROPIOS

## UN PLAN COMUNISTA: CORROMPER Y SUBVERTIR A LA JUVENTUD

### LA POESIA Y LOS CONGRESOS DE ESCRITORES COMO INSTRUMENTO DE LA "AGIT-PROP"

EN su número del día 16 de febrero, «L'Humanité», órgano oficial del partido comunista francés, publicaba un artículo de Santiago Carrillo.

Entre otras confesiones, de las que ya nos ocuparemos más adelante, se encuentran las siguientes: «Lo que no negamos, evidentemente, es la parte de responsabilidad que nos incumbe en la lucha de los intelectuales contra la España actual. Estamos orgullosos de esta responsabilidad.» «Es un hecho que el partido comunista español, dirigido por su Comité central, cuya cabeza es Dolores Ibarruri, se encuentra en el centro de toda esta lucha...» «Dolores Ibarruri y nuestro Comité central han repetido en diversas ocasiones que el partido comunista está dispuesto a formar un frente nacional con todas las fuerzas y todos los elementos...»

Las declaraciones de Santiago Carrillo, miembro del citado Comité central y sujeto, para los españoles, de trágica memoria, las pasó por alto «La Croix» al ocuparse de este asunto. El diario parisiense y su supuesto corresponsal en Madrid, Pierre Donissan, cuya existencia hay que creer por artículo de fe, pues ni está acreditado legalmente ni nadie le conoce, tienen su línea preestablecida e inalterable en cuanto a España se refiere o pueda referirse: la línea panfletaria y pasional de coincidencia y ultranza con todo aquel y todo aquello que, dentro o fuera de nuestro país, suponga un ataque frontal o indirecto, explícito o implícito —no importa el origen, la causa ni la profesión política o ideológica de los promotores— al régimen nacido de una Cruzada y a sus instituciones. En el número de ese periódico del día 20 de febrero, en una crónica amañada de su pseudo corresponsal, siempre al servicio de las turbias corrientes informativas subterráneas, cuyos conductos tortuosos nos son perfectamente conocidos la mayor parte de las veces, silencio lo que

su colega francés «L'Humanité» había proclamado, y no siente empacho en servir a sus lectores esta versión: «De hecho, el estudiante Miguel Alvarez no fué víctima de ningún atentado, sino de un tiro disparado con mala suerte...»; «No es cierto que estos tristes acontecimientos sean maniobra comunista...»; «Que los comunistas han intentado perturbar el orden y cometer crímenes, carece totalmente de fundamento»



Pero la maniobra comunista, que «La Croix» pretende escamotear, obediendo a su cínica y permanente actitud antiespañola, tiene sus nombres propios, tiene su mecanismo, tiene su desarrollo y sus etapas, tiene sus centros motores—como tantas veces, con ramificaciones en la Babel parisiense—, tienen sus objetivos inmediatos y últimos, ha tenido sus cómplices y ha tenido la suicida cooperación, consciente o inconsciente, de los ya clásicos «compañeros de viaje» del comunismo. De todo ello existen pruebas y testimonios irrefutables. Existió maniobra comunista y hubo «compañeros de viaje». Santiago Carrillo decía en su artículo: «Así como los comunistas no tienen la pretensión de ser los únicos inspiradores del movimiento de

#### DOS HOMBRES BAJO UNA MISMA DISCIPLINA

Enrique Múgica Hertzog tiene ahora veintitrés años. Nació en San Sebastián, y su madre, Paulette Hertzog, es una polaca de origen hebreo. Su padre fue un militante destacado en la zona marxista. Con diecinueve años corridos, marcado acento vasco, dotes muy cultivadas para las relaciones sociales, unos ojos siempre vigilantes a cuanto ocurre en su alrededor, con un ideario político de neto sabor filocomunista y una audacia extraña para penetrar en los mas distintos núcleos, tertulias y grupos, universitarios y extrauniversitarios, hace su aparición en la Facultad de Derecho de Madrid. Todo le preocupa, pero particularmente las actividades culturales y literarias. Trabaja y participa con actividad sorprendente en la organización de los llamados «Encuentros entre la Poesía y la Universidad», organización y sesiones poéticas que aprovecha sutilmente pa-

oposición, así saben los que participan en él, sin que sea necesario explicárselo, que marchan conjunta o simultáneamente, según los casos con los comunistas.» El lo dice y nosotros prescindimos ahora del mayor o menor valor de esta aseveración. Lo que sí resulta comprobado, evidente, es que a la juventud universitaria española se le venía poniendo cerco; que el neoliberalismo, el progresismo y el neutralismo ideológico, juntamente con el comunismo, habían penetrado hábilmente en su recinto. Por lo que a la acción comunista se refiere, los hechos documentalmente confirmados en toda su crudeza y aleccionadora realidad para propios y extraños, son los siguientes:

ra extender el radio de sus relaciones a esferas superiores y aun a zonas distintas a las específicamente estudiantiles. Por sus amistades más íntimas tiene, como quien dice, un pie en la Facultad de Derecho, otro en la de Filosofía y Letras, a través de Jesús López Pacheco; una mano en la de Medicina, mediante Julio Diamante, y la otra en la de Ciencias, donde su novia, María del Carmen Diago Bozal, una chica riojana cuyos padres viven en San Sebastián, esta matriculada y tiene o va adquiriendo cierta fama de mujer intelectual y abierta a todas las corrientes del pensamiento.

Estamos en el curso académico 1953-54. Precisamente en marzo de 1953 Enrique Múgica ha hecho un viaje fuera de España. En París, del hotel Lafayette —rue de Lafayette, 8—, va y viene a la casa donde reside Antonio Terrones, esposo de una prima carnal de su madre, exiliado, de manifiesta ideología comunista, con el que tiene un cambio de impresiones políticas y coincidencias ideológi-

cas. Pasa sus ratos en el café Italiano, del bulevar de Saint Germain —rogamos al lector que no olvide el nombre de este establecimiento—, y consigue ponerse al habla con Jean Cassou, intelectual entonces comunista staliniano, y actualmente titista, esperando que se le abran de nuevo las puertas de Moscú. Jean Cassou se negaba, en un principio, a conceder entrevista a quien procedía de España. Pero Múgica le tranquiliza diciéndole que es un escritor contrario al régimen español imperante.

Esta explícita confesión no será obstáculo para que cuando llegue a Madrid procure desarrollar activamente un acercamiento al S. E. U., aunque, una vez situado socialmente, procure luego ir cortando estas relaciones. De vez en cuando manifestará el mundo de ideas que íntimamente profesa y habitualmente defenderá la necesidad de mutua armonía, convivencia y comprensión entre todas las tendencias ideológicas. Mas adelante, ya en 1954, mes de noviembre, en pleno curso, recalará



nuevamente, durante casi quince días, a orillas del Sena. Cuando llegue el momento de su incorporación al Ejército, Múgica no sollicitará ingresar en la Milicia Universitaria.

Al mismo tiempo que realiza su toma de tierra Enrique Múgica Hertzog, se mueve también en los medios universitarios Antonio López Campillo, éste de bastante más edad que el anterior. En el curso de 1952-53 lo veremos matricularse en la Facultad de Filosofía y Letras, pero a sus clases no asistirá más allá de un mes. Campillo no destaca por su actividad pública. Campillo será el consejero que «aclare» dudas de orden religioso o intelectual a universitarios muy jóvenes. Da la impresión de que se desliza en la penumbra. Desaparece y vuelve a aparecer sin hacer ruido. Vive en la madrileña calle de la Salud con su madre, pero conoce muy bien el camino de París.

Dos hombres con distintas funciones, pero ciertamente sujetos a una misma disciplina. Se tratan, pero no se presentarán como amigos muy íntimos. Sin embargo, la relación existente entre ellos se va revelando fuerte, sólida, de una solidez cuyo origen tiene su explicación en dos palabras: partido comunista.

#### LA TOMA DE CONTACTO

Veamos las pruebas a través de todo un largo proceso, el proceso desarrollado sistemáticamente sobre un grupo de jóvenes universitarios, mediante unos procedimientos técnicamente orientados a

corromper su mentalidad, a desarraigarlos de sus creencias religiosas, para moverlos, en la ocasión propicia, como peones sobre un tablero de ajedrez, dentro de un plan perfectamente estudiado, para manejarlos automáticamente, aunque ellos puedan creer que obran por impulso propio, por su propia voluntad.

Julián Marcos Martínez, Jesús López Pacheco, Fernando Sánchez Drago, Luis Abellán García González, Jaime Maestro Aguilera —todos ellos alumnos de Filosofía y Letras— y Julio Diamante, de la Facultad de Medicina. Sánchez Drago, concretamente, tiene hoy diecinueve años. Julián Marcos Martínez, veintuno. El de mayor edad ha cumplido veinticinco a estas fechas.

La Filosofía y las Letras son conductos tenazmente utilizados en todos los países por el comunismo para el contrabando de su mercancía. Si la mercancía va especialmente destinada a jóvenes universitarios, tanto más fácil y rentable será el trabajo de la «célula». El «aparato» internacional de su dispositivo propagandístico se encarga consistentemente de orquestar bien los rombos de los escritores oficialmente comunistas y de otros utilizables, permanentes o circunstancialmente, para los objetivos concretos que en cada momento le interesa cubrir.

Por su parte, el «activista» trabajará al mismo tiempo en las tomas de contacto con aquellos elementos jóvenes que por vocación, temperamento e inquie-

tud se inclinan hacia la creación literaria. Es éste un campo más fácilmente abordable por su formación incipiente y su menor resistencia, aunque siempre haya de procederse con tacto y constancia, máxime en los países donde la gente ha de moverse en la clandestinidad. Tal es el caso de los que hemos citado.

Julián Marcos Martínez, por ejemplo, se entrega morbosamente a la lectura de Alberti, Neruda, Aragón, Miguel Hernández. Cuando sus inquietudes poéticas e intelectuales comienzan a perfilarse también políticamente tiende a frecuentar el trato de amigos que se dicen ser liberales y demócratas. Entre ellos de manera especial con Enrique Múgica y Julio Diamante Steel. En un principio el primero se le presenta como defensor entusiasta del Estatuto Vasco y del Estatuto Catalán. Más tarde este mismo le facilitará un gran lote de libros «por los que podía conocer las nuevas corrientes filosóficas», a la vez que le aconseja de modo insistente que procure llenar su personal producción poética de contenido y sentido social, proponiéndole como maestros a determinados escritores comunistas.

Julián Marcos Martínez es ya, sin percatarse, un catecúmeno, cuya iniciación en los modos de sentir y en los principios comunistas es un hecho. Su acción, su actividad exterior, dirigida y controlada, comenzará por cosas sencillas, aparentemente sin significación especial: tal el Círculo de Poesía, en el que primordialmente se da a conocer a sus compañeros de Facultad los autores comunistas. Cuando la intoxicación alcanza los grados necesarios ya serán él y otros sobre los que se ha venido ejerciendo el mismo magisterio y tratamiento los que instaurarán una lectura pública en la Universidad a base de los citados autores. Lógicamente tropiezan con dificultades y le rebeldía salta sobre su conciencia, y la «total» libertad de pensamiento, la «total» libertad de divulgación y de lectura parece revelárselos como una necesidad absoluta, como una meta personal y política, a la vez que por entonces culmina su alejamiento y separación del S. E. U. Con una sincronización perfecta estas mismas etapas se han ido cumpliendo, por ejemplo, en López Pacheco y en Jaime Maestro Aguilera. Julio Diamante las ha superado a mayor velocidad.

#### LA TECNICA DE LA CORRUPCION INTELECTUAL

Jaime Maestro Aguilera es huérfano de un redactor de «El Siglo Futuro», asesinado por los rojos. Recibió una esmerada formación religiosa. Cuando José Luis Abellán García González establece contactos con él en las bancas de la Facultad de Filosofía y Letras se manifiesta ya anticatólico, anticlerical, contrario a la doctrina del Movimiento y políticamente adscrito al ideario comunista. El mismo ha manifestado cómo al iniciarse su período de dudas ideológicas, rei-

giosas y políticas, era al Lóp.z Campillo, que iba y venía d. París, a quien acudía en busca d. esclarecimiento y orientación. Fernando Sánchez D. ago — dieciocho años —, uno de los miembros de la revista «Aldebarán» — publicación clandestina que ha sido suprimida por su existencia ilegal, y que estuvo dirigida por Javier Muguerza, alumno que usó del colegio «Estudio», se pronunciaba entre sus compañeros en un ateísmo rabioso y blasfemo. Sus relaciones con Múgica eran manifiestas. Campillo, pues, es el hombre que asesora en la intimidad «amistosa» a los prácticamente iniciados. Múgica es el agente que vive en la calle, que lleva a cabo las primeras tomas de contacto, que actúa en la reduta. La edad de Múgica armoniza más con la de los jóvenes que acuden a las aulas. Ya de Campillo puede inducir a ciertas sospechas. Campillo puede ser el hombre de los hilos directos y ocultos. Múgica puede y debe ser ahora el subalterno de Campillo. De todas formas ambos aparecen siempre en el centro de la conjura y de la maniobra, y a ambos, cada uno en su papel, los veremos ocupar su puesto en el Congreso de Escritores Universitarios Jóvenes.

### LOS SECRETOS DEL CONGRESO DE ESCRITORES JOVENES

Los Congresos de escritores y Asambleas similares son ya casi una institución típica dentro de la táctica comunista internacional, como nos lo ha revelado la experiencia, particularmente en estos diez últimos años. Son estas Asambleas el escenario ideal, la plataforma para el «diálogo», para la «comprensión» entre las distintas tendencias ideológicas; es el tinglado de la farsa para los manifiestos de los Amigos de la Paz. Pero sobre todo son la ocasión propicia para que la mayoría de comunistas y filocomunistas, una minoría bien disciplinada y gobernada, pueda, en el momento exacto, realizar el golpe de mano, como por sorpresa, aprovechando la inconsciencia, la ingenuidad o la torpeza de la mayoría, para jugar una baza que en aquel instante interese a los fines políticos del Kremlin.

Por lo que se refiere al Congreso de Escritores Universitarios Jóvenes de España, al parecer la idea partió de Julián Marcos Martínez y José López Pacheco. Ciertamente que Múgica fué puesto al corriente del propósito cuando esto no era sino una simple sugerencia. La aceptación de Múgica es calurosa; tanto, que a las pocas de cambio hace circular el propósito como cosa suya. De hecho, su colaboración es de-

cisiva por las facilidades y ayudas que consigue, tanto de orden moral como de tipo económico, entre gentes muy encumbradas. Surge muy pronto la Secretaría del Congreso, que está integrada por Múgica, Marcos Martínez, López Pacheco —accesit de Premio «Adonais» de poesía—, Claudio Rodríguez —Premio «Adonais»— (resaltamos esta curiosa reiteración) y Ortiz Cañabate. A juzgar por los números del «Boletín del Congreso» que aparecieron clandestinamente, éste se perfila sobre estas tres bases: eje de marcha; al margen del S. E. U. Principio doctrinal que preside su planteamiento; alejamiento de todo dogmatismo, venga de donde viniere. Línea intencional: reivindicar a todo evento la más absoluta y total libertad para todas las ideas de tipo religioso, filosófico y político.

Múgica maniobró para que los organizadores aceptaran ciertas sugerencias y matizaciones políticas y el hecho es que, más o menos claramente, esta matización política se reflejó en los citados «Boletines». Marcos Martínez hablará después del «maquiavelismo político de Múgica Hertzog». Entre otras cosas, porque mientras parecía operar de acuerdo con lo previsto por la Secretaría del Congreso, simultáneamente buscaba contactos con algunos miembros del S. E. U. para que colaboraran, aunque, desde luego, trataba de persuadirlos de que el Congreso debía quedar al margen de toda directriz u orientación falangista. Oficialmente el S. E. U. no aceptó este planteamiento. El juego era, en realidad, complejo, pero, sin duda, de largo alcance. Convenía provocar la colisión entre los elementos destacados del S. E. U., la escisión en su seno a la vez que, si las circunstancias lo aconsejaban, la oposición oficial del Sindicato al Congreso. Con esta oposición oficial, si se lograba, se podría estimular una adhesión más calurosa en los medios no tan afectos al S. E. U., lo cual podría facilitar hasta una postura antisemitista en determinados sectores estudiantiles. Si a pesar de todo la celebración del Consejo se llevaba a cabo, esto podría representar un acto de fuerza frente al S. E. U. Como al mismo tiempo se le iba perfilando insensiblemente cierto carácter agresivo al Congreso, ello podría, bien antes de la inauguración o ya verificada ésta y en marcha las secciones, determinar que la autoridad procediera a su suspensión, con el consiguiente revuelo y la posible reacción de descontento activo en los medios universitarios. Para quien conoce la dialéctica sobre la que discurre y a la que obedece la acción comunista en los períodos encomendados al «agit prop», no encierra todo esto la más mínima

novedad. Es el juego amplio y cínico característico de las etapas subversivas.

No obstante, mientras los objetivos secretamente planeados se cumplen o no, se trabaja con ahínco. Con la extrañeza de los miembros de la Secretaría, Múgica es quien realiza las visitas a personalidades importantes, sin aceptar la compañía de los demás. Múgica asiste asiduamente a las reuniones, en las que anora reaparece Campillo, quien, sin pertenecer a la Comisión organizadora, interviene en las discusiones, emite su juicio y da, sin ser requerido para ello, su consejo. La Secretaría anunció que dispone de un despacho en el pabellón de gobierno de la Ciudad Universitaria.

Cristalizaba en este intento toda una primera etapa del proceso a que nos referimos más arriba.

Conscientemente por unos, inconscientemente por otros, se estaba concediendo carta de ciudadanía a algo que ni ideológica ni moral ni políticamente era aceptable. Desde luego, el partido comunista no perdía el tiempo. Quien se adhería cumplimentaba una especie de media filiación, y a propuesta de Múgica, con estas filiaciones y otra serie de direcciones que fueron aportando adheridos y colaboradores, tanto de Madrid como de provincias, se organizó un fichero. Desde el primer instante, este fichero presta un buen servicio: la mayor parte de los fichados comenzaron a recibir, con el matasellos de distintos puntos de España, propaganda comunista: el «Mundo Obrero», «Cuadernos de Cultura», «Manifiesto de los intelectuales progresistas», «Conclusiones del V Congreso comunista español», etc., etc. Conviene subrayar que estos envíos misteriosos coinciden con un período en que Campillo se encuentra en Francia. Ya en este punto es elocuente incluir aquí la relación de libros, folletos y manuscritos hallados en los domicilios de algunos de estos jóvenes: «Un testamento español», de Arthur Koestler; «Hora marítima», de Alberti; «Odas», de Pablo Neruda; ocho folletos de la Campaña de la Juventud Europea; «Estatuto de la comunidad europea»; «Unión federal interuniversitaria», de Michael Moushally; «Por la unidad de Europa»; libretos de los Jóvenes Liberales Europeos; «Cinco convenios europeos», editado por el Consejo de Europa y fechado en Estrasburgo; un folleto sobre la X Asamblea de Políticos Jóvenes; fotografías que representan niños de suburbios en estado de miseria, ejemplares de «Mundo Obrero», etc., etc.

Nunca les indicó Múgica que él tuviera intervención directa en este asunto, pero sí procuraba conocer sus opiniones sobre dicho material. Ante el juicio poco favorable que casi siempre les me-

### JACINTO LOPEZ GORGE

publica en el número 49 de POESIA ESPAÑOLA un anticipo de su libro inédito "Los hombres"

Lea POESIA ESPAÑOLA si desea estar informado de la actualidad literaria. Sólo cuesta DIEZ PESETAS cada mes

Administración: Pinar, 5, Madrid.

EL ESPAÑOL.—Pág. 6

### ESTATUAS YACENTES

se titula el poema de

JOSE HIERRO

que abre el número 49 de

POESIA ESPAÑOLA

recia la calidad literaria y la finura ideológica de esta propaganda a los más jóvenes, les manifestó que no estaba destinada a intelectuales, pero que, cuando las condiciones de libertad en España fueran mayores, estaría mejor escrita y se ajustaría a cada uno de los sectores a que fuese orientada. Es obvio que Campillo y Múgica mantenían un contacto permanente y cumplían un plan meticulosamente previsto. Por si los datos anteriores no son suficientes, he aquí otro botón de muestra.

### UNA ENTREVISTA EN EL CAFE PARISINO DE SAN GERMAN

Marcos Martínez prepara un viaje a Francia. Enterado Múgica, le habla de la necesidad de que se entreviste con algunos amigos residentes en París, al objeto de que discutiera con ellos el problema político español en general y particularmente en relación con los estudiantes, citándole, entre los que debía localizar, a López Campillo. No le da la dirección particular de éste, pero sí la del café Italiano del bulevar San Germán, exactamente el mismo al que acudía asiduamente Múgica los años 1953 y 1954, durante su paso por París. Cuando Marcos Martín llega al café Italiano, Campillo está allí con una nutrida tertulia. El saludo es rápido y López Campillo pasa sin pérdida de tiempo al análisis de los problemas intelectuales, políticos y sociales, sin olvidar el ya conocido consejo de que debía, en su producción poética, ser exponente de inquietudes sociales. Para su lectura y formación en este sentido le entrega un tomo de poesía de Aragón y otro de un escritor ruso, Premio Stalin. No consta que le expusiera teorías abiertamente comunistas, pero sí le insistió en que, en Madrid, debían constituir algo similar a la Organización de Intelectuales Progresistas, existente ya en otros países; en que él y otros jóvenes liberales como él debían formar tertulias reducidas, en las que, además de los temas filosóficos y literarios, se plantearan el estudio de sus reivindicaciones y aspiraciones estudiantiles.

A partir de este viaje—septiembre último—, Marcos Martínez está decididamente frente al Sindicato Español Universitario y a sus postulados. Habla, se pronuncia y vive dentro de un clima ideológico, político y moral del que es reflejo un Canto General—mimetismo de Neruda—que tiene bastante adelantado y que comienza con esta afirmación taxativa: «Yo soy comunista, a pesar de tu oposición.» En diciembre escribirá una carta a Múgica, en la que le decía: «Me ha gustado tu carta, que demuestra una idea clara de nuestra situación... Creo que esta toma de contacto será, como tú dices, fecunda.»

### LOS AUTOMATAS, EN ACCION

Múgica es ya soldado, con destino en San Sebastián. Ha preferido ser soldado raso a figurar entre los aspirantes al honor y a la responsabilidad de una estrella de seis puntas en la bocamanga. El sabe, además, que existe un Código de Justicia Militar. A estas alturas de nuestra información a ninguno de nuestros lec-



tores puede extrañarle esta decisión de Múgica. Pero él seguirá manteniendo sus contactos asiduos con Madrid. Múgica disfruta con frecuencia permisos. Los estudios, los exámenes, etc., son buenos recursos para abandonar el cuartel. En sus ausencias, Diamante, a quien traspasó, prácticamente, la dirección de cuanto pudiera tener relación con el Congreso; Sánchez Drago, Marcos Martínez, Abellán, López Pacheco, Maestro, etc., están siempre en la vanguardia de las quejas, las protestas, las reivindicaciones, de las críticas airadas frente al S. E. U., y a la falta de libertad polarizando, por su arriesgada combatividad, por su radicalismo y su agresividad verbal, un insensible liderazgo entre los estudiantes. Sin embargo, la presencia física de Múgica se acusará en dos momentos clave: el homenaje estudiantil a Ortega y Gasset y la aparición del «Manifiesto», de inspiración comunista.

#### DOS MOMENTOS CLAVE

El primero tuvo lugar en el patio posterior del edificio de San Bernardo. Pacheco figura entre los oradores que intervienen. Diamante será quien, a la salida, promueva, conduzca y aparentemente gobierne al grupo, que se dirigen y llegan hasta el cementerio. Se repiten los discursos y la lectura de pasajes de Ortega. Con el último texto orteguiano Diamante da por terminado el acto. Cuando algunos le indican que lo precedente era rezar, si quiera un Padrenuestro, él contesta que cada cual haga lo que estime oportuno; pero que el acto colectivo había terminado. Indudablemente, el objetivo secreto del comunismo estaba conseguido. La euforia interior le hace afirmar rotundamente: «Por fin va a servir el viejo para algo.»

El viejo—Ortega y Gasset—es una pura ocasión para los jóvenes comunistas, como lo fué para aquellos otros no tan jóvenes que conocimos antes de 1936. Pero allí, precisamente, está Múgica, que con una mirada severa amonesta a Diamante, quien se precipita a explicar que su frase no tiene ningún sentido despectivo. La frase era peligrosa, pues descubría un flanco intencional

que, por ahora, debe mantenerse bien cubierto. La filiación formal al partido comunista no se habrá registrado. Pero el dominio de la inteligencia, la desnaturalización e intoxicación de la voluntad y la trasmutación en el modo de sentir de este grupo universitario es un hecho claro. Esto le basta al partido comunista por el momento. Esto, por añadidura, es más conveniente y menos peligroso para el dirigente que se arriesga a actuar en un país como España. No es la acción sobre la masa; es la acción corruptora y subversiva directamente sobre el individuo. Es el asalto al más valioso tesoro del hombre joven. Es el asalto paulatino a la juventud, tesoro nacional. Es la infiltración, la penetración, que comenzó por la coexistencia por la comprensión, por el reblandecimiento técnico de los tejidos religiosos y políticos, por la descomposición dentro de la propia individualidad de los núcleos morales de resistencia personal, para desembocar en la entrega total, consciente o inconsciente, pero efectiva, a un sistema de criterios, fácil, por lo menos, a pactar cualquier integración social política o ideológica con el comunismo.

Demos un paso más y nos encontraremos a finales del pasado enero. Nuevamente está Múgica en Madrid, Oficialmente, para examinarse de Derecho mercantil. La idea de un Congreso Nacional de Estudiantes, con el S. E. U. o sin el S. E. U., más bien esto último, ha ido cuajando. En un café de la plaza de Alonso Martínez cambia impresiones con ciertos elementos, promotores destacados de la idea, a la que ni mucho menos es ajeno Múgica. En este cambio de impresiones se estima que lo procedente es redactar unas bases que sirvan de guión para el escrito o manifiesto, que recojan ya definitivamente el propósito de celebrar dicho Congreso Nacional de Estudiantes. La tarea se lleva a cabo a marchas forzadas. El Club «Tiempo Nuevo» ofrece las mejores condiciones de comodidad, entre otras muy estimables condiciones, para la primera reunión, la reunión como si dijéramos constituyente, la reunión de los futuros manifestantes directamente

responsables. A juzgar por el número, edad y matiz de los que a ella acuden, salta a la vista que algo no estrictamente profesional, ni solamente estudiantil, late en los últimos fondos. Sólo este oscuro algo es lo que puede determinar esta actitud inicial de unidad en torno al propósito que se dice motivo fundamental de la citación y de la reunión.

Dolores Ibarruri acaba de decir en el reciente Congreso del partido comunista, reunido en el antiguo salón de San Andrés, de los Zares, en Moscú: «Las nuevas tesis respecto a los caminos peculiares de cada país para llegar al socialismo y la coexistencia permitirían, por lo que a España se refiere, la colaboración no solamente con los socialistas, los anarcosindicalistas, sino también con la burguesía liberal española.»

Santiago Carrillo, en el artículo ya varias veces citado, aireó la bandera de la «unidad de acción».

En estas reuniones y en otras que se repitieron en días sucesivos, hasta la fecha del 5 de febrero, Múgica ocupa siempre un puesto nada secundario. Pero su actuación cambia ahora de modalidad y de tono. Con los que ahora se reúne sólo puede pretender marchar en compañía. Son los compañeros de viaje. La maniobra está llegando a sus últimas dimensiones y ramificaciones. Cuando todo esté listo, prácticamente unas horas antes de que comiencen los sucesos que España entera condenó y repudió virilmente, Múgica tomará el tren para San Sebastián. En estos sucesos faltará su presencia física y la de la mayor parte de aquellos a quienes ha corrompido, ha desnaturalizado.

Pero todo esto merecerá otro estudio, que publicaremos próximamente. Cuando Múgica se encuentre encarado con los resultados acusatorios de la maniobra comunista y su abortamiento, mientras su antigua novia, Carmen Diago Bozal, callará y negará cuanto a él pudiera dejarlo más al descubierto, él, respondiendo a su mentalidad y a la crueldad conatural a la disciplina del partido, se manifestará demoliberal, mientras que de aquella muchacha riojana que conoció en las playas de San Sebastián y convirtió con su frío proselitismo, dirá rotundamente: «Es una comunista.»

## LA MUSICA DE CHOPIN EN LA POESIA ANDALUZA

se titula el estudio de

ANTONIO MURCIANO

que se publica en el número 49 de

POESIA ESPAÑOLA

que puede adquirir por DIEZ PESETAS

# REPIQUE DE GLORIA

## EN LA MEDIA NOCHE

EL SABADO SANTO VUELVE A SER  
DIA DE LUTO EN RECUERDO A CRISTO  
SEPULTADO



### LA NUEVA LITURGIA DE SEMANA SANTA CONMEMORA LOS ACONTECIMIENTOS DE LA PASION A LAS HORAS EN QUE SUCEDIERON

**R**EPIQUE de gloria a medianoche. Lo que muchos siglos atrás era ceremonia tradicional en la Cristiandad va a volver a restaurarse a partir de la primera hora de la madrugada el próximo 1 de abril, Pascua de Resurrección de 1956. Será un trascendental momento que marque una de las más profundas renovaciones de la liturgia católica.

#### UNA SEMANA DE SIETE DIAS JUSTOS

De ahora en adelante, la conmemoración del hecho más importante de toda la historia del mundo—la Redención—se ajusta-

rará de nuevo al horario en que se desarrollaron los acontecimientos. Tal es el verdadero sentido de la reforma litúrgica de Semana Santa. Una Semana de siete días justos. El luto por la muerte de Cristo terminará con las doce campanadas del sábado. A partir de ese instante comienza la alegría de la Resurrección.

Lo dice en sus primeras palabras el decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, fechado el 16 de noviembre último. Ya desde

los tiempos apostólicos se rememoraban en sus días peculiares los supremos momentos del divino Misterio: Muerte, Sepultura y Resurrección de Cristo. Hacia el siglo IV se añadió la solemne conmemoración de la Eucaristía en la noche del Jueves Santo. Poco después surgió la celebración litúrgica de la triunfal entrada de Jesús en Jerusalén. Así nacieron las puras esencias tradicionales de la Semana Santa, que el paso de los tiempos había de ir modifi-





El Lavatorio de los pies se ajusta a la renovada liturgia y tiene su momento señalado a la terminación del Evangelio, en la misa vespertina de Jueves Santo

cando en sus detalles accidentales y enriqueciendo con introducción de costumbres piadosas más o menos ajenas a la liturgia, con detrimento, en algunos casos, del verdadero y genuino espíritu de la Iglesia.

Este espíritu se mantuvo firme hasta finales de la Edad Media, en que los oficios litúrgicos de Jueves, Viernes y Sábado Santo se adelantaron a las horas matutinas de cada día, con evidente desviación del sentido litúrgico. Si por las vísperas se conoce la fiesta, no es menos cierto que, en algunos casos, no debe la fiesta ser absorbida por la víspera. Así, el ritual del Sábado Santo perdía su sentido auténtico de día de Soledad, del Señor en el Sepulcro, con una prematura alegría pascual.

#### LOS TEMPLOS SE LLEAN POR LA TARDE

Al anacronismo del horario añadió el rodar de los tiempos otra grave circunstancia que desvirtuó las ceremonias litúrgicas matutinas de los tres días conmemorativos de la Pasión. La supresión de Jueves, Viernes y Sábado Santos como fiestas de guardar retrajo la asistencia de fieles a los templos. Y se fué perdiendo el sentido sacramental de esos días, que en tiempos pasados habían servido para cumplir con el precepto de la comunión pascual.

La Semana Santa había salido demasiado a la calle. Los fieles no seguían como la Iglesia quisiera las ceremonias desarrolladas en el interior de los templos. El movimiento litúrgista que, fomentado por los últimos Pontífices, ha reverdecido de pocos lustros a esta parte, tenía que dar sus frutos.

La actual restauración litúrgica no ha obedecido, pues, a un impulso repentino. Hacía ya tiempo que el gran reformador eclesiológico, que es el Sumo Pontífice felizmente reinante, había dado los primeros pasos. En 1951 instauró la celebración de la Vigilia de Pascua, con carácter voluntario y por vía de experiencia, en la noche del Sábado Santo. A la Santa Sede fueron llegando informes favorables emitidos por numerosos prelados de todos los países católicos respecto al éxito obtenido. Indiscutiblemente acudían más fieles a los oficios nocturnos del Sábado que si se celebraran por la mañana.

Nuevas comprobaciones, de orden más general, en los dos últimos años. La autorización de misas vespertinas otorgada por la Constitución Apostólica «Christus Dominus», de 6 de enero de 1953, ha hecho ver claramente que los templos se ven rebosantes de fieles cuando el Santo Sacrificio se celebra por la tarde.

Se reiteran, a partir de entonces, las peticiones de los obispos y pastores de almas. Desearían que la renovada liturgia de la noche del Sábado Santo, a más de

resultar más provechosa si se restablece con carácter obligatorio, sirviera de antecedente para ampliar la instauración de todos los oficios de Semana Santa en su primitivo horario.

#### UNA SESION EXTRAORDINARIA DE LA CONGREGACION DE RITOS

Su Santidad toma buena cuenta de estos informes. Constituye una Comisión especial dentro del seno de la Sagrada Congregación de Ritos para estudiar concretamente la renovación del orden litúrgico de Semana Santa y redactar las conclusiones definitivas. Una vez obtenidas, el Sumo Pontífice ordena que, dada la importancia del caso, se sometan a la especial consideración de todos los eminentísimos cardenales que forman parte de la Sagrada Congregación de Ritos.

19 de julio de 1955. Sesión extraordinaria de dicha Congregación. Bajo la presidencia del prefecto, cardenal Cicognani, se reúnen los siguientes purpurados residentes en Roma: Eugenio Tisserant, decano del Sacro Colegio; Clemente Micara, subdecano y vicario de Su Santidad para la diócesis de Roma; Benito Aloisi-Masella, prefecto de la Sagrada Congregación de Sacramentos; Adeodato Juan Piazza, secretario de la Consistorial; Federico Tedeschini, datario de Su Santidad y arcipreste de la basílica de San Pedro; Alejandro Verde, arcipreste de la basílica de Santa María la Mayor. También se halla presente monseñor Alfonso Carinci, anciano prelado de noventa y cinco años, que es el secretario de la propia Sagrada Congregación de Ritos. Igualmente asisten otros prelados y religiosos, consultores de los de las secciones de dicha Congregación, que se refieren precisamente a la sagrada liturgia. Entre ellos, nombres conocidos, como los del español monseñor Inglés, presidente del Pontificio Instituto de Música Sacra; el ilustre teólogo e historiador jesuita padre Tacchi Venturi; el también jesuita padre Agustín Bea, confesor de Su Santidad; el benedictino español monseñor Anselmo Albareda, y el eminente litúrgista franciscano padre Fernando Antonelli.

La decisión de los reunidos es unánime: «Rogar a nuestro Santísimo Señor Pío, por la Divina Providencia Papa XII, se digne aprobar y prescribir el nuevo orden litúrgico de la Semana Santa. Cinco meses después — el 16 de noviembre del mismo año 1955, el cardenal Cicognani, como prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y monseñor Carinci, como secretario, firmaban el correspondiente decreto. Dos semanas más tarde, otro brevisimo decreto era signado por los propios dignatarios eclesiásticos para ser insertado al comienzo de la edición vaticana del «Ordo heodomadae Sanctae instauratus», que ha de sustituir al que insertan hasta ahora el Misal y el Breviario Romano.» La nueva liturgia de la Semana Santa acababa de hacer su aparición.

Por tres documentos se halla regulada esa nueva liturgia, recogidos todos ellos en la aludida edición vaticana, declarada «típica» y «exclusiva»: el decreto de 16 de noviembre, una instrucción



Desde 1951 se viene celebrando potestativamente la Vigilia Pascual el Sábado por la noche. He aquí una ceremonia de la bendición del agua bautismal

o reglamento para la ejecución de dicho decreto y el «Ordo» litúrgico, propiamente dicho, que ha de regir en la celebración de las misas y oficios de Semana Santa.

#### «HOSANNA AL HIJO DE DAVID»

Concretamente, las modificaciones se refieren a los cuatro días fundamentales: Domingo de Ramos, Jueves, Viernes y Sábado Santos.

La nueva liturgia del Domingo de Ramos es más breve que la anterior, por lo que respecta a la bendición de las palmas y a la

misa, en la que la narración de la Pasión, según San Mateo, comienza en el episodio del Huerto de Getsemaní. En cambio, tiende a solemnizar mucho más que hasta ahora la procesión de las Palmas, que debe constituir un homenaje triunfal de los fieles al Rey de los cielos y tierra. A este respecto, se dan normas para que la participación de los asistentes en los cánticos litúrgicos sea constante a lo largo de la procesión. El «Hosanna al hijo de David» debe resonar atronador por las calles en la luminosa mañana del Domingo de Ramos.

La misa del Lunes, Martes y Miércoles Santos se ajusta a la liturgia antigua, con la única pequeña variación de acortar también el Evangelio el martes y miércoles, comenzando la respectiva narración de las «Pasiones» de San Marcos y San Lucas, en la Oración del Huerto.

No hay ya en la tarde del miércoles rezo en común de «Maitines» y «Laudes» u «oficio de tinieblas». Pasan a la mañana siguiente, sin que participen los fieles. Vuelve, pues, a su ámbito puramente sacerdotal durante todo el triduo final de la Semana.

PÁG. 11.—EL ESPAÑOL



El nuevo orden litúrgico presta especial atención al triunfal desfile procesional del Domingo de Ramos, como homenaje a Cristo Rey

## SIGUE «RELUMBRANDO MAS QUE EL SOL»

Las modificaciones más sustanciales empiezan el Jueves Santo. Por la mañana no hay más cultos que la restaurada «Misa del crisma», que sólo se celebra en las catedrales para la bendición de los santos óleos y consagración del crisma. La misa «In cena Domini» se celebrará por la tarde, no antes de las cinco ni después de las ocho. Será tan solemne como antes. El Jueves Santo sigue teniendo dentro de la Semana Santa una significación profundamente eucarística.

«Instrúyase a los fieles—dice la Sagrada Congregación—sobre el amor con que Cristo, el día antes de ir a padecer, instituyó la Sagrada Eucaristía, sacrificio y Sacramento, perpetuo memorial de la Pasión que se celebra perennemente por el ministerio de los sacerdotes.» «E invítase a los fieles—añade—para que, después de la misa, rindan la debida adoración al Santísimo.» El cual es trasladado, como antes, a un altar distinto de aquel en que se haya celebrado la santa misa.

No se suprime, pues, la visita a los monumentos. Pero no puede verificarse, naturalmente, hasta las últimas horas de la tarde del Jueves Santo, que no porque en España vaya a perder la tradicional exhibición de mantillas dejará por eso de seguir «brillando más que el sol». Ese brillo lo toma este día de la conmemoración eucarística. Por eso la Iglesia sigue exhortando a los fieles a que se acerquen a la sagrada mesa durante la misa vespertina. Al igual que hasta ahora sucedía cuando se celebraba por la mañana, sólo podrá decirse una misa solemne, y únicamente por razones de índole pastoral podrán los prelados autorizar a algún sacerdote a celebrar misa rezada en las mismas horas señaladas para la solemne; entre cinco de la tarde y ocho de la noche.

### COMUNION EL DIA DE VIERNES SANTO

La principal variación en los cultos del Viernes Santo está en la hora de la celebración de los oficios, que vuelven también a trasladarse de la mañana a la tarde: hacia las tres, como norma general. Si se considera oportuno, puede atrasarse la hora del comienzo, pero no más allá de las seis. Mientras se celebran los oficios puede distribuirse a los fieles la sagrada comunión, práctica que estuvo en vigor durante mucho tiempo, pues fué suprimida solamente desde el siglo XVII.

Por lo demás, la liturgia del Viernes Santo se ha conservado en todo su vigor y pureza a lo largo de los siglos. Con la nueva ordenación en nada varían las ceremonias respecto a la anterior. Después de las lecciones sacras y oraciones se canta solemnemente la Pasión, según San Juan, con

la misma duración que antes. Se entonan asimismo las preces por la Iglesia y por las distintas necesidades del género humano. Después de lo cual, se procede a la adoración de la santa cruz. Es este el momento en que, volviendo a la antigua costumbre, se distribuirá a los fieles la sagrada comunión. Terminan, por último, los cultos de este día con la llamada «Misa Praesantificatorum».

### EL SABADO, DIA DE LUTO

En la instrucción dedicada a los sacerdotes dice la Sagrada Congregación de Ritos: «Conviene que se haga resaltar a los fieles la peculiar naturaleza litúrgica del Sábado Santo. Es día de extraordinario luto, en el que la Iglesia permanece junto al sepulcro de Cristo, meditando su Pasión y Muerte y absteniéndose del sacrificio de la misa, con los altares sin ornamento alguno, hasta que, después de celebrada la vigilia o espera nocturna de la Resurrección, se dé ocasión a exteriorizar los gozos pascales, que deben desbordarse los días siguientes.»

La vigilia comenzará a una hora oportuna que permita desarrollar las distintas preces y ceremonias antes de las doce de la noche. Su finalidad estriba en demostrar a través de la acción litúrgica que de la muerte del Señor dimana nuestra vida y la gracia de Dios. Por eso, bajo el signo del cirio pascual, el Señor se presenta como luz del mundo que hace desaparecer las tinieblas del pecado de los hombres en virtud de su esplendor. Se recuerdan las magnificencias de Dios en el Antiguo Testamento como imágenes de las maravillas de la Redención; se bendice el agua bautismal, por la que, «sepultados con Cristo» en la muerte del pecado, con el mismo Cristo resurjamos a la vida de la gracia. Por último, después de implorar la intervención de la Iglesia triunfante mediante el rezo de las Letanias de los Santos, terminan los cultos con la misa de Resurrección. El Sábado Santo—que ya no tiene por qué llamarse Sábado de Gloria—da paso a la solemne Dominica de Pascua.

### LOS DESFILES PROCESSIONALES

Exceptuada la procesión del Domingo de Ramos, nada dice el nuevo orden litúrgico respecto a desfiles procesionales. Pero hay una alusión clara en el primer párrafo del último apartado de la instrucción: «Siendo numerosas, según la diversidad de los países o regiones, las costumbres populares anejas a la celebración de la Semana Santa, los ordinarios del lugar y sacerdotes que tengan cura de almas deben ver la forma de acomodar aquellas que parezcan contribuir al fomento de la piedad con la nueva ordenación. Serán instruídos los fie-

les acerca del extraordinario valor de la sagrada liturgia, que siempre, y sobre todo en los tiempos actuales, supera con mucho a las demás costumbres o manifestaciones devotas, por excelentes que parezcan.»

El esplendor de los desfiles procesionales que caracteriza a determinadas regiones, ciudades y pueblos españoles no va a sufrir merma considerable por las nuevas disposiciones. Las Hermandades y Cofradías ya se han puesto de acuerdo con los respectivos prelados. Por de pronto, las procesiones anteriores al Jueves Santo no tienen por qué experimentar variación alguna. Las de los tres días finales respetarán el orden litúrgico y se acomodarán en lo posible al horario de la Pasión.

Lo mismo ha de decirse de otras manifestaciones, como el Sermón de las Siete Palabras, el de la Soledad, etc. El del Mandato o lavatorio de los pies tiene su momento señalado por la nueva ordenación litúrgica: dentro de la misa solemne del jueves, inmediatamente después del canto del Evangelio.

### REPERCUSIONES DE ORDEN LABORAL

Al margen del aspecto religioso, la reforma de la Semana Santa plantea, en España concretamente, otra clase de problemas que no parecen de difícil solución. Por de pronto, los estrenos teatrales y cinematográficos no pueden realizarse el sábado, a no ser que comenzaran después de las doce de la noche. En cuanto a las salas de cine, casi no se puede hablar de problemas, pues sólo se trata de aumentar un poco el número de novedades que normalmente suele haber todas las semanas.

Respecto al teatro, con el tradicional trasiego de compañías para estas fechas, el asunto tiene más importancia. Pero seguramente se llegará a un arreglo que dé paso a la instauración de otra nueva costumbre, al menos a partir del próximo año. En el actual parece que la mayor parte de las Compañías difieren sus posibles estrenos para la semana o semanas siguientes. Estrenar el Domingo de Resurrección sólo resultaría provechoso en el caso de que llegara a declararse festivo el lunes de Pascua. En algunos países, e incluso en ciertas ciudades españolas, ya lo es. Y no hay que olvidar que, eclesiásticamente, fué también en tiempos pasados fiesta de precepto.

En cambio, incluso para otros aspectos laborales e industriales de tipo más general, no sería difícil que el Jueves Santo pudiera declararse día de trabajo, dado que las conmemoraciones religiosas comienzan ya muy avanzada la tarde. De todas formas, los organismos competentes tienen la palabra.

GERARDO RODRIGUEZ

SUSCRIBASE A

“POESIA ESPAÑOLA”

# "LA CARETA", UNA NOVELA DURA Y SERIA

## DE ELENA QUIROGA

"Todo lo imaginado llega a ser realidad"

"El novelista no es masculino ni femenino, porque el arte es asexual"

### LA CASA ILUMINADA

Ferraz es una calle solemne y larga en la que la historia, desde el montículo del Príncipe Pío y las ruinas del cuartel de la Montaña, penetra a vaharadas juntamente con el airecillo serrano del parque del Oeste y del paseo de Rosales.

La lluvia hace ya rato que se aplasta bajo nuestras pisadas, mientras buscamos con los ojos el número 39, y sentimos, o, mejor, pensamos, con una inquietud expectante, cómo será personalmente Elena Quiroga, ya que su obra, desde «Viento del Norte» a «La Careta», la conocemos toda, y somos, además, admiradores de ella. Al fin, le adivinamos redondo, negro y con un tres todo reverente sobre nuestra cabeza, aupado en la cancela cuadrada y verdosa

La noche y el tiempo han defuminado el color claro de la casa en infinitas sombras. Hacia lo alto, hacia el centro, se eleva ésta recta almenada. En muchos de sus ventanales se perciben visillos blanquísimos, como velas de barco o como gaviotas maríneas. Uno de ellos, lleno de luz como un inmenso faro, debe de ser la casa de Elena Quiroga.

La doncella —sinfonía de negro y blanco— encamina nuestros pasos por un corto pasillo, en el que la luz parece ser la única brillante decoración. Apenas percibimos la alfombra pálida y muñida ni el azul breve de las paredes desnudas ni el búcaro de flores extrañas y quietas que desansan sobre una pequeña mesa.



### ELENA

Por fin, Elena Quiroga nos espera. Nuestro saludo es sencillo, tradicional. En nuestro pensamiento, los versos de Rubén: —«Helena —anunciaba un pavo real.»

Sin duda ninguna, Elena Quiroga es una de nuestras escritoras más bellas y de más innato señorío. Sería difícil la caricatura de un rostro en el que todo es proporción. Apenas podríamos hablar de su sonrisa constante, apretada y blanca o de su pelo rubio, acenizado, que nimba la cabeza y refleja sobre su tez blanquísimas calidades doradas.

Damos vueltas y vueltas en

### Elena Quiroga con su sobrino

nuestro pensamiento en busca de la pregunta que hemos de formular. Elena nos ha advertido desde el principio. «personal nada», y hemos de confesar que, precisamente, lo que nos interesa ahora de Elena Quiroga es «personal todo».

Sabemos poco de ella. Sabemos que Elena Quiroga de Abarca nació en Santander, de donde procede la familia de su madre. Que descende de gallegos por su línea paterna (es hija del conde de San Martín de Quiroga). Que los primeros años de su vida los

pasó en la casa solariega de El Barco de Valdeorras, en Orense, y que residió después en La Coruña hasta su matrimonio con el historiador Dalmiro de la Válgoma, en 1950, en que se trasladó a Madrid. Poco más o menos lo que dice de ella cualquier diccionario o cualquiera de las cubiertas de sus obras.

Atacamos pues, de flanco.

—¿Se siente usted en alguno de sus personajes más que en otros?

—Flaubert, cuando en cierta ocasión se discutía quién era madame Bovary, dijo: «Madame Bovary ces moi». Podría yo a mi vez, contestar lo mismo «Yo soy todos». Los hijos son todos míos, cuando los he hallado.

Será por eso por lo que los personajes femeninos de Elena Quiroga son verdaderos troncos tallados más a fuerza de gubia que a fuerza de pluma.

—¿Cree que la mujer tiene un campo especial en la literatura?

—El novelista no es masculino ni femenino. El arte es asexual. Sin embargo, es natural que la mujer acierte más en lo que tiene más cerca. Ahí tiene usted, por el contrario, a Pío Baroja, en el que las mujeres son artificiales, entrevistas, imaginadas, no vividas.

### MARCELA

—¿Cuándo comenzó a escribir?

—No me puedo acordar. Creo que desde muy pequeña escribía, pero fué mi marido, cuando comencé a escribirle siendo novios, el que descubrió las cualidades de novelista que había en mí.

—¿Es por eso por lo que le dedica todas sus obras?

—Quedamos en que personal, nada.

—Hablemos, pues, de su primera novela, «La Soledad Sonora».

—Mi primera novela, realmente tal, es, verdaderamente, «Viento del Norte».

«Viento del Norte» es la obra con la que Elena Quiroga ganó el Nadal en 1950.

—¿Cree beneficiosos los premios para el escritor novel?

—Los premios dan al escritor novel el público. Es aquello de «valgo más cuando me miran». Sin embargo, puede ser un arma de dos filos, ya que en un escritor lo importante es lo que tiene que decir.

—Su Marcela de «Viento del Norte», estaba realmente enamorada de Alvaro.

—Sí, pero cuando se da cuenta es tarde.

—¿Es «Viento del Norte» su novela de la que mayor número de ejemplares se han vendido?

—Lo ignoro. Creo que es la más popular.

—¿A qué atribuye su éxito como novelista?

—Desconfío del éxito. Creo que el éxito es más bien un obstáculo en un quehacer artístico.

Sobre la mesa redonda, cuatro ceniceros de plata buscan inutilmente las esquinas. En una bandeja, un frasco de cristal de roca deja escapar constantes irisaciones,

como bandadas de pájaros diminutos y tropicales.

Elena Quiroga ha suspendido su charla brevemente, al mismo tiempo que recoge el borde inquieto de su chal encarnado. Se levanta ahora y busca en la librería de líneas apagadas y escaletas, que cubre casi por entero las paredes de la habitación. A lo alto, un bergantín quieto bajo urna de cristal, geométrica, parece navegar en un mar de infinitas ideas.

### MARIA FERNANDA, AMALIA, DOLORES, ANGELES

De entre los libros bien alineados toma un álbum de fotografías familiar que pronto revoltemos. Elena pasa ahora hojas y hojas como en algo que se tiene bien sabido. Vamos eligiendo fotografías. Nos detenemos en una: «Llévese ésta, es muy «La sangre». Un viejo castaño proyecta enorme sombras en derredor con su ramas. Elena Quiroga está sentada a sus pies, cerca de la raíz, de la savia.



La novelista, en los pinares de la Sierra

«La Sangre» es «esa tremendamente biológica narración», que decía Eugenio d'Ors.

—¿Cuál de las cuatro mujeres protagonistas de «La Sangre» está más cerca de usted?

—Cada personaje tiene su bondad y su miseria, y cada uno siente su verdad. Quizá, de entre todas ellas, sea Angeles la más humana. Amalia es en la que residen las fuerzas elementales. La más biológica. Lo importante para ella es todo lo vital. Son muy necesarias las fuerzas elementales.

—¿Cómo calificaría «La Sangre»?

—«La Sangre» es una novela río.

—Y el novelista, en este caso la novelista, ¿es el árbol?

—Sí, en cierto modo, sí. Es un

testigo mudo y quieto que, además, da unidad a la obra.

—¿Es en «La Sangre» donde comienza a buscar la forma?

—Yo no busco la forma. La forma nos la da el tema a tratar. No obstante, es natural que todas las obras salidas de la misma pluma tengan cierta unidad secreta.

—¿Qué lugar ocupa «La Sangre» en el orden de sus preferencias personales?

—El escritor lo que prefiere es el último trabajo que tiene entre manos.

—¿Y en las del público?

—«La Sangre» ha sido traducida al finlandés, al francés, al italiano, y en el próximo abril se llevará al cine.

### ESPERANZA Y PRESENCIA

Unas ramas de abeto, verdes, cerúleas, alargan sus brazos hacia la ventana, quizá hacia la lluvia que golpea los cristales como infinitos dedos. El viejo icono, incómodo en su envoltura metálica parece hacer guiños y muecas a los monigotes azules de la tapicería que trepan por asientos y respaldos. La voz de Elena Quiroga nos va contestando a todas nuestras preguntas. Unas veces es brillante, otras grave, siempre natural. Algunas veces esbozamos preguntas de las que ella llama «personales». No las conseguimos. Su mirada es firme y su mano derecha—sobre la que cabalga en el dedo meñique el anillo matrimonial—en gracioso ademán también.

—¿Es «Algo pasa en la calle» su primera novela que no transcurre en Galicia?

—Sí. No puedo escribir de nada que no sienta. Vine a Madrid cuando me casé. Ahora amo a Madrid. Le he recorrido calle tras calle.

—¿Cómo Presencia?

—Sí, como Presencia—sonríe.

—¿Es mala Esperanza?

—Esperanza no es mala, es sencillamente inaguantable, artificial y llena de fórmulas. Venturosa se equivocó. Esperanza debió ser su amiga y Presencia su mujer. El drama interno de Ventura es ese, el sentido de las pequeñas incomprendiones.

### LIBERATA

—¿Es «La Enferma» su novela preferida?

—«La Enferma» es un libro en el cual yo he puesto amor.

—¿A qué se debe su nombre?

—Liberata es una Santa de Bayona, y es una paradoja que «La Enferma» se llame así, aunque quizá la negra noche de su cerebro la haya liberado.

—¿Es Liberata un símbolo?

—Desde luego no está concebida así. No es la primera vez que se me ha preguntado. Si lo es, será por su propia fuerza.

—¿Es real, entonces?

—Para mí todo lo imaginado llega a ser real.

—¿Y el pueblo?

—Existe. Es quizá uno de los pueblos más maravillosos de Galicia.

—¿Era normal el amor de Liberata por Telmo?

—No.

—¿Y Telmo por Liberata sentía realmente amor?

—Realmente Telmo se siente atraído por Liberata. Liberata es lo singular. Llega un momento en que el hombre la teme. Pero cuando se entera de que ha perdido la razón por él se da cuenta de que al herirla a ella se ha herido a sí mismo.

—¿Qué significa la forastera en la novela, y qué «La enferma» en la vida de aquella.

—He querido en esta novela enfrentar dos tipos de dramas. Uno que responde a hechos excesivos y otro que está en las pequeñas incomprendiones cotidianas. La tristeza indecisa de una edad determinada que conlleva detrás determinados adioses. Al encontrarse con «La enferma», la forastera se mira en ella como en un espejo y ve hasta dónde podría llegar ella si se abandonara a la soberbia.

### FLAVIA

—¿Cuál es su opinión personal sobre «La Careta»?

—Yo creo que «La Careta» es mi novela más dura, más condensada, más seria.

—¿Y técnicamente?

—Técnicamente es nueva. Está escrita en planos que se sostienen mutuamente, el presente y el pasado. Pero el pasado se usa en función de presente, porque en realidad la memoria forma parte de nuestro presente tanto como la acción.

—¿Es «La Careta» una novela oscura, al estilo de algunos novelistas norteamericanos?

—Desde luego, no es una novela fácil, pero no tiene nada de americana. Quizá la semejanza consista en que es una novela de nuestro tiempo y al reflejarlo tiene que reflejar la confusión y el caos del tiempo en que vivimos.

—¿Es Moisés un personaje trágico?

—Sí. Yo creo que Moisés es trágico. Moisés tiene sobre sí la sombra de un pecado que no ha cometido. Hay en él una enorme anarquía y una gran soberbia. Tenga presente que lo trágico en una guerra no es el que muere, sino en el sobreviviente.

—¿No cree que a Moisés le falta la fe?

—Sí, la fe en algo o en alguien.

—¿Y la fe en Dios?

—A través de cualquier fe se llega a la fe más importante.

Dios en esta novela está presente por ausencia y es lo que le falta a él.

—¿En quién representa a la nueva generación?

—En Felisa. Felisa realmente está vacía, desorientada y llena de confusión.

—¿Y que debe comprender esa nueva generación?

—Que nos dolemos de ella y que queremos ayudarles. Para



Elena Quiroga, en un rincón de su hogar

ellos dice Flavia, el personaje más profundamente humano de la novela:

«¿Habéis nacido con cansancio infinito? No dramaticéis. He ahí lo vuestro: no dramaticéis, no juzguéis, aportad vuestro cansancio, vencedle, para que tus hijos, Felisa, no nazcan del asco ni del abatimiento, sino de la esperanza.»

Las últimas palabras de Elena han ido lentamente de nuestros tímpanos a nuestro pensamiento.

Instintivamente hemos dejado de escribir. Alzamos la mirada. Los ojos de Elena Quiroga que, a veces, hemos notado distantes, dentro, quizá de su mundo interior, están ahora surcados por multitud de venillas quebradas y rojas.

Nos hemos levantado en silencio. En silencio también nos ponemos el abrigo. Aun esbozamos una última pregunta.

—¿Cree usted que el artista surge?

—La vida es un largo estudio. No creo en el genio espontáneo ni en que de repente se dé el do de pecho. No creo que la inspiración sea algo así como un pacto. Es algo que procede de germinación. No lo he estudiado pero sé que es así.

—¿Ha alcanzado ya su meta en alguna de sus obras?

—Creo que mi obra de madurez está por dar. Aunque también se que se muere uno sin saber en la que acertó. Únicamente en la perspectiva del tiempo se puede medir cuál fue la obra de verdad alcanzada.

Es tarde. Hemos conversado con Elena Quiroga mucho tiempo. Nuestras pisadas resuenan ahora rápidas por la escalera, hacia el portal. La copa pelada de algún árbol cercano nos trae gotas de lluvia sobre el rostro. Estamos ya en la calle, sobre el asfalto.

Margarita ROSEL





**7.000**  
**PAGINAS**  
DE NUTRIDO TEXTO,  
CONTENIENDO:

**3ª EDICION**  
**1955**

- 15.400.000 palabras
- 89.500.000 letras
- 400.000 artículos enciclopédicos y lexicográficos
- 25.837 grabados entre texto
- 11 mapas a todo color al tamaño de triple y doble página
- 171 mapas en negro
- 57 láminas en color
- 44 láminas en negro al tamaño de página y doble página
- 400 grabados en negro a página entera
- Lista alfabética de 12.000 verbos españoles y paradigmas de su conjugación.
- SUPLEMENTO al final de la obra con los acontecimientos de última hora.

*Esto es lo que le ofrece a Vd. la*  
**NUEVA ENCICLOPEDIA**  
**SOPENA**  
**EN 5 GRUESOS VOLUMENES**

que gracias a su formato 20 x 25'5 cms. y al compacto tipo de letra perfectamente legible, contienen positivamente igual cantidad de texto en número de palabras y letras que otras enciclopedias en DOBLE NUMERO DE TOMOS.

La NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA es la única obra en su clase que proporciona la información verdaderamente amplia y moderna, a un costo positivamente económico, que la hace asequible a todas las clases sociales.

**SUYA POR SOLO**

**80** PESETAS  
MENSUALES

**JAMAS** se ha ofrecido una inversión más ventajosa en obras de carácter enciclopédico.

**GRATIS**

le enviaremos el hermoso FOLLETO ilustrado a todo color, al remitirnos Ud. el cupón adjunto.

CUPÓN PARA FOLLETO GRATIS

EDITORIAL EXITO, S. A.  
PASEO DE GRACIA, 24  
BARCELONA

Sírvase remitirme GRATIS y sin compromiso, folleto ilustrado y detalles de las condiciones de compra de la NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA.

Nombre y apellidos  
Profesión  
Domicilio  
Localidad  
Provincia

**EDITORIAL EXITO, S.A. PASEO DE GRACIA, 24 TEL. 22-86-07. BARCELONA**

# NAVALCARNERO

## EL PUEBLO DE UNA GRAN PROMESA

A 30 KILOMETROS DE MADRID

Una posible ciudad satélite para descongestionar la capital



Esta plaza castellana está sólo a media hora de la Puerta del Sol madrileña



Junto a los tradicionales soportales, el tractor. El pueblo está rodeado de tierras fértiles

DE la Puerta del Sol de Madrid a la Plaza de Segovia, en el mismo centro de Navalcarnero, no hay más de 30 kilómetros. Treinta kilómetros y media hora larga de carretera. El camino se hace excesivamente corto, apenas el tiempo de encender dos cigarrillos y de comentar con el vecino de al lado que este frío de la mañana es como un cuchillo que se le mete a uno en los huesos. Navalcarnero está en una esquina de Madrid: Paseo de Extremadura —atrás el Manzanares, que en estos días se ha vestido de largo—, Carabanchel Alto, Campamento y, a dos pasos, este pueblecito típico y singular de Castilla, empinado sobre un montículo suave, ceñido y recortado como a tijera de buen sastre, dominando, desde su atalaya, cuatro provincias de la meseta castellana.

Navalcarnero vale por sí sólo para deshacer el tópico de «la meseta árida, reseca y amarilla». Es todo lo contrario. Un pueblo alegre, lleno de luz, de tierras fertilísimas, de campiña donde la cebada y el trigo crecen a sus anchas, llenos de la geometría rectilínea que dibujan los millares de olivos que se extienden a lo ancho y lo largo de tierras blancas que llaman Las Olivas de Cuchifato. Y, del olivo, a la viña. Los viñedos de Retamosa, de Valdecobachos, de Las Vegas. El vino de este pueblo no se parece al vino de ninguna otra región de Espa-

ña. Es un vino sin nombre especial, sin bautismo desde luego. Es un vino que... merece capítulo aparte.

Navalcarnero es, ante todo, por encima de su vino y de su trigo, de su cebada y de su oliva, el pueblo de una gran promesa. Y la promesa que Navalcarnero encierra tiene un nombre, la industria.

—Mire usted, el día que en el pueblo se levanten tres o cuatro industrias y haya más fábricas y haya más chimeneas echando humo, ese día Navalcarnero se podrá comparar con el mejor pueblo de Madrid. Ningún otro tiene las condiciones que éste para industrializarse: buenas comunicaciones y, sobre todo, muchos terrenos para edificar.

Quien me habla es un vejete simpático que, al bajar yo del coche de líneas, me ha dado los buenos días y un buen rato de charla, como si nos conociésemos de siempre. Es sencilla y generosa esta gente del pueblo para quien el turista, el extraño, es como uno más de casa.

### UNA OFERTA Y UNA OPORTUNIDAD

En la misma Plaza de Segovia, bajo unos anchos soportales y gruesas columnas que recuerdan la plaza de cualquier ciudad gallega, junto al espigado campanario de la parroquia, se encuentra



Viejos escudos en las fachadas de las casas proclaman la nobleza de la villa

el Ayuntamiento de Navalcarnero. En la fachada, con grandes letras doradas, un título que dice: «Real Villa de Navalcarnero».

Es éste un pueblo recargado de leyenda y de historia. De historia vieja, de siglos, y de historia reciente, de pocos años. No existirá en Madrid una villa que reúna más escudos y emblemas en sus clásicas portadas de sus calles estrechas y pintorescamente recortadas, que esta villa que un día eligió Felipe IV para celebrar en ella sus velaciones con la hija del Emperador de Alemania. Todavía, en la calle que lleva el nombre del Monarca español, hay una casa viejísima, con ancha puerta de madera y encima, incrustadas en el recio paredón de tres siglos, tres lápidas de piedra berroqueña con la leyenda histórica:



«Donde se casó y celebró sus reales bodas el Rey Don Felipe IV...» Navalcarnero es ciudad de escudos y blasones: más de 50 he contado yo en una mañana.

—¿Sabe usted si el Alcalde estará ya en el Ayuntamiento?

El vejete simpático mira al reloj del campanario. Las nueve están al caer.

—Sí. Don Francisco es buen madrugador.

No se ha equivocado. Sobre su mesa de despacho, un hombre de unos cincuenta años, alto, con los ojos muy negros, se adelanta para saludarme. Don Francisco Pozuelo Borondo lleva dos años a frente de la Alcaldía de Navalcarnero. Llegó un día al pueblo para abrir una sucursal del Banco Español de Crédito y marcharse a la semana y la semana se convirtió en veintisiete años. Hoy comparte la dirección del Banco con las tareas del Ayuntamiento.

—Antes de marchar a la oficina, me doy siempre una vuelta por aquí Siempre hay algo que hacer.

Mi presencia ha interrumpido por unos minutos una conversación telefónica. Al otro extremo del hilo, don Ramón Pajares, el Jefe Comarcal.

—Sí, desde luego. Pasaré por ahí dentro de un cuarto de hora.

Don Francisco Pozuelo y don Ramón Pajares han puesto a Navalcarnero en plano de actualidad. Al menos para Madrid. Navalcarnero se ha ofrecido para solucionar el problema de alojamiento en la capital de España. Una oferta que, plasmada en realidad hará que, a un kilómetro del pueblo, se levante la mayor ciudad satélite de las que hoy pueblan el cinturón madrileño. Una ciudad residencial para muchos miles de habitantes. La oferta es amplia y generosa y, sobre todo, sencillamente factible.

Sobre unas 900 fanegas de tierra, en los terrenos que llaman «Dehesa de María Martín», extensas avenidas y bloques de viviendas se levantarán en suelos firmísimos y llanos que harán extenderse el área de la capital en toda la longitud que fuere necesaria. Y, junto a la ciudad residencial, nuevas chimeras y torretas de fábricas quebrarán un paisaje de pinos altos nacidos en la fiebre de una intensa repobla-

ción forestal comenzada hace años.

Si es cierto que a la capital le conviene y le es necesario descongestionar su creciente complejo industrial, no es menos cierto que esta villa madrileña viene, con su ofrecimiento, a resolver dos problemas esenciales: vivienda en una ciudad satélite, a unos 25 kilómetros de la Puerta del Sol y terreno en abundancia para la creación de nuevas plantas industriales.

### UNA CIUDAD CON TODOS LOS MEDIOS A SU ALCANCE

—¿A quién pertenecen las tierras que han de servir de cimentación a la ciudad satélite?

—Los terrenos son de propiedad municipal y en el ánimo de todos los que componemos el Concejo está el dar todas las máximas facilidades sin ánimo alguno de lucro.

—¿Cree usted que los habitantes del futuro pueblo tendrían resuelto el problema de comunicaciones?

Don Ramón Pajares responde, el tiempo que señala con un dedo sobre un plano:

—El problema no existe. Las comunicaciones no pueden ser mejores. Discurren por las carreteras de Madrid-Portugal y Guadarrama-Grifón, con abundancia de servicio de viajeros. Además contamos con el ferrocarril que hace el recorrido Madrid-Almorox. Este medio de locomoción es el que tendría, en su día, verdadera importancia. La finca queda atravesada por su parte central, ofreciendo la posibilidad de crear estaciones y apeaderos donde se estimara más conveniente. Tiene su salida de Madrid, en la estación Goya, para finalizar en Almorox, provincia de Toledo, estando ahora en la ejecución de una desviación al valle del Tiér tar hasta Arenas de San Pedro. A mayor abundamiento, le diré que este ferrocarril coincide en su estación de Campamento con el tren suburbano recientemente adquirido por el Estado al Ayuntamiento madrileño. Parece ser que en esta estación derivará hasta la estación construida en la plaza de España. De ser esto así, la nueva ciudad residencial que-

daría directamente enlazada con el Metropolitano y en comunicación con todos los barrios de Madrid. Por todo esto, creo que no se podrá encontrar otro lugar que reúna condiciones más ventajosas para levantar una ciudad residencial y satélite de Madrid.

—¿Habría dificultad para el abastecimiento de agua?

Ahora es el señor Alcalde quien responde:

—El abastecimiento de aguas potables, en cantidad abundante, se está llevando a cabo por la Diputación Provincial en estos momentos. Su canalización atraviesa estas tierras mismas que ofrecemos. Por esto, el agua sería un problema resuelto de antemano. Habrá agua más que suficiente para los habitantes y agua sobrada para cuantas industrias se implantasen. El abastecimiento de agua no es aquí dificultad de ningún género.

—¿La mano de obra para la construcción?

La abundancia de la mano de obra disponible es una realidad. Creo que Navalcarnero sólo puede comprometerse a prestar esa mano de obra, solucionando a un tiempo un problema vital de la población.

Para la instalación de un nuevo pueblo en el cinturón inmediato a Madrid no existe ningún inconveniente.

Estos hombres de Navalcarnero han allanado por su parte toda dificultad y han resuelto, con la mayor buena voluntad y la máxima generosidad todo problema. La tierra, ahí está, los metros cuadrados, medidos a ojo de buen cubero, están a la espera. La mano para el cemento, el ladrillo y la cal acudirán a la llamada, con puntualidad de cronómetro.

Los terrenos de propiedad municipal hacen un coto cerrado, limitado por el Guadarrama, dos carreteras que lo cruzan y una línea de rieles que lo atraviesan en una extensión de cinco kilómetros. La zona comprendida entre el ferrocarril y la carretera general de Portugal quedará convertida, en poco tiempo, en un bosque cerrado de pinos, con una repoblación que hoy alcanza varios cientos de miles de esta especie arbórea.

—Yo estoy seguro—dice el Alcalde—que a estos terrenos del Municipio, se sumarían todas las facilidades necesarias por parte de propiedades particulares que con estas tierras tienen sus límites.

Para Madrid y para Navalcarnero la ciudad satélite en las tierras de la «Dehesa de María Martín» es hoy una esperanza y una promesa. Quizá muy pronto, una realidad.

### FLORES PARA TODO EL AÑO

Por la calle de Asensio Cabanilles, dejando atrás el bar Nacional, el Alcázar, donde el cochinito asado sabe a gloria, una pendiente suave lleva hasta el lugar donde se levanta la industria más grande y más conocida de Navalcarnero: la fábrica de



El Ayuntamiento de Navalcarnero está instalado en este típico edificio

jabón, cuyos productos están en los cuartos de baño y lavaderos de toda España.

Antes de llegar, a la derecha, por el Camino Hondo de la Noria, o Camino Viejo de Métrida, se tropieza uno con el lugar más atractivo de Navalcarnero. Y ello, a pesar de la estación, a pesar del frío y a pesar de que la sierra del Guadarrama, que desde aquí parece que se toca con la mano, está cubierta de muchos metros de nieve. El Parque Municipal de Navalcarnero se adelanta a la primavera en plena mañana de febrero.

Antonio Valbuena Avilés, guarda, jardinero y pregonero único del pueblo que lleva catorce años cuidando de estos árboles y mirando las flores, responde al asombro:

—Aquí siempre hay flores. Mira usted aquellos aligustres del Japón, aquel cedro, estos laureos, estas espiras.

El parque es la sorpresa del forastero.

—En primavera y en verano esto está siempre lleno de forasteros. El parque se extiende hasta allá abajo.

Y el jardinero señala con su brazo tendido más de un kilómetro de tierras cubiertas de acacias, de moreras, de pinos, de bolas de aligustres, de rosales, de trepadoras, de adelfas y filomomos. Antonio Valbuena tiene su casita a la misma entrada del jardín. Cuando el Ayuntamiento le llama para dar un bando público o le llama el que perdió una cartera o quien ha llegado al pueblo para vender su mercancía, Antonio Valbuena coge su trompetilla y recorre las calles con el pregón.

—El último ha sido de «gorrinos y gorrinas». Un señor que ha venido de fuera y vende «gorrinos» en el parador del Sol.

—¿Cuántos bandos habrá usted dado, Antonio?

—En dos años que llevo de «voz pública» habré «echado» unos quinientos.

—¿Los pagan bien?

—Cuando son de pérdidas, me dan dos pesetas y dos reales. Si son anunciando venta, cuatro pesetas menos un real.

Cuando me despidió del jardinero, Antonio me dice mientras acaricia unos cedros que él sembró.

—¡Oiga! ¿Por qué no le sacan ustedes unas fotografías a estos cedros que están que da gloria verlos?

#### CUARENTA Y CINCO MIL PASTILLAS DE JABÓN POR DÍA

A unos quinientos metros del centro del pueblo, en la carretera de Portugal se encuentra la fábrica de jabón. Huele bien a distancia. La fábrica tiene dieciséis años de historia, aunque tal vez sea ahora cuando la dirige don Fernando Candial, la etapa de su mayor producción. Con una capacidad de quinientos mil kilos mensuales, de Navalcarnero salen pastillas para toda España. Capacidad para cuarenta y cinco mil pastillas diarias. «El clavo» y «Zeus» los conocen bien todas las amas de casa.

El campesino vuelve al pueblo con su carga de lana sobre el buco

Don Angel Yepes Gutiérrez y Jose Suarez Simón, administrador general y maestro jabonero, me van explicando, entre el humo de las calderas que parecen bocas de volcán largas y complicadas refrigeradoras, el tufillo de aceites y glicerinas ácidos grasos, máquinas cortadoras y aparatos de troquelado, el funcionamiento de las dependencias que se reparten en las dos plantas de la fábrica.

Los ciento veinticinco obreros que trabajan en el jabón se dividen en dos turnos de mañana y tarde. El trabajo más fino, el troquelado y los preparativos de embalaje lo hacen mujeres. Muchos de los empleados llevan aquí sus catorce y quince años. Aquí entraron de peón o de pinche y hoy ocupan cargos de importancia, como José Suárez, que empezó hace dieciséis años de ayudante y hoy es el maestro jabonero de la fábrica. Victoria Lucas también es de las más antiguas, y con ella, en la sección de jabonería, trabajan sus dos hijas: Margarita y Florentina, dos chicas muy guapas que reparten su jornada entre el turno de la fábrica y el turno de casa.

En el troquelado, poniendo sobre la pastilla verde el nombre invariable, hay algunas chicas que le dan al pie de la máquina con la misma gracia y la misma agilidad que al dedal y a la aguja. Angela Colomo hace un año que comenzó el trabajo. Una chica muy joven, muy morena que a la salida de la fábrica sabe que alguien le espera.

—¿La boda?

—Angela se ríe, con una sonrisa inocente.

—¡Huy! Eso cualquiera lo sabe.

La sección de glicerina es sólo para hombres. José María Avila Torres hace más de quince años era peón. Llegó a Navalcarnero de un pueblecito de Cáceres y hoy es oficial. En el trabajo también la veteranía es un grado, cuando a la veteranía se une el buen comportamiento y el rendimiento oportuno.

Dentro de unos días todos los empleados de la fábrica lucirán su impecable uniforme de jornada: uniforme para empleadas y empleados. Un motivo de enhorabuena. Un silbato agudo de sirena anunció en la fábrica cambio de turno. Y las manillas del reloj que marcan la jornada se paran en seco, mientras enmudecen las máquinas de troquelado y las calderas siguen vertiendo lava de sosa y ácidos grasos.

Navalcarnero no tendrá más de seis mil habitantes. Un pueblo que nació del pastoreo, se hizo agricultor, merced a una tierra generosa y fértil y aspira a convertirse en un núcleo industrial que contará en el tiempo como una aspiración hecha realidad.

A la fábrica de jabón sigue en importancia la industria nartnera. En la estación del ferrocarril, a la parte derecha de la carretera que une Navalcarnero con



Brunete se levanta la fábrica de harinas La Aurora. Medio siglo de existencia sobre una superficie de 2500 metros cuadrados. Hoy La Aurora produce en limpio más de 25.000 kilos diarios de harina. Veinticinco mil kilos que desde las primeras horas del día comienzan a salir camino de Madrid, de Sevilla la Nueva, de Quijorna, de Pelayos de la Presa, de Navas del Rey, de Chapinaria, de San Martín de Valdegiglesias, de Villanueva de Odón, de Mostoles, de Villamanta, de Aldea del Fresno y Villa del Prado, de Almorox y Casarrubios del Monte, en la provincia de Toledo. Harina para una docena de pueblos que tienen su centro y su imán en la Real Villa de Navalcarnero.

Las industrias actuales del pueblo se terminan con una fábrica de mosaicos y una fábrica de hielo que produce diez toneladas diarias en los meses de verano.

Quizá en un futuro que no está lejano Navalcarnero haya multiplicado su industria y de las cuatro provincias que desde la tribuna de su parque municipal se divisan puedan un día verse, perdido entre las nubes el numo negro de un cordón de chi-



Los sonatales de Navalcarnero, refugio en invierno y en verano



La plaza de Segovia, centro de la vida del pueblo. Aquí se celebran las famosas capeas del mes de septiembre

meneas levantadas sobre una tierra que se ofrece como símbolo de la mejor esperanza. Navalcarnero es historia y leyenda, emblema y escudo de vieja nobleza, pero es también ciudad que no se duerme en el tiempo, pueblo recostado en el recuerdo. El mejor escudo de Navalcarnero no está clavado en las paredes de sus calles, en los portales de sus edificios señoriales; el mejor escudo de la villa se clava en la voluntad y en el afán de superación de sus hombres.

#### UN PUEBLO MITAD SILO, MITAD BODEGA

He dicho que el vino merece capítulo aparte. Y es verdad. Vino tinto, que aquí el blanco no se conoce. Vino tinto de las viñas del Guadarrama, de las vegas de Retamosa. Vinos de 18 grados y de 25, que es pura mistela, azúcar y esencia del mosto.

En todo el pueblo, bien repartida, hay unas sesenta bodegas. Es raro encontrar una casa donde el barrilito no se escancie en el vaso para hacer los honores.

Viene a ser algo así como en Jerez pero sin el rito de la pita y el catavino.

La bodega más vieja de Navalcarnero tiene un nombre sonoro y auténtico: La Perla en Vinos Cuarenta conos redondos, alargados, altísimos y tinajas redondas, ovaladas, donde esperan el grifo para la damajuana o el pellejo 16.000 arrobas de vino tinto. A cada tinaja le caben 450 arrobas. Uno piensa que si a un cono de estos le diera por crujiar nadaríamos en vino, sin encontrar la puerta.



Fachada de la fábrica de Industria Española del Jabón, primer brote industrial de gran categoría en Navalcarnero

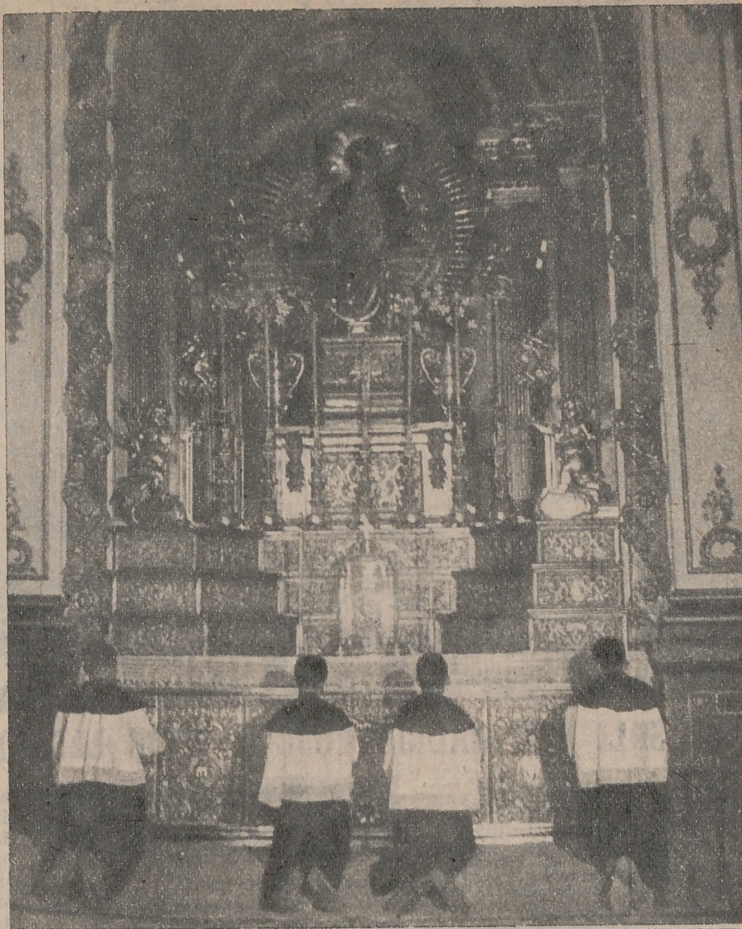
No se parece el vino de estas tierras al vino de Andalucía, al moscatel ni al «lágrima» malagueño, ni mucho menos a los vinos tintos de La Rioja, del Priorato o de La Mancha. Un gusto especial, sin nombre en el paladar ni en la etiqueta en la uinaja. Un vino excesivamente fino, sabroso, puro, con el único inconveniente de ser extremadamente bueno.

Navalcarnero es mitad silo, mitad molino para el aceite, mitad lagar y bodega. En sus campos veinticuatro tractores pisan la tierra, cincuenta máquinas segadoras esperan que la cosecha madure y en sus eras hay seis trilladoras. Desde 1947 en que se creó la Cooperativa Agropecuaria de San Isidro, la mecanización del campo fué aumentando cada día hasta cubrir las necesidades de la tierra. En la última cosecha la producción de trigo alcanzó los dos millones de kilos, mientras que la vendimia total pasaba de los cuatro millones.

### UNA OBRA DE DOS MILLONES Y MEDIO DE PESETAS

En 1939, cuando fué urgente hacer una red de distribución de aguas para Navalcarnero el pueblo entero contribuyó con una aportación personal para la obra. La villa entera se prestó como accionista personal para la obra. Y la obra se hizo. El hecho puede quedar como ejemplo y lección. Hoy aquellas obras quedan ya insuficientes. Se necesita un complemento de cuanto se hizo recién terminada la guerra de Liberación. Ya está en pie el proyecto y el Ayuntamiento a la búsqueda de fondos.

Este, junto con el alcantarillado, son los dos objetivos inmediatos del Municipio. Más de dos millones y medio de pesetas se han invertido ya en un alcantarillado que afecta a todo el núcleo central en una extensión de cuarenta calles. Las calles de Navalcarnero se están limpiando la cara con una urbanización y pavimentación que hará cambiar toda la fisonomía de la población. Todavía se ven calles en carne viva a falta de la piedra y la apisonadora. Todo vendrá. Y



En la capilla donde se celebraron las velaciones del Rey Felipe IV con la hija del Emperador de Alemania, se venera actualmente a la Patrona del pueblo

vendra con sus pasos medidos y contados.

Que cada pueblo es lo que su Alcalde quiere que sea, no es una idea mía. Se ha escrito y se ha leído en las páginas de este Semanario. Yo sí puedo decir que don Francisco Pozuelo Borondo el Alcalde de Navalcarnero, quiere y trabaja porque el pueblo, la «Real Villa», alcance un puesto destacado en la vida del país y de la provincia. Que lo conseguirá, estoy seguro. Su generoso ofrecimiento para quienes quie-

ran recogerlo está en pie. Una oferta para Madrid, en inmejorables condiciones y un rendimiento para Navalcarnero que, a largo plazo, será del ciento por uno.

La nueva ciudad industrial y residencial no es un proyecto colgado de las nubes. Puede echar sus cimientos honños en 900 fanegas de tierra entre Navalcarnero y Madrid.

**Ernesto SALCEDO**  
(Enviado especial)



Vista general del grupo de viviendas protegidas «Nuestra Señora de Covadonga», destinado al personal de la fábrica de jabón

# MISION EN BUENOS AIRES



## AMIGOS Y ENEMIGOS DE LA ESPAÑA NACIONAL EN ARGENTINA

### COMO SALI DEL MADRID ROJO Y PUDE LLEGAR A SAN SEBASTIAN

Por Francisco CASARES

A finales de febrero de 1937 nos reunimos, gozosamente, en San Sebastián mi mujer, mis chicos y yo. Mis tres hijos habían salido de Madrid en la última de las expediciones organizadas por la Embajada argentina. No quise que utilizaran el apellido Casares, ya que a mí me había tachado el Gobierno rojo en la lista propuesta por el encargado de Negocios, y tuve que salir «camuflado», como secretario de la Embajada en Madrid. Mi esposa, como ya he dicho en estos apuntes, también figuró como de nacionalidad argentina y mecánografa de la Representación diplomática. Los chicos, de catorce, doce y diez años, hicieron el viaje de Madrid a Alicante y de este

puerto a Marsella, como huéspedes de un señor Peña que no existía más que en el papel, y con su «madre», que no era otra que mi hermana política, apellidada así: Peña.

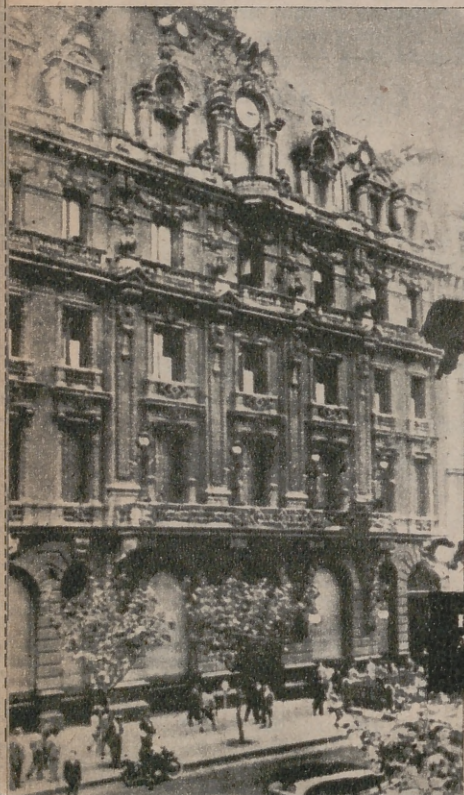
La emoción que experimenté al llegar a la zona nacional no es para descrita. Pero ese mismo estado de júbilo, de entusiasmo y de ilusiones lo han conocido centenares de españoles y no voy a descubrir nada nuevo. Estuvimos un par de días en Irún hasta que se arregló la entrada en la zona. Allí me encontré con una de mis hermanas, Anita, casada con Manuel Enebral, funcionario del Ministerio de Estado —hoy, del de Asuntos Exteriores—, que hubo de pasar en Madrid todo el período de la dominación marxista. Me facilitaron un piso de un nacionalista vasco, que había huido al liberarse la capital donostiarra, uno de los pisos incautados en los que los fugitivos nos acomodábamos. Era en la calle de San Marcial, muy cerca de la avenida. Instalación modesta, pero que a nosotros después de la odisea pasada, las forzosas aunque inolvidables y nunca bien agradecidas estrecheces de la Embajada y la ausencia de varios meses del hogar propio, nos hubo de parecer un verdadero palacio.

Me trasladé inmediatamente a Salamanca para presentarme a las autoridades nacionales. Allí estaba ya, desde unas semanas antes, mi hermano Manuel, actualmente corresponsal español en Washington, que había comenzado su labor como redactor de

la United Press, y tenía otro piso, alquilado, con su mujer, Hortensia y sus tres chicos. El cuarto, Paquito, del que fui padrino de bautizo, nació allí en Salamanca. Volví a San Sebastián después de haber visitado en Valladolid a mi antiguo jefe y maestro, don Mariano Marfil, que como presidente del Consejo de M. Z. A. —aun no se había constituido la R. E. N. F. E.— dirigía con el teniente coronel Rivero de Aguilar, los servicios de los ferrocarriles militares tan fundamentales en la zona nacional durante la guerra. Y en mayo de 1937 salí para Villefranche donde había de embarcar para Buenos Aires. Me había dado el señor Serrano Súñer, como jefe de la Secretaría de S. E. el Jefe del Estado antes de ser nombrado Ministro del Interior una misión de propaganda en la Argentina. Pero lo que especialmente motivaba mi viaje era el encargo de los que fueron mis compañeros de refugio. Acordaron entre todos que yo acudiera a la capital del Plata a expresar al Gobierno argentino la gratitud de los españoles que fuimos salvados por la generosidad y el valor, realmente extraordinarios, del encargado de Negocios don EdUARDO PÉREZ QUESADA, al que ya he aludido varias veces en estos recuerdos del tiempo rojo y de la Cruzada. Querían que yo hiciera presente, con el agradecimiento la actuación del ilustre diplomático. Este con su esposa y José María Jardón, agregado civil a la Embajada marchaba a Buenos Aires con permiso, y para dar cuenta a su Gobierno de la labor que había desarrollado en Madrid.

A BUENOS AIRES.—CARMEN MIRANDA

El gesto de enviar una persona para esa misión fué único. Nin-



Edificio del periódico «La Prensa»  
Arriba una vista del puerto de Buenos Aires

guna otra agrupación de refugiados hizo algo parecido. Y fui yo el designado. Representación honrosa que jamás se borrará de mi recuerdo. Con la confianza de mis compañeros realicé el viaje. Fui con Pérez Quesada y su mujer, y con Jardón, que embarcaban, como yo, en el puerto francés, porque los barcos españoles no hacían entonces el servicio de la línea del Plata. Don Tomás Ybarra, fallecido recientemente, arregló con la representación de la compañía naviera de que era consejero toda la parte económica de mi desplazamiento. Hicimos éste en un buque de lujo italiano, el «Augustus», que, más tarde, se habría de convertir en barco de guerra y fué hundido en una de las batallas navales con las fuerzas de la Armada británica. Viaje maravilloso en aquel espléndido palacio flotante; trabajé mucho, porque durante la travesía empecé a escribir mi libro «Argentina-España. Recuerdos de un refugiado», que terminé luego en Buenos Aires.

En Río de Janeiro, donde estuvimos un día, embarcó Carmen Miranda, la famosa canzonetista brasileña luego figura de la cinematografía americana, también desaparecida ya del mundo de los vivos. Cantó, para nosotros, a bordo. Iba contratada por una radio platense. Todavía no había alcanzado la celebridad que tendría más tarde.

Cuando nos acercábamos a Buenos Aires recibí Pérez Quesada un cable en el que se le comunicaba que se le iba a tributar en el Jockey-Club, de la capital argentina, un grandioso homenaje. Me pidió que fuese yo el que, en nombre de los españoles, hablase en aquel acto. Y le ayudé, como lo había hecho durante su gestión, en la preparación del discurso que había de pronunciar y que era contestación al mío y a las palabras de ofrecimiento que diría un poeta argentino, redactor jefe de «La Nación», el señor Melián Lafinur.

#### YO ANTE LOS PERIODISTAS — EL BANQUETE A PÉREZ QUESADA

Desembarcamos un día del mes de mayo. Me sorprendió la presencia en el puerto de un grupo de periodistas que me pedía impresiones de la guerra de la vida en la España marxista, de la labor de Pérez Quesada. También me aguardaba el representante de Ybarra, que me hizo entrega de los primeros pesos que yo tuve durante mi estancia en el país amigo. Nos instalamos en un hotel y pocos días después Jardón y yo tomábamos un departamento en la calle Esmeralda, 135. Allí viví hasta mi regreso, tres meses después.

Se celebró el banquete al diplomático argentino. Un acto brillantísimo, espectacular. Con el agasajado tomaron asiento en la presidencia el que era vicepresidente de la República, a la sazón don Julio Roca, varios ministros, centenares de amigos y el Cuerpo Diplomático acreditado en Buenos Aires.

El presidente del Jockey me había advertido que el oferente del homenaje era una de las más relevantes figuras literarias del

#### El Presidente argentino Justo con Gattullo Vargas

país. Un gran escritor y poeta. Yo le dije sencillamente:

—Si lo que quiere usted indicarme es que he de cuidar mucho lo que yo haya de decir, para estar a tono, no se preocupe. España no quedará mal.

Era presidente del círculo el señor Palacios Costa, que unos años después fué embajador en Madrid. Estuvo amabilísimo, pero no parecía que se quedase muy convencido de que yo pudiera estar a la altura de «las circunstancias».

Llegó el temido momento. Todo el mundo de frac. Yo me lo había hecho en el más reputado sastre de la ciudad. Tres mil pesos de entonces, lo que era mucho dinero. No había sacado de España más que un «smoking» que me hice en San Sebastián y un par de trajes. Habló, en efecto, el señor Melián Lafinur. Mejor dicho, leyó. Allí es costumbre. Casi todo el mundo lee los discursos. Desde luego era una pieza literaria magnífica, de altos vuelos. Me levanté después y anuncié que no iba a pronunciar un discurso que pudiera ponerse en la rasante, muy alta, que acababa de alcanzar el orador que había ofrecido el agasajo. Me limitaría a contar lo que había visto, las hazañas, casi increíbles de que había sido protagonista el diplomático argentino. Y así lo hice. Referí anécdotas, episodios, momentos de incertidumbre y temor. Y con todo ello, la silueta del doctor Pérez Quesada. Una relación de hechos sencilla, sin alardes de oratoria, como las viejas historias que, al calor del hogar, puede contar el abuelo a sus nietos. Cuando llevaba cubierta la mitad de mi misión relatora alcé la vista y pude observar que la mayoría de los comensales denotaba una enorme emoción. No faltaron los que, disimuladamente, llevaban el pañuelo a sus ojos. Me interrumpieron en varios pasajes para aplaudirme frenéticamente. En rigor no era a mí a quien aplaudían, sino al héroe, al que recibía el homenaje y cuya actuación despertaba la férvida admiración de los que allí le rodeaban. La ovación final fué larguísima, entusiástica.

A continuación Pérez Quesada leyó sus cuartillas, de una gran emotividad, de una auténtica modestia, asegurando que no había hecho otra cosa que cumplir su deber y servir a España, para la que todo argentino ha de tener siempre las mayores devociones.

El homenaje fué un éxito memorable. Me abrazaban al salir, expresaban, acaso exageradamente, la emoción que les había producido. Elogiaban de modo remarcado y especial que hubiese prescindido de cuartillas y hubiera «improvisado». En la Argentina llaman «improvisar» a pronunciar un discurso sin leerlo.

#### DISCURSOS AGASAJOS ACTOS INOLVIDABLES

A partir de ese momento fui constantemente obsequiado. Me llevaban a almorzar y comer a las casas más distinguidas de la ciudad. Los argentinos se halla-



ban divididos. Unos eran partidarios de «los republicanos», como se denominaba al conglomerado rojo-marxista. Otros tenían sus simpatías y fervores para los «nacionalistas», como se llamaba a los que estábamos junto a Franco y enrolados en la Cruzada de Liberación. Me acogí con cariño el que actuaba allí de representante oficioso de la España nacional, don Juan Pablo Lojendio. Era un verdadero embajador, aunque no estuviere oficialmente acreditado. Con su jefe de Prensa, José Ignacio Ramos, organizaba los banquetes de «plato único», en los que pronunciaba discursos «inflamados» que provocaban el entusiasmo de los millares de asistentes. Hice con Lojendio y Ramos algunos viajes. Pronuncié alrededor de cuarenta conferencias en distintas poblaciones: Córdoba, Rosario, Tucumán, La Plata y en la capital de la nación. Lojendio mostró en todo momento una gran simpatía para mí. Me ayudó. No he olvidado nunca su magnífica y entusiasta cooperación.

#### SAAVEDRA, LAMÁS Y EL REPRESENTANTE ROJO

Una de las conferencias que pronuncié en Buenos Aires hubo de dejar en mi ánimo impercedero recuerdo. Más que por el discurso en sí, que fué como todos los demás, y como yo entendía que era mi deber, una exaltación de la Causa Nacional, una curiosa gestación que el acto tuvo.

Se había preparado que esa charla mía fuese en el Jockey. Unos días antes, y cuando ya estaba anunciada en los periódicos criollos, me llamó el presidente del Jockey, señor Palacios Costa. Me preguntó:

—¿De qué tema va usted a hablar?

—Del Movimiento Nacional y sus antecedentes, naturalmente. Yo no puedo hablar de otra cosa.

—Entonces lo siento mucho; no se podrá dar la conferencia. Yo

creí que escogería usted un tema ajeno a lo que pasa en España. Algo de Prensa, de literatura...

—El que lo siente soy yo, señor presidente. Le repito. No me puedo referir más que a la guerra y a lo que la determinó.

Y se deshizo la conferencia. Entonces me ofrecieron que hablase en el Círculo de Armas, entidad aristocrática, que puede equipararse a lo que en Madrid son la Gran Peña o el Nuevo Club. En esa sociedad no había hablado nadie y los oradores españoles que desfilaron por la capital argentina lo hicieron en el Jockey, de carácter más popular, o en otras entidades culturales.

Al enterarse el encargado de Negocios de la España roja, señor Jiménez Asúa—hermano del conocido personaje socialista e hijo del «acreditado don Felipe»—, de que un ex refugiado en la Embajada en Madrid iba a hablar nada menos que en el Círculo de Armas, acudió al despacho del ministro de Relaciones Exteriores, señor Saavedra Lamas, que, como se sabe, era también catedrático de Derecho Internacional de la Universidad bonaerense y tenía el Premio Nobel de la Paz.

Protestó. Pidió que se suspendiera gubernativamente mi charla. El ministro le respondió que no podía hacer lo que le pedía:

—La Argentina—le contestó—es una nación democrática. Mientras no haya ofensa para la moral, para el Estado, para lo que es intangible, todo el mundo puede exponer sus ideas. Hay absoluta libertad de tribuna. Si usted quiere replicar al señor Casares, no habrá la menor dificultad para que lo haga. Pero yo no puedo, en modo alguno, prohibir esa conferencia.

Todos los argumentos del representante rojo fueron inútiles. No logró convencer al ministro, que había sido siempre paladín insigne del Derecho de Asilo y que ayudó a Pérez Quesada muy eficazmente en sus gestiones para liberar a los asilados.

Cuando la entrevista terminaba, Saavedra Lamas le dijo a Jiménez Asúa esto, que es de antología:

—Ya le he dado, en el terreno oficial, las razones de por qué no puedo prohibir que hable ese periodista español. Ahora, en otro terreno, en el puramente particular, le voy a decir otra cosa: me propongo asistir a la charla del señor Casares.

Y asistió. Tuve el honor de que el ministro, con toda su autoridad personal y la que le daba el cargo, presidiera el acto en el Círculo de Armas. También estaba allí el vicepresidente, señor Roca. Y lo mejor de Buenos Aires Las salas se llenaron por completo. Hubo necesidad de po-

ner altavoces para que me oyeran en las distintas dependencias del local. Naturalmente, no era la notoriedad del orador lo que concitaba ese excepcional interés. Era el tema. Y lo que yo, modestamente, representaba en aquellos momentos. Me aplaudieron mucho. Y todos los periódicos, menos los simpatizantes con los rojos españoles, publicaron extensas referencias de la charla.

#### VISITA AL PRESIDENTE ESPANOL ENTUSIASTAS

Hable, en público, otras muchas veces. Como digo alrededor de cuarenta. Visité una tarde al Presidente de la nación general Justo, que me recibió amablemente, y con el que mantuve una entrevista de más de una hora. Le interesaba mucho todo lo de España y no ocultaba su simpatía para Franco y la Cruzada. En otras de mis conferencias, e.g., encontré a algunos españoles que se hallaban accidentalmente en Buenos Aires, y me seguían con fervor, con extraordinario interés. Repito que no era a mí, sino a la Causa, de la que yo, por unas circunstancias especiales, era el primero que habla-



Doña Soledad Alonso de Drysdale apoyaba una gran campaña a favor de la España nacional

ba allí. Entre mis constantes auditores recuerdo a varios de los artistas que actuaban en teatros argentinos. A la López Heredia, a Asquerino, a Valeriano León y Aurora Redondo, a Lola Gómez, a Fernando Fresno. Había otros que no acudieron a oírme porque estaban «del otro lado». A éstos no los citaré nominalmente.

Estos recuerdos que improviso sin notas, sin «documentación», no serían completos si no aludiera aquí a la labor extraordinaria de una distinguida dama argentina que desde el primer momento se consagró, con gran entusiasmo, a ayudar a la Causa nacional. Me refiero a doña Soledad Alonso de Drysdale, que había constituido la agrupación «Legionarios de Franco» y costeaba una intensa propaganda nacional para contrarrestar la de los rojos. Por encargo suyo di varias charlas por una radio de Buenos Aires. Me ayudaron, también eficazmente, unos tíos de José María Jardón, los hermanos Licrente, hijos de don Galo, que era español emigrado de joven, desde su pueblo natal—Vinuesa, en la provincia de Soria—, y había llegado, por su esfuerzo, a ser una de las principales fortunas de la República. Ya ha muerto. Le dediqué, en un periódico de Madrid, un artículo, porque era un caso ejemplar de autodidacta de luchador. Presidia el Banco Central de Buenos Aires. Estos hermanos entusiastas de la España nacional y del

Caudillo, costearon un folletín que redacté y se repartió alia profusamente, titulado «La revolución española».

Por gestión, afortunada, de Ramos, colaboré los tres meses que estuve en Buenos Aires en el diario «La Razon», cuya representación me traje, después a España, aunque cesé pronto, porque cambió de orientación y como el presidente del Jockey, me sugirió el director que escribiese mis crónicas sobre temas que no fueran políticos. Me negué y terminé la corresponsalia.

#### UNA CHARLA A BORDO. UN BASTON PARA EL CAUDILLO

Al decidir mi regreso, en agosto de 1937, me ofrecieron un banquete los españoles que residían en Buenos Aires y los argentinos que habían estado a mi lado durante mi breve estancia. Acto inolvidable, lleno de cariño y de emoción, que presidieron, a mi lado, Lojendio, Pérez Quesada, el conde de Guadalhorce, el marqués de Foronda y Rafael Duyos, que por entonces había llegado allí.

Regresé en un buque alemán, el «Cap Ancona», también espléndido y también hundido, más tarde, en una batalla naval. En el barco germano me obsesaron mucho al saber que era el que había estado como emisario y propagandista en la Argentina, enviado por un grupo de españoles y por Serrano Suñer. Y se me invitó a algo que creo no se había hecho hasta entonces: dar una conferencia a bordo de un navío. El templete de la orquesta, en el comedor, se convirtió en tribuna. Desde allí hablé a los pasajeros y a la tripulación. Naturalmente sobre nuestra Cruzada. Y tuve otro éxito.

Yo quisiera que mis lectores no atribuyesen a vanidad esta alusión que hago, frecuentemente, a la aceptación entusiástica que tuvieron mis actuaciones. No era yo, personalmente, repito, ni la brillantez u originalidad de mi palabra lo que determinaba los entusiasmos. Era el tema. Lo que se les decía a unos auditorios que no habían tenido hasta entonces versión directa de los acontecimientos españoles.

Al volver acudí a visitar al Caudillo. Le llevaba un bastón de mando que le regalaban los españoles de Rosario de Santa Fe. Me dieron el honroso encargo de ser portador de ese obsequio que era, a la vez, un testimonio de adhesión. El Generalísimo me hizo preguntas sobre el estado de opinión de la Argentina. Le conté todo. Lo que yo había oído. La impresión que traía. La labor personal de Pérez Quesada. ¡Todo!

Algunos meses después el diplomático argentino acudía a Burgos y era recibido por Franco. El Gobierno Nacional le concedió la Gran Cruz de Isabel la Católica.

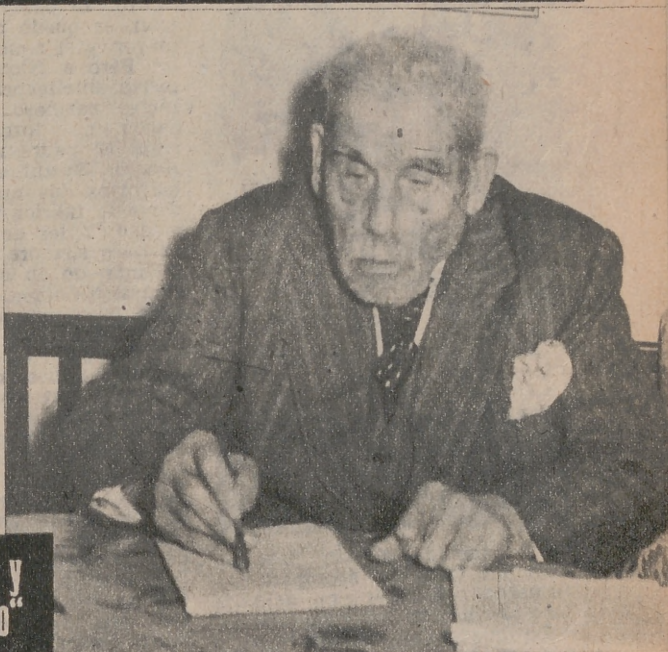
Reanudé mi labor periodística en la zona nacional. Esta etapa será objeto de un nuevo capítulo de estos apuntes para las «Memorias» que en su día pienso escribir.

# A LAS PUERTAS DE LOS CIEN AÑOS

SENCILLO, CAMPECHANO,  
OCURRENTE, CARITATIVO,  
AVANZA POR LA VIDA  
**DON NICOLÁS GUZMAN**  
FARMACEUTICO DE SONSECA

“Yo soy amigo de las nuevas generaciones. Con los nietos de aquellos a quienes di mis tierras a medias me entiendo como con sus abuelos”

“Tengo la satisfacción del deber cumplido y de que he hecho todo el bien que he podido”



—Si yo me llamo Nicolás Guzmán y García Aranda. Nací el 29 de mayo de 1857 en este toledano pueblo de Sonseca. De aquí eran también mis padres y mis abuelos. Aquí han vivido ellos y aquí reposan. Pero hace ya tiempo que murieron todos. Y mis hermanos, Hipólito y Engracia, y mi hermanastro Eduardo, y mi primera mujer, Patrocinio, y Filotea, la segunda. Porque yo me casé dos veces. Me he ido quedando sólo poco a poco. Ahora, que doy gracias a Dios porque he sabido adaptarme. Yo soy amigo de las nuevas generaciones. Con ellas echo partidas en el casino. Con los nietos de aquellos a quien di mi tierra a medias me entiendo ahora como con sus abuelos. La casa de una sobrina nieta mía, en la calle Mayor, donde vive el doctor don Samuel Villamón, se

la administro yo. Mis sobrinas biznietas vienen aquí a verme y hablo con ellas de sus costumbres modernas. Ahora queremos que una se coloque en Madrid. La vida sigue. Hoy estoy preocupado porque el hijo de Marcelina, una fiel sirvienta que estuvo en casa, está bastante mal. Ha cogido casi pulmonía. Y el año pasado se le murió otro de unos quince años, de leucemia. ¡Fue una pena! Ese muchacho coloradote que hay ahí sentado al amor del brasero es el otro hijo de Marcelina. Vienen a hacerme tertulia también los chichuelos. ¡Es gracioso esto! ¿Verdad? Pero, perdóneme un momento. ¡Eh, Antonio! ¿Te vas ya? Pues no dejes de venir mañana a decirme cómo sigue tu hermano... Bueno, le diré que en el pueblo tengo fama de tener una gran memoria. Sí, desde luego, es ver-

dad; pero también es verdad que me acuerdo mucho más de los sucesos de hace, por ejemplo, ochenta o noventa años que de lo de ahora. Aunque tampoco me puedo quejar de lo presente. Me encuentro bien y ánimo no me falta. Y aun me ilusionan las cosas. Tampoco me puedo corregir del vicio de cantar a cada momento. Canto por lo bajo, como siempre hice. Los años no cambian. Y no es que yo fuera un hombre muy alegre, no; pero tengo la satisfacción del deber cumplido y de que he hecho todo el bien que he podido. A esta edad, cuando se piensa en todo esto, entra una gran tranquilidad de conciencia. Pero yo también tuve mis tristezas. ¡Ya lo creo que las tuve! Me faltó tener un hijo y conocer a mi madre. Murió cuando yo tenía tres años. Es casi como si no la hu-



Tres edades en la juventud de don Nicolás Guzmán y García: A los ocho años, a los diez y a los quince





Nicolás Guzmán (en el centro) con dos compañeros de promoción al terminar la carrera.

quiera conocido. Y, sin embargo, toda mi vida me acompañó su recuerdo... Bien, pero dejemos esto ahora y vayamos por partes.

Lo que a mí me extraña es que se hayan acordado de mí. He vivido siempre en este rincón. Pero, en fin, ustedes sabrán. Ha hecho usted un buen viaje para verme más de cien kilómetros. Se lo agradezco. Pero, acérquese más al braserito. Vendrá usted helada. ¡Qué día tan tremendo de nieve tenemos! Al fin y al cabo, la historia de mi vida es sencilla. Yo creo que empieza el día en que mi madre murió. Aquella desgracia marcó un rumbo en mi vida y en mis sentimientos. Fui un niño extraño. Estaba rodeado de mimos y, sin embargo, sin mi madre me veía como desamparado y cualquier cosa me impresionaba. Y quizá esto me dió una medida de ternura para todo el mundo.

### UN NIÑO FRENTE A SU TIEMPO

Estamos en los turbulentos días del reinado de Isabel II. El levantamiento de los generales Prim, Serrano y Topete derrocan al Gobierno de la Reina, y ésta se ve obligada a refugiarse en Francia. Hasta Sonseca, pueblo enclavado entre los montes de Toledo y La Mancha, llega la noticia del destronamiento. Sujetos de unos y otros partidos contrarios a la Monarquía isabelina suben al Ayuntamiento y arrojan por el balcón los retratos de Isabel II. La chiquillería del pueblo mira sin comprender muy bien. Unos gritan sin ton ni son. Otros más decididos pisotean también los cuadros destrozados. Piensan, sin duda, que aquello estará bien hecho puesto que lo hacen los mayores. A un niño de nueve años, reconcentrado y sensible, la escena le va a impresionar ya para toda su vida. Este niño se llama Nicolás Guzmán y Ruiz Aranda. Y corre al número 1 de la calle Mayor del pueblo para contarle a una anciana:

—¡Abuela, hay en la plaza unos hombres que están como locos...

En esta casa de los abuelos vive el pequeño Nicolás desde que

la madre murió de sobrepeso. Son sus abuelos paternos: don Francisco Guzmán y doña María Marín. El padre, Gregorio Guzmán, se quedó con Engracia, la mayor, y el recién nacido Hipólito. Pero a Nicolás, por su despierta inteligencia y por su carácter cariñoso los abuelos lo adoran y proponen llevarse a ellos. El padre no pone muchos reparos. Bastante tiene él ya con los otros dos niños y con atender a la fábrica textil de su propiedad. Y los abuelos se quedan ya para siempre con Nicolás, niño mimado en esta casa de ancianos. Niño regalado a quien se viste con esmerado gusto, como a los niños de las capitales. A tanto llega el cariño de los abuelos por el nieto que la casa está llena de retratos del pequeño. Todos los años lo llevan a Toledo, y en el mismo fotógrafo y en la misma postura lo fotografían para poder comparar como crece el rapaz. Ya sabe el chiquillo todo lo que enseñan en la escuela. Doña María, sin saber que darle a su nieto, le dice:

—¿Quieres aprender latín?

El sacerdote don Juan Antonio Camuñas le enseñó dos años de latín. Después los abuelos maquinan una idea.

—Se gana mucho con un buen comercio. Debíamos de montar uno a nuestro Nicolásito.

Pero como el comercio necesita su aprendizaje, lo mandan a Madrid. Y entra de meritario en la tienda de un conocido. Esta tienda es una bisutería y quincallería de la calle de Atocha. El muchacho es listo y espabilado para el mostrador. Después quieren que conozca otra clase de comercio y pasa a trabajar con don Valeriano García Rojas, representante de productos extranjeros que tiene su despacho en el número 11 de Caballero de Gracia.

### LA LLAMADA DE LA VOCACION

En Sonseca la botica que hay es de un tío segundo de Nicolás, don Isidoro Díaz, y el muchacho, que en las vacaciones anda



Así era Patrocinio Gallego cuando tenía quince años.

entre alambiques y fórmulas, se acuerda, cuando maneja los áridos libros del debe y del haber de don Valeriano, de la farmacia pueblerina. A él le gustaría servir para algo más que para ganar dinero en un comercio. El consideraba a su tío como el colaborador del médico del pueblo. Le vió muchas veces angustiado preparando de prisa el medicamento que había de salvar a un enfermo. A Nicolás, que tiene una exaltada imaginación, que se le vuelca en generosidades, le tienta ayudar así a sus semejantes. Y se propone ser farmacéutico. Su tono es tan firme cuando habla a sus abuelos y a su padre que no se atreven a torcer su vocación. Y queda decidido que irá a Toledo a estudiar bachiller.

Ya está Nicolás en Toledo, a jornadas exhaustivas estudia para recuperar el tiempo perdido. Tiene ahora dieciséis años y es un muchacho formal y un poco niño aun. Y un día recibe la gran lección que no olvidará ya en toda su vida. Está hospedado en casa de una familia que, además de la fonda, tienen un estanco. Los paquetes de picadura y los cigarrillos y aun los habanos están en cualquier mesa o anaquel de la casa. Y Nicolás siente una irrefrenable tentación. Es, casi más que nada, curiosidad. ¿A qué sabrá el tabaco que no pueden pasar sin él los hombres hechos y derechos? Y fuma avidamente durante horas. Empieza a sentir vértigos. Se cree que está enfermo, pero le dicen que está borracho de tabaco. Y experimenta una vergüenza enorme. Desde entonces se promete no fumar nunca. Y lo cumple a lo largo de su vida.

En el año 1877 termina el bachiller y vuelve a Madrid. Ya va a cumplir su gran ambición. Va a estudiar la carrera.

En estos años se han sucedido muchos avatares históricos: el Ministerio de Regencia, el efímero reinado de Don Amadeo, la República, la proclamación de Alfonso XII.

El estudia siempre, y cuando le preguntan por sus ideas políticas contesta invariablemente:

—Yo sólo quiero el bien de España.

Años estudiantiles alegres y alborozados. La Facultad está en la calle de la Farmacia. Los estudiantes van a los bailes de Capellanes. Nicolás es un entusiasta de Lagartijo, y por dos pesetas puede tener una buena localidad en la plaza. También le gusta el teatro. Pero, sobre todo, los dramas. Un catedrático que hay en la pensión donde se hospeda, y que es amigo de don José Echegaray, le proporciona entradas de claqué para aplaudir «El gran galeoto». Son pequeños esparcimentes, pero nunca descuida el estudio. En el fin de curso del año 1880 Nicolás Guzmán hace su último ejercicio. Le dan sobresaliente y ya es farmacéutico. Para este acontecimiento han llegado a Madrid su padre y un tío de éste, el sacerdote don Saturnino Berdinos. A Nicolás, en vez de alegría le entra una congoja enorme. No llora porque los hombres son duros para que les broten las lágrimas, pero el

dolor le aprieta la garganta y le crispa el rostro. Sus familiares no se explican esta reacción. El sí; él sabe cuál es su pena. Cuando de niño veía que sus compañeros corrían al encuentro de sus madres le pasaba igual. Ahora también llora, pero sin lágrimas, porque le falta en este día el abrazo de la madre.

### EL AMOR LLEGO A BUEN TIEMPO

Se puede decir que toda la vida de Nicolás tiene un peso de tristeza, cuya raíz está en la nostalgia del cariño materno. Fue muy poco niño amargado por aquel complejo, y ahora de hombre la ternura contenida tanto tiempo se le desborda en las gentes y en las cosas. Vuelve a su tierra toledana a regentar la farmacia del tío de su padre. Ya gana dinero con su trabajo y empieza a ser tremendamente caritativo. En esta época es cuando conoce a Patrocinio Gallego. Patrocinio es fina, delgada, muy guapa y, sobre todo, de una gran dulzura. El amor llega pronto, apenas se conocen. Cuatro años de novios. Todas las noches el joven boticario va a la reja de la muchacha. Es tiempo de bandolerismo. Unos hermanos a quienes llaman «los Juanillones» andan por los montes de Toledo y algunas veces bajan a Sonseca. Una noche, al volver a su casa, apenas ha doblado la esquina de la reja de Patrocinio, un grupo de hombres ataja la calle. Se apoyan bravuconamente en los trabucos. Nicolás ya no duda de que son ellos los bandoleros, pero con gran sorpresa suya le abren paso y le dicen:

—Buenas noches tenga usted, mozo.

—Buenas noches a todos.

Días más tarde uno de los de la partida, que anda embozado por Sonseca, le dice a la criada de Patrocinio, que es de su mismo pueblo:

—La otra noche nos topamos a deshora con el novio de tu señorita. Le podíamos haber dado el alto, pero no quisimos porque sabemos que es muy bueno con los pobres.

A los tres años de regentar la farmacia se la compra a don Isidro.

Y llega el día grande para los enamorados. La boda se celebra en la parroquia de San Juan. Boda sin fausto porque ha enfermado de improviso el tío Isidoro Díaz. Pero no es cosa de volver sobre la fecha de la boda. Y la ceremonia se verifica en la intimidad. Ni siquiera puede haber viaje de novios. Sólo trabajo, arduo trabajo ya siempre y ese inmenso cariño hacia la esposa, ingenua como una niña y que parece siempre la eterna novia.

Las cosas no le han ido bien a don Gregorio Guzmán. Los negocios de la pequeña fábrica han fracasado y Nicolás tiene que atender a la casa de su padre, ya casado en segunda y con otro hijo de este matrimonio. Por eso no se puede permitir el descuido de tener un mancebo. Pero, eso sí, a Patrocinio que no le falta la criada. El no puede salir a la calle con el trabajo nada más que cada seis o siete



La esposa, en la época de la boda



Don Nicolás, en el año 1908



Tres generaciones de sirvientas rodean actualmente a don Nicolás Guzmán, el boticario de Sonseca

días. Las farmacias permanecían en aquella época abiertas todo el día, y aun por la noche había que levantarse cuantas veces llamaran. El boticario Nicolás Guzmán no sólo atiende a Sonseca, sino a varios anejos que carecen de botica. No hay específicos entonces, sino recetas; recetas que, una por una, hay que hacer. Así llega la gripe del 91. El trabajo es tan abrumador que se mareaba a veces y un sudor angustioso le perla la frente. ¿Y si con este agotamiento se equivocara? Pero no se equivocó nunca. Tuvo suerte.

A los siete años de casados va a llegar el hijo tan deseado. Tres médicos en torno a Patrocinio. Pero todo en vano, y la criatura, un varón, muere al nacer. La ilusión se ha truncado. Y como con el cariño sin gustar de la madre, ahora también se le vuelca la ternura en todos los niños que ve. No hay en él resentimiento con la vida. Todo lo contrario, y vibra y se alegra con los hijos que les nacen a sus amigos.

Una noche, a las cuatro de la mañana, llaman a la puerta de la botica. Nicolás sale a abrir.

Ante él, otra vez «los Juanillones».

—Don Nicolás, tenemos un compañero muy grave. Necesitamos esta medicina. ¿Nos la querría usted hacer?

La voz de los hombres no es imperativa, sino de súplica. Pueden mandar con sus pistolas, pero no lo hacen. Y la réplica es la de un cristiano:

—No puedo yo negar nada a un semejante que lo necesite.

Entrán todos. Nicolás urde el medicamento. No le tiemblan las manos siquiera. Y luego, la despedida:

—Andar a la paz de Dios...

\*\*\*

El paseo obligado en el pueblo son las afueras. Hermosa vista, con la vega del vecino pueblo de Villaverde a los pies. Al fondo, las sierras de Nambrona y la de Layos. A la derecha, la achatada silueta del castillo de Almonacid. A la izquierda, allá a lo lejos, «El Castañar», que inspiró tan bellas páginas a Francisco de Rojas. El cura, el médico, su íntimo amigo Enrique de Oña, van todas las tardes. A Nicolás se le va el espíritu tras este

paseo. Sobre todo en primavera, en que el campo está que da alegría verlo. Y en estos días se escapa alguna vez. Pero a la media hora ya llega corriendo la criada.

—Don Nicolás, que ha llegado una mujer a por un remedio...

Y necesariamente se interrumpía el paseo. Decidió ya no salir. ¿Para qué? Los amigos empezaron a ir a la rebótica. En la tertulia se jugaba muchas roches a la brisca. Los domingos, Patrocinio preparaba merienda para todos los contentulios. Un plato típico que gustaba mucho allí entonces: escabeche de besugo. Todo tenía que ser sencillo. El dinero no andaba muy sobrado. Eran dos casas a mantener y el libro de lo fiado era muy voluminoso. Un haber que nunca se cobrara, porque el matrimonio no es capaz de pedir a un pobre que les pague. Luego, hereda Patrocinio. Ahora todo podía ser diferente, pero ella empieza a sentirse enferma. Años de una grave afección al estómago. En 1911, Patrocinio muere, no sin antes hacer testamento a favor de su marido y del padre de éste, en usufructo, si faltaba también Nicolás.

El pueblo entero se asombra:

—Doña Patrocinio era única. Ninguna mujer es capaz de testar a favor del suegro. Y ella lo hizo, porque pensó que el viejo podía alguna vez quedar desamparado... Era una santa.

\*\*\*

Cuatro años viudo. Pero un nombre solo no está bien. Desde nace tiempo, Nicolás piensa en las virtudes de una amiga de Patrocinio, Filotea Ruiz Tapiador, viuda también. Al fin, se decide. Ella vive en Madrid. Irá allí. Cuando se ve ante ella, siente que el amor le rebrota en el cora-

zón. Y la frase decisiva dicha con prisa, casi con rubor:

—Si estás dispuesta a casarte conmigo, estaremos novios solo cuatro o cinco meses.

Filotea lo estuvo. No le importó a ella dejar la capital para ir a encerrarse en el pueblecito toledano. Y se casaron el 19 de septiembre de 1915. Juntos hacen frente a la tremenda gripe del 18. Cosa increíble es, pero cierta, que el boticario Nicolás Guzmán despachaba diariamente de noventa a cien recetas en aquellos días. Era una extenuación completa. Y todo a base de fórmulas, como antiguamente, sin específicos de ninguna clase. Al fin, tomó un inacebo. Aunque el libro del fiado ya no era uno, sino varios. Con la muerte del padre y de la madrastra, se dejó de mantener la otra casa. Ya se podía guardar algo. Se compraron algunas tierras. También tenían otras de la herencia de Patrocinio. Filotea quiso que su marido disfrutara un poco. A un sobrino segundo se le dejó la farmacia. Ellos fueron unos días a París, Versailles, Fontainebleau. Al volver, pasaron por Lourdes. En San Sebastián, Nicolás Aranda se empezó a dar cuenta de que ya era viejo. Tenía setenta años, pero no se había dado cuenta. Se encontró a un amigo mucho más joven, pero que conocía a un compañero de promoción.

—Oye, ¿sabes?, voy a llegarme a Pamplona a ver a Valentín Marquina. El puso allí la botica. Le voy a dar una sorpresa. No le he escrito desde que terminamos la carrera, pero estoy seguro de que se alegrará mucho de verme. Eramos muy buenos amigos, y estando aquí cerca no quiero irme sin abrazarle.

El otro le mira y titubea. Al fin, le dice:

—Valentín ha muerto, y casi todos los de tu promoción también. Tú y yo mismo estamos ya casi al fin de la vida...

—¡Es verdad! ¡Cómo se me han pasado los años!

Pero él se siente joven. El espíritu está tenso. El corazón no envejece. Se siente tan joven como antes, como siempre, a pesar de que trabajó mucho. ¡Qué paradoja! Y dicen que el trabajo envejece. Sin embargo, calla... Es su secreto. Y se despiden; el amigo dice:

—Yo me siento agotado. No creo que llegue a más de dos años.

—Pues yo no sé... Lo que Dios quiera.

\*\*\*

Y Dios quiso otra cosa. Doña Filotea murió de cáncer, en el año

1934. Otra vez solo. Desde entonces, la sirvienta, Paula Iglesias, le regentará la casa. Y como Paula está algo achacosa por los años, una criada moza para los trabajos fuertes. Romana sale para casarse. Después, Marcelina, igual. ¡Cómo se iban a ir antes, si el amo es un santo!, dicen todas. No pide nada por no molestar. No es un anciano a quien cuidan, sino a un hombre considerado y prudente.

## A LAS PUERTAS DE LOS CIEN AÑOS

Pero de esto hace ya muchos años. El tiempo ha seguido su curso y don Nicolás va a cumplir ya noventa y nueve años. En esta casa, esta casona grande, entre rural y señorial, con su gran patio toledano, vive desde 1908. Año a año, mes a mes, día a día. En cualquier rincón de ésta gran sala haría labor Patrocinio. O allí, Filotea, que era mujer práctica, hablaría con su marido de las tierras a arrendar.

Junto a la camilla, en la parte que da con la ventana, está ahora solo don Nicolás. ¿Qué son noventa y nueve años? Mucho y nada, sin embargo. La voz de este hombre es tremendamente joven. Energica, llena. Y su mente, de una lucidez pasmosa. Habla con ocurrencias, con gracejo:

—Ya ve, esta gripe que he tenido hace unos días me ha dejado un poco cansadas las piernas. Pero antes iba yo con mi garrota, y sin que nadie me acompañara, a echar mi partida, diaria en el casino. Jugábamos al truje, al tresillo...; ahora que cuando no voy yo, vienen ellos, algunos amigos. Claro, jóvenes muchos. Pero pasamos el rato.

Y entre frase y frase, el susurro de una cancioncilla cualquiera. Dicen en el pueblo que también va siempre por la calle cantando así, entre dientes. No es alegría, es no se sabe qué, algo peculiar en él. Todos dicen que es vitalidad, pero a mí me parece justo el pensamiento de que quien no aprende a cantar para ir por la vida es que tiene el alma seca. A don Nicolás se le desborda la ternura en todos y en solucionar los problemas de todos, y hasta en esa pequeñina de tres años, biznietita de su criada Paula. Pero Paula también es otra muestra de la bondad de don Nicolás. Hace dos años, Paula, que tiene ochenta y cuatro años, se quedó parálitica. Pero el «señorito», como ella le llama, no la dejó que se la llevaran sus hijos como una cosa inservible.

—Yo no la despacho porque se haya quedado inútil. ¿Sabéis? No sería eso de ley ni de persona bien nacida. Se ha quedado parálitica en mi casa y aquí puede estar siempre. Que venga Engracia a ayudar a su hija Emilia.

Porque la nieta de Paula, Emilia, ya estaba de cuerpo de casa. Paula se quedó y ahí está, clavada en su sillón de ruedas y siempre sonriente. Y las tres generaciones están en la casa. Paula, la abuela; Engracia, la hija, y Emilia, la nieta.

Por la tarde, esta gran sala se llena de gente. Vienen vecinos, vecinas y los hijos de éstos. Calentándose junto a la camilla, don Nicolás alterna con todos, sin cansarse nunca. A mí me pasma su agilidad mental. Frente a él,



«Estas mismas calles las he visto y recorrido durante más de noventa años», nos dice don Nicolás

observándolo, yo pienso en la consoladora realidad de la vivencia peregrina del espíritu. Patológicamente, el ser humano podrá ir evolucionando paulatinamente hacia la vejez. La naturaleza cansada abocará a las enfermedades degenerativas, pero en algunos ancianos su mundo emocional y psíquico sigue igual.

Cerca del alcance de don Nicolás, el cuaderno de las cuentas domésticas que diariamente le toma a Engracia o Emilia cuando vienen de comprar. Más allá, otro más voluminoso, con los ingresos y gastos de sus tierras. Allí, en ese bloc, las anotaciones de lo que tiene que asesorar a sus sobrinas nietas, Tomasa, Herminia y Sagrario. Pues él está pendiente de todos los problemas familiares y, por tanto, se le consulta siempre que se va a tomar cualquier determinación. Es más, él iba al pueblo donde una sobrina nieta tenía la hacienda para estar al tanto de la recolección. Sobre esto, la gente del pueblo se hace lenguas.

—¡Ay, don Nicolás, que, a sus años, le ha administrado hasta que ha muerto, hace poco, las tierras a su sobrina nieta de Orgaz!... ¡Qué cabeza tan firme la suya! ¡Ay, si nosotros llegásemos a su edad y con ese temple!...

—Sí, ésta es la palabra adecuada. ¡Con ese temple!

—¡Con esa inteligencia a sus años! ¡Es extraordinario! —comenta su médico, el doctor don Samuel Villamón.

Don Samuel va a verlo cada día. Pero no como médico, sino como amigo, como costumbre.

Así, cuando don Nicolás se ha encontrado alguna vez molesto con su catarro senil, que es el único achaque que tiene, no ha dejado que vayan a buscarle:

—No molestarle. Ya vendrá él. Puedo esperar hasta su hora. ¡Qué vehementes sois! A mí no me gusta molestar a nadie.

Y por eso tampoco molesta a Emilia ni a Engracia para que le muevan el brasero. Sólo cuando ellas se acuerdan bienamente. El es así. Siempre sencillo, campechano, ocurrente a veces y caritativo siempre. Por eso un día, hace poco, cogió los libros en que tenía anotado lo que fiaba en la farmacia y los echó al fuego. Las llamas terminaron con las deu-

das de muchos. Y el anciano decía: «Esto estoy seguro que me lo apuntará Dios en la otra vida.»

Diariamente lee de arriba abajo el periódico, hasta hace dos años sin gafas. Y escucha interesado las noticias de la radio, que comenta con su claro discernimiento. ¡Ah! Eso sí, cuando llegan a la información deportiva, entonces apaga el aparato, un poco indignado, diciendo: «A mí sólo me han gustado los toros. Y para torero, Lagartijo; como él no había ninguno...»

Después de comer, don Nicolás no olvida su café puro, con unas gotas de anís. Y si se ha acordado Engracia, habrá comido de postre natillas. Esta es la única concesión a la vejez. El ser goloso.

Mientras, él sigue cantando por lo bajito y preocupado con la administración de su hacienda. Y un día, hace poco, explicó lo que había mandado hacer:

—Como no voy a ser eterno, me he comprado una sepultura junto a la de mis padres y hermanos.

—¿Y no quiere usted que le entierren junto a su primera esposa?—le preguntaron.

—No, ni con la una ni con la otra. Para que ninguna se disguste. Fueron muy buenas las dos y yo las quise mucho. Así, con mis padres, quedo bien con las dos... —y sonrió bonachonamente, casi picarescamente.

Y ahí está, junto al brasero, en esta gelida tarde de febrero, el hombre entero que fué y es aun



El desayuno de don Nicolás Guzmán, a las puertas de los cien años

ahora don Nicolás Guzmán. Un hombre que ha vivido noventa y nueve años.

Cuando salgo a la calle, el pueblo está espectral, inmaculadamente blanco. Mientras mis pasos van dejando huellas en la intacta capa de nieve, voy pensando que la vida humana, por muy gris, sencilla o monótona que sea, merece la pena conocerse. Siempre, como en la nieve, quedará la huella de las distintas personalidades, del soplo que Dios puso en cada uno de nosotros. Hoy yo he tenido ocasión de conocer una vida ejemplar. Estoy contento de ello.

Blanca ESPINAR  
(Enviado especial)

(Fotos Castro.)

Está a la venta el número 499 de la gran revista literaria

## POESIA ESPAÑOLA

que ofrece a sus lectores interesantes trabajos firmados por

María Alfaro, Horacio J. de la Cámara, Francisco-Tomás Comes, Celso Emilio Ferreiro, Manuel G. de Andrés, Vicente Gerbasi, E.; Gutiérrez Albelo, José Hierro, Luis Jiménez Martos, Jacinto López Gorge, José G. Manrique de Lara, Antonio Murciano, Carlos Rodríguez Spiteri, Armando Rojo León, Francisco Salgueiro y Tomás Salmerón

UNA SELECCION DE POEMAS DEL POETA FRANCIS RENE GUY CADOU

En la sección TEXTOS reproduce la «Carta al Editor» de Pedro DE LORENZO en el prólogo de su libro «Angélica»

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS - Administración: Pinar, 5. Madrid

Continuamente se nos exhorta a la comprensión, en el sentido de noble afán por conocer, estimar y asimilar todos los valores humanos, dondequiera que se hallen, en paganos o en cristianos, en ateos o en creyentes, en el extranjero o en la Patria, en la Ciencia o en el Arte, en la política o en la vida privada. ¿Qué comprensión es la razonable y quiénes son los verdaderos comprensivos?

# COMPRENSIÓN

Por E. GUERRERO, S. J.

**C**ONTINUAMENTE se nos exhorta a la comprensión, en el sentido de noble afán por conocer, estimar y asimilar todos los valores humanos, dondequiera que se hallen, en paganos o en cristianos, en ateos o en creyentes, en el extranjero o en la Patria, en la ciencia o en el arte, en la política o en la vida privada. Se nos reitera la exhortación a propósito de homenajes, veladas neológicas, centenarios, críticas e hipercríticas de varones ilustres en la cultura y el apostolado.

A ese efecto se aducen las palabras de San Pablo a los filipenses, c. 4, vv. 8-9: «Atended a cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudable, de virtuoso, de digno de alabanza; a eso estad atentos y practicad lo que habéis aprendido y recibido, y habéis oído y visto en mí, y el Dios de paz será con vosotros» Y se alega la autoridad de San Justino, que tenía por propio de los cristianos cuanto de verdad había en los autores paganos; de San Basilio, que defendía el estudio de los autores clásicos, griegos y latinos, para asimilar su sabiduría y sus bellas formas en servicio de Cristo; de toda la Iglesia, que siempre ha estimado y suministrado en sus escuelas la formación humanista clásica.

Esta recomendación de comprensión se hace a todos: al clero, a fin de que «recoja cuanto haya de valioso, para bendecirlo con la gracia de Cristo, en todas las inquietudes de nuestros hermanos, en todos los intentos artísticos o intelectuales de nuestro tiempo»; al laicado, «para ofrecerle a la juventud española, a la nación entera, al mundo hispanoamericano, a toda Europa y, en definitiva, a todo el mundo civilizado el ejemplo de un pueblo con un catolicismo vigoroso, creyente, heroico y sacrificado en el plano moral y apostólico, y asimilador e integrante de todo lo verdadero y valioso en el plano intelectual».

Claro está que no se nos recomienda solamente la perspicacia para ver lo que es—cualidad del entendimiento—, sino el mismo deseo de ver—cualidad de la voluntad—, para aplicar sincera e imparcialmente nuestras facultades cognoscitivas al objeto de que se trate, y, pese a posibles prejuicios, simpatías o antipatías y celos que nublan la mente, captar y apreciar la realidad en el pensamiento y en la conducta de los hombres, y aprovecharla para incremento de la cultura e incluso para honor de la Iglesia y bien sobrenatural de las almas.

El contenido de esta recomendación, tal como aquí queda expresada, no puede ser más laudable.

Pero podría dudarse de su necesidad, y, sobre todo, de la necesidad de hacérsela a todas horas y con tal encarecimiento.

Esta insistencia parece suponer que en España, entre los hombres de cultura, figuran quienes teórica o prácticamente rechazan esa comprensión.

Efectivamente, en la reciente historia de nuestras letras no han faltado del lado de la izquierda los que, por sistema han silenciado aun a los más eminentes escritores de derecha, sin exceptuar a Menéndez y Pelayo; y fresco está el ejemplo de cómo se han comportado esos críticos y publicistas con Ramiro de Maeztu y García Morente, una vez que volvieron a la iglesia de sus padres, y se comportan al presente con Pemán y con cualquier pluma católica de valer. No rara vez,

cuando salen del silencio, es para entrar en el desprecio y aun en el insulto. Los recientes artículos de Vázquez Doderó, de García Escudero, de Fontán y de Monte-Acosta lo recuerdan a los olvidadizos.

Pero, a la verdad, entre los escritores de derecha no creo que exista ni uno solo que por sistema sea incomprensivo. No sé de ninguno, ni sacerdote, ni religioso, ni seglar que no esté con San Justino, San Basilio, la tradición católica y, en fin, con Menéndez y Pelayo, propuesto especialmente a nuestra imitación.

San Pablo, en aquel bello parrafito a los filipenses — tan utilizado por los predicadores de la comprensión—, no se refería al tema que nos ocupa: exhortaba allí a los fervorosos neófitos a aprovechar y practicar cuanto se contiene en el Evangelio que él les había predicado y mostrado al vivo con sus propios ejemplos; pero no pensaba, ni de lejos, en que, como abejas «incomprensivas», fueron libando lo justo, puro, amable... de Homero y de Virgilio, de Píndaro y de Horacio, de Aristófanes y de Plauto y Terencio... para incorporarlo a su vida.

Quizá ha dado alguna ocasión para pensar que algunos escritores necesitamos esta recomendación de comprensión, lo que hemos expresado a veces a propósito de ciertos elogios excesivos de Ortega y Unamuno y otros autores heterodoxos, no para negar sus reales méritos, sino para ponerlos en su propio lugar, y para notar al mismo tiempo los peligros de exaltarlos sin medida y silenciando sus deméritos, y de recomendarlos sin cautela a los jóvenes, y especialmente sin insistir en sus errores y en su peligrosidad. Pero la verdad es que los que en ese sentido han escrito—y me cuento entre ellos—no carecen de la justa comprensión. Porque jamás han ignorado ni despreciado lo valioso de esos intelectuales, antes expresamente lo han reconocido y alabado. Eso sí, han tenido que puntualizar lo que otros críticos inconsiderados y parciales dejaban confuso, inexacto y nocivo a nuestra juventud, y recordar la obligación de que se tengan presentes las normas eclesiásticas en materia de libros prohibidos o peligrosos, cuando se hayan de leer tales escritores.

A los que así sentimos y actuamos no hay por qué predicarnos tanto la comprensión.

En cambio, ciertos de esos propagandistas a ultranza deberían efectivamente ser más comprensivos. Porque cuando hablan de tales autores heterodoxos y peligrosos encarecen desorbitadamente lo bueno y no hacen mención de lo malo, o bien lo mientan, pero sin insistir en ello, *per transennam* y con sordina, dejando la impresión, en lectores y oyentes no formados, de que merecen ser los representantes genuinos de lo mejor de la cultura española y guías del pensamiento de nuestra juventud.

Además suelen recomendar que se integre en la cultura cristiana lo valioso de esos y otros cualesquiera escritores, pero no distinguen entre hombres formados, menos accesibles al engaño y a la seducción, y jóvenes sin la debida preparación para discernir por sí la triaca de la ponzoña que en esos autores se contenga, y, por lo mismo, incapaces de hacer esa integración.

Por otra parte, no consideren suficientemente

que profesores heterodoxos o enemigos de la Iglesia no son tampoco los más indicados para dirigir a los jóvenes en el aprovechamiento de cuanto bueno, verdadero y bello pueda contenerse en las obras de los escritores heterodoxos o peligrosos.

Menéndez y Pelayo puede ser puesto, efectivamente, cual modelo de comprensión cuanto al reconocer los méritos de cualquier autor, aunque no fuera católico, aunque fuera protestante, sectario, impío, ateo; pero no cuanto al abogar porque todo se ponga en manos de todos y se haga caso omiso de cuanto la Santa Iglesia tiene prescrito sobre la lectura de autores peligrosos, como si a los jóvenes les fuera inocua y pudieran ellos, sin especial dirección, libar el néctar sin injerir el veneno; ni en cuanto al favorecer que autores no católicos y enemigos de la Iglesia desempeñen el trascendental oficio de educadores en cualquier grado de la enseñanza, en una España católica. Ni lo uno ni lo otro era del agrado de Menéndez y Pelayo. Recuerdese su discurso del 13 de febrero de 1885 en el Congreso de los Diputados, replicando a Castelar.

Los auténticos católicos—los que sienten con la Iglesia—son comprensivos al estilo de Menéndez y Pelayo y, por consiguiente, sin imparciales y objetivos en sus juicios sobre el valor de los escritores, aunque no profesen la religión católica y aunque la combatan; pero no al estilo de quienes estos años nos están echando sermones sobre la comprensión.

No sólo no podemos aceptar ese sentido de comprensión consistente en facilitar, so pretexto de convivencia, la corrupción de la juventud por la lectura y por la cátedra, si atendemos a nuestra condición de católicos, sino tampoco, si atendemos al concordato vigente, según el cual a nuestra juventud, en todos los grados de la enseñanza, se la ha de educar católicamente; y no habrá educación católica si hombres como Ortega y Unamuno, los de la generación del 98, los institucionistas y sus afines, fueran los educadores, y para que lo fueran se les diera prestigio y simpatía y, sobre todo, instrumentos de influencia como lo es la cátedra.

Más aun, estamos seguros de que en tal caso habría sido inútil el sacrificio de la Cruzada nacional. No se pretendía con ésta recrear una España en que convivieran pacíficamente y como amigos cordiales católicos y no católicos, una España síntesis armónica de las dos Españas que vió un institucionista calificado.

No se pretendían esa convivencia y esa síntesis porque, si tal objetivo hubiera sido razonable y aun necesario en la hipótesis de una pluralidad de confesiones religiosas en nuestro pueblo, de dos o más Españas en el aspecto religioso, tal hipótesis no se tomaba en consideración entonces, ni en los años de la poscruzada se ha tomado, como es patente a quien examina la legislación y observa el sentido católico oficial del Régimen. A lo menos no se ha estimado al grupo que pudiera constituir la España no católica de suficiente volumen y calidad para imponer al Régimen una desviación mayor o menor de la línea de gobierno oficialmente católica.

Se pretendió, pues, con la Cruzada restaurar la España realmente una, pero en la verdad católica. Y el eso no se pretendía, todo lo que oficialmente se ha dicho y se ha hecho a este respecto desde el 1936, en las altas y en las bajas esferas de nuestros dirigentes, carece de sentido y es una incongruencia. Porque para lograr esa convivencia de dos presuntas Españas habría que haber seguido la ruta del neutralismo, y eran inadecuadas las leyes dadas en materia de educación. El Concordato de 1953 habría sido entonces la solemne consagración de una oposición irreductible entre las leyes y el fin de la Cruzada nacional; de las leyes y del fin impuesto por la situación religiosa real del país.

Mi parecer es que cuantos, so pretexto de comprensión, alaban y promueven una convivencia a base de indiferencia para el valor religioso y de la consiguiente equiparación de todos los españoles de mérito científico en orden a las funciones docentes de palabra y por escrito, no están en regla con la situación legal ni tampoco con la real de España, y no deben ser considerados comprensivos, sino en el peor sentido de esta palabra.

A la luz de estas consideraciones bien se ve que comprensión es la razonable y quiénes son los verdaderos comprensivos.

## UN NUEVO TITULO PARA LA COLECCION ESTUDIO

### LA EXPLORACION SUBMARINA

Por ANTONIO RIBERA

Volumen de 11,5 x 18 cms., 108 páginas  
28 ilustraciones, 20 ptas.

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A.  
Provenza, 219 - BARCELONA

Deseo recibir contra reembolso la obra  
LA EXPLORACION SUBMARINA,  
por Antonio Ribera

Don .....  
Calle ..... núm. ....  
Población ..... Provincia .....

### EL CLUB DE LECTORES ESTUDIO permite adquirir

5 libros por 60 ptas.  
y además

¡Un volumen de regalo!

Vea usted algunos de los 100 títulos publicados en la Colección Estudio:

- «La Televisión», Juan J. Maluquer.
- «Historia del Mueble», F. P. Verrié.
- «La herencia biológica», R. Margalef.
- «El arte griego», A. Cirici Pellicer.
- «Literatura rusa», Janko Lavrin.
- «Las órdenes religiosas», C. S. Aliseda, Presbitero.

No deje para mañana...

y rellene este boletín sin compromiso alguno por su parte.

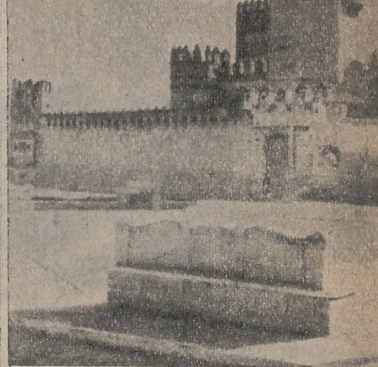
EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A.  
Provenza, 219 - BARCELONA

CLUB DE LECTORES ESTUDIO

Deseo recibir el catálogo de los 100 títulos publicados en la Colección Estudio e información sobre el funcionamiento del Club de Lectores.

Don .....  
Calle ..... núm. ....  
Población ..... Provincia .....

# UN PUEBLO QUE CANTA POR ALEGRÍAS



El castillo ocupa la única loma de la ciudad

# PUERTO DE SANTA MARÍA

La ciudad a orillas del Guadalete

## AQUI SE CONSTRUÍAN LOS BARCOS PARA AMÉRICA

### BORRACHERA DE LUZ EN UN PAISAJE PINTADO DE AZUL

BIEN se presenta Puerto de Santa María! Descender del tren, de la línea Madrid-Cádiz, no es enfrentarse con una estación sucia, negruzca, en que los renegridos muros de piedra sólo muestran al viajero un triste farol. En el Puerto, no. Todo lo contrario. Así se presenta y gana el ánimo del visitante.

Pie en tierra, lo primero que recibe uno es un baño de luz. Luz, luz y más luz. Pero luz del sol, que parece haber hecho un pacto de asistencia con este bellísimo rincón del Atlántico. Luz del cielo, luz en el ambiente y luz que despierte el suelo. Borrachera de luz.

Ocurre, pues, que en el mismísimo andén de la estación queda uno retenido, quieto, absorto, embobado por el ambiente. Hay que dar un paseito, mirar por todo el contorno, respirar y gozar. Y la sensación física pasa inmediatamente al psíquico. Así se explica al carácter de los portuenses: Alegría, optimismo.

Azul el cielo, claro y transparente el ambiente... Parece que falta peso, presión atmosférica en las alturas. ¡A tanto llega la sensación óptica de diafanidad! Azul la bahía. ¿Qué no se ha dicho de la bahía de Cádiz? Aquí, desde el andén, me parece azul muy azul, tranquila y gozosa de las tierras circundantes, ondulada a veces como los suaves movimientos de aquellas «puellae gaditanae» que a Roma llevaron la gracia lujuriente del ritmo de sus

bailes... Velas blancas que lentamente cruzan la mar. Y otras dormidas, pero sin perder su dulce movimiento. Barquitos de vela que se mueven por alegría. Blancas se divisan de cuando en cuando las crestas de algunas olas, mostrándose muy blancas como los blancos dientes en una sonrisa azul. Y blancos refalgen, como inmensos diamantes, los montones de sal, verdaderos almacenes de las salinas del Puerto.

Un poco a la izquierda quedan las salinas, lugar de conjura para el agua y el sol. Agua y sol



Vista de las salinas de Puerto de Santa María



La calle de José Antonio Primo de Rivera

que se unen extasiados para dejar en esta tierra gaditana una serie de espejos blancos donde contemplarse a diario el astro rey. Y a su lado los montones geométricos de sal que se pierden en el horizonte, dejando la

sensación de ser una pulcra rueda dentada que mueve la tierra.

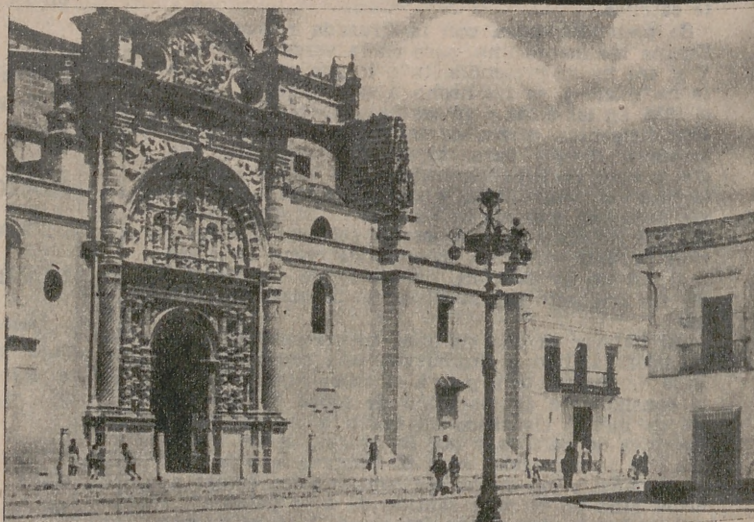
Silencioso y brillante pasa por medio el Guadalete. ¿Por qué los árabes lo llamaron así? Guadalete significa «río del olvido». Pasa junto, muy junto, a la estación, ebrio de luz, de alegría y lleno de sal. Y por la luz, por la sal, por la llanura que le ha dado lecho, se entrega enervado a la bahía. Más bien se abrazan, se confunden bajo el cósmico

«flash» de un sol sin reservas. El Guadalete, por aquí, ni es ancho ni estrecho, ni muy recto ni muy tortuoso, pero sí un elemento concorde con el paisaje de alegría y color.

Hay que hacer un esfuerzo para liberarse de la estática contemplación. Y libre tropieza uno con el edificio de la estación, que no envidia ni a la bahía, ni al Guadalete, ni a las salinas. Blanca, ligerita... Con soportales sostenidos por columnas breves de granito. Azotea con baranda de hierro pintado de verde, ribeteada de macetas de geranios y clavel. Y, como cerquillo, un alero de teja árabe. Hasta los almacenes, los sombríos y tristes almacenes, tienen aquí ambiente de alegría. Y dentro, un vestíbulo donde la oscuridad no puede tener plaza. Un alto zócalo hace de policroma falda de sus blancos muros, que de trecho en trecho muestran el relieve de unas pilastras recubiertas de mármol color crema.

Al otro lado, una gran plaza, muy abierta, muy despejada, que hace sentir una gran ciudad.

El Puerto se presenta así. Blanco y azul. Muy limpio, muy pulcro, sin peso. Luminoso y claro. Ale-



Des plazas famosas del Puerto: la Prioral y la de la Herrera





Una vista parcial desde «La Angelita», del Puerto de Santa María

gre y optimista. Por algo es el Puerto, pero de Santa María.

En no vigilándose, cae uno en la poesía.

#### HAY MOTIVOS PARA LA ALEGRÍA

—¿Libre?

—Para lo que quiera el señor.

Sin prisa se acomodó en el pescante, en espera de la orden de arranque. Creó haber caído en la manía de los coches de caballos en mi rápido viaje por estos grandes pueblos — bellas ciudades — andaluces. Y prefiero el coche de caballos por no dejar de pertenecer al ambiente. Al descubierto voy conociendo la ciudad a través de mis cinco sentidos.

—¿Aquel caserón?

—Er Pená.

El Penal del Puerto, Grande, escueto, blanco, agujereado simétricamente por los ventanales. ¿Habrá allí oscuridad? Por entre los barrotes se ven cabezas y brazos. Queda a la derecha del gran espacio, muy cerca de la vía del tren.

—Es el único sitio donde hay vivienda.

—Sobran celdas.

—Sí.

—Eso es bueno.

—¿Qué es bueno? ¿El Penal? Da un latigazo y arrea el caballo.

—¡Caballo! — medio exclama canturreando.

Esa voz de mando es algo que tiene su tono registrado, y va de generación en generación. La última sílaba se pierde en un yo silbante. Y el caballo no necesita más.

—Pues, como iba diciendo — continúa ahora con la cara un po-

co vuelta y levantada hacia el cielo — no queremos el Penal. Que se lo lleven.

—Hombre. ¿Por qué?

—A mí me impresionan esos hombres tras los barrotes.

—Desde luego. En último extremo, con no mirar...

—Sí; pero los familiares dan una nota triste. Y, si fuera poco, aquí se presentan unas catavinas de gitanos.

El caballo sigue con la música de sus cascos. Creó que sabe perfectamente los pasos que le cuesta los viajes de esquina a esquina, o de plaza a plaza. Siempre de cuando en cuando en sus ancas el golpe del látigo, pero me parece que no se molesta porque considera el estallido como parte de la música del convoy callejero.

—¿A dónde va usted?

—A todas partes.

—Eso, ¿cómo va a ser?

—Quiero recorrer en coche las calles, plazas y paseos.

Había de ser así, por falta de tiempo. Y así embocamos, al torcer hacia la izquierda, una calle ancha, limpia hasta la exageración, magníficamente urbanizada. Es corta. Forma en seguida una plazoleta donde se levanta, naciéndole de ciriales unas altas palmeras, el monumento al Sagrado Corazón de Jesús, de mármol muy blanco. Y blancas son las casas del contorno, pero amarillo, como el albero de las plazas de toros, el suelo central. De lejos parece que la venerada efigie ha sido elevada por un remolino de flores.

Pasamos y seguimos dándonos de cara un viento fresco con diversos olores. Tan pronto huele a flores, como nos llega el vaho

del mar, como se insinúa el fino perfume de las bodegas, de los vinos finos del Puerto. Pero siempre, un aire marinero, engendrado con yodo.

Y las calles, llanas y blancas, las veo algo sombreadas por las gruesas rejas de las ventanas que llegan hasta el suelo. Parecen pinceladas en busca de contrastes. En cambio, los balcones dan otra nota. Caen unos encima de otros en la línea vertical de los distintos pisos. Pero como cada uno está convertido en mirador, las calles pueden ufanarse a primera vista de contar con unas especies de pilastras de cristal. A los lados desfilan blasones en piedra rezumo de señorío...

Es que el Puerto, aunque no le falta riqueza y nombradía, no ha llegado a ser lo que el Rey Sabio quiso.

#### UN PUNTO EN EL MAPAMUNDI: AQUÍ SE CONSTRUIAN LOS BARCOS PARA AMÉRICA

En estas tierras palpita profusamente una raza vieja. Por miles cuenta sus años la Historia. Fenicios, griegos, romances...; todos ellos encontraron una civilización hecha a orillas del Guadalquivir. Tartessos. No lejos de aquí radicaba el núcleo central de aquella primera civilización peninsular. Roma ha dejado sobre ella la huella más entrafada, que en esto se diferencia esta Andalucía de la oriental. Esta, más romana; aquella, más árabe. Para el Puerto hubo un protector, un enamorado: Alfonso X el Sabio.

El Rey Sabio tuvo muchos y



buenos deseos. Quedaron casi todos en nobles pretensiones.

—Ese es el castillo.

Ha parado el coche en una plaza silenciosa y solitaria sobria y sencilla. Al Rey Sabio está dedicada. No faltan las flores entre naranjos. Un castillo flanqueado de torreones almenados. En la portada resalta el arco de herradura. Aunque muy metido en la población se yergue majestuoso. Ocupa la única loma de la ciudad. Es el castillo de San Marcos que tuvo por residencia el hijo de San Fernando. Cerradas están ahora sus puertas y los pájaros hacen guardia desde las alturas.

Seguimos. Hay que dar vueltas por estrechas calles.

—La Prioral.

—¡Quieto!

Hay que poner pie en tierra. Bajo atraído. Avanzo mirando. Nada perturba mi atención, bien concentrada en la fachada. La plaza, pequeña y recoleta, ayuda a compenetrarse con el monumento arquitectónico. Una fachada gótica con portada barroca. Voy andando y penetro en el templo sin saber cómo. Grande, majestuoso. Sillería de nogal y cedro; coro con los escudos tallados; altar mayor grecorromano... Y fuera: la torre de treinta y tres metros, maravilla arquitectónica que se atribuye a Ali de Alicanter, que nació en el Puerto. Allí fué uno de los colaboradores científicos del Rey Alfonso. En este grandioso templo recibe culto la Patrona de la ciudad Nuestra Señora de los Milagros.

Pasamos después ante silenciosos conventos y mansiones señoriales. Las casas testimonian que mucha gente de pro habitaron la ciudad: conquistadores y colonos de América. Al Puerto vino Colón en busca de constructores de naves como Juan de Mayorga, y cartógrafos como Juan de la Cosa. De aquí, donde hubo buenos astilleros, salieron naves y naves rumbo al Nuevo Continente. A muchos de estos portuenses y a los que les sucedieron se deben las portadas de las casas palacios que hoy hablan del pasado.

No extrañará por tanto: Puerto de Santa María es un punto en el primer mapamundi de Juan de la Cosa.

### EL EMBRUJO DE LAS BODEGAS

Las calles donde tienen sus puertas las bodegas son rectas, de muros bajos y blancos, empedradas, y monótonas. Lienzos de pared muy largos, con pocos huecos. En verdad, apesadumbran estas calles por fuera. Por dentro...

—Aquí mismo—dice el cochero, con todo de indiferencia.

Y el caballo asienta sus cascos, en señal de frenazo. Deja una pata trasera rígida, y la otra, en descanso. ¿Es que sabe que esperar a uno que entra en una bodega portuense es cosa de tiempo? El cochero abandona su puesto de impulso y mando, y da

un paseito por la acera. Por mi parte, me encuentro ante una portada amplia, adintelada, escueta, que nada dice ni significa. No hay signos característicos exteriores de las bodegas, a excepción de la monotonía de sus muros y el penetrante olor de efecto contrario al éter.

La bodega es una más entre las doscientas diez existentes en Puerto de Santa María. Doscientos diez criaderos de vinos, anises y coñacs, que en el inquieto y tumultuoso mundo comercial están avalados por veinticinco firmas.

Soy creyente de que en el conocimiento pleno del vino intervienen los cinco sentidos. Por cinco sentidos entra el vino, camino de la cabeza y del corazón del hombre. Color, olor, sabor... Hasta el ruidito de las venencias. Pero, al entrar en una bodega de la provincia gaditana, lo primero que embarga y embauca al visitante es el olor. El olor, suave y penetrante, fino y aromático, rompe los vínculos con la calle. Y penetra uno en el agradable panteón del olvido. Y, tras el olvido, como pago y recompensa a la entrega, surge y anima un estado eufórico. ¿Sugestión? Tal vez, porque tales sensaciones—no llegaron a ser pensamientos—me invadieron como un enjambre de dulces abejas en una especie de vestíbulo, cuando la vista, y mucho menos el gusto, no habían tenido tiempo de entrar en activo. Luego, ví, pero no probé.

Cualquiera diría que una bodega del Puerto está siempre dispuesta para ser estación turística. Limpias, muy limpias y ordenadas. Orden y silencio. Parece que la paz sazona los caldos. Por eso, las grandes naves, algo oscuras y bastante silenciosas, muestran como flecos de lujo en techos, cornisas y paredes los grises hilos de telarañas. Esto y el umbroso frescor monacal, de viejo monasterio, denuncian una soledad casi habitual. Bulle y se remueve el inquieto mundo microbiano de los vinos dentro de las panzas dormidas de los barriles.

En las caras circulares de las botas hay números blancos de buena traza, indicadores de responder a una sigla determinada. No pregunto, por no forzar secretos. Pero por debajo hay otros números trazados con tiza, menos formalistas y más humanos. Revelan cierta rapidez, y obedecen a las normas de colocación establecidas para realizar operaciones.

—¿Qué significa eso?

El encargado de la bodega mira pronto a la bota, duda brevemente y responde:

—Son operaciones nuestras.

El tonillo final de la frase deja entrever que ahí no termina la realidad de la respuesta. Las bodegas tienen sus secretos, sus formulismos, sus sistemas de cambios y operaciones, sus controles de tiempo y ambiente. El vino, este vino de la baja Andalucía, es un verdadero señor en la bodega, al que rinden pleitesía cuantos en torno se mueven. Fiel a la crianza a que por siglos le acostumbraron, no admite muchas perturbaciones.

—¿Cuánto hacen?

Dirijo la pregunta señalando a unas grandiosas botas.

—Treinta y dos arrobas.

—¿De qué madera?—insisto, golpeando con los nudillos.

—Roble americano.

—¿Es que no lo hay en España?

—Lo hay; pero el de España se usa para el transporte. El americano se dedica a la crianza. Conserva mejor.

### LOS TRES FACTORES DEL VINO: SUELO, CIELO Y SUBSUELO. — CUANTO MAS CERCA DEL MAR, MAS FINO EL VINO

La paz, el silencio, el frescor, la semioscuridad, el olor...; todo ello invita a pasear lento, como en cura de reposo. Los nervios se aquietan, se convierte uno en elemento pasivo. Y vamos despacio, hablando quedo, por las callejuelas de barriles. Se percibe algo nuevo en el ambiente: densidad.

—Eso obedecerá a un plan.

Se trata de unas grandes botas, dispuestas horizontalmente, en hileras superpuestas hasta cuatro hileras. Hay números, cabalísticos para mí, y firmas para todos los gustos grafológicos, desde la letra picuda de mujer, hasta el trazo inseguro de una mano batida por los años. Son alegres testimonios de visitas.

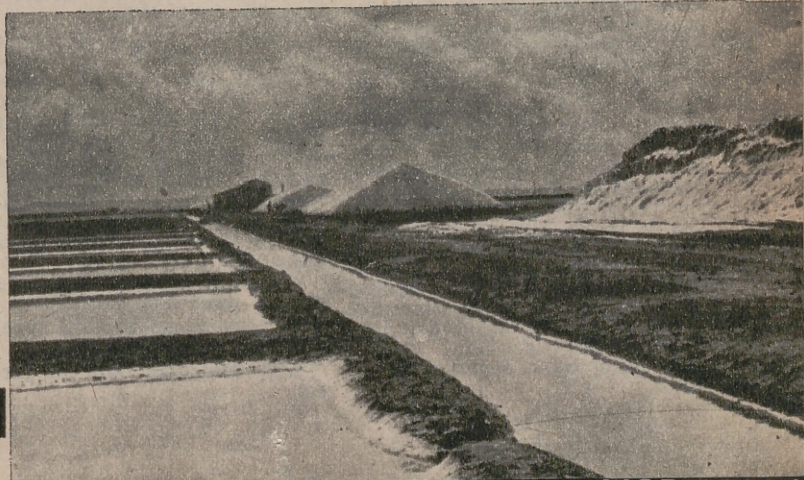
—Cada una de esas hileras horizontales se llama «andana».

—En cuatro «andanas» se contiene por tanto, este vino.

—Comienza a echarse en la cuarta «andana» en la última. Allí permanece cierto tiempo, como mínimo. De allí, cumplido el tiempo, y si hay espacio en la inferior, pasa a ésta. Y así sucesivamente.

—Así que se vende el de la primera, el de la hilera o «andana» de abajo.

—E inmediatamente se pasa el vino de la «andana» segunda. Y de



Las salinas de «La Tapa»

la tercera, a la segunda. Y de la cuarta, a la tercera.

Va indicándome horizontalmente con el dedo, como rubricando operaciones.

—¿Y con qué se efectúa el traslado?

—Con jarras metálicas.

—¿Y qué es eso de la «madre»?

—El vino viejo que sirve de base.

Con la «madre» como garantía de cualidades y con el proceso de «andanas», antes dicho, es como pueden mantenerse indefinidamente los distintos tipos de vino.

Bien pudiera decirse que cada ciudad vinícola de esta privilegiada y luminosa región es un imperio. Un imperio, aunque pequeño, de vino. Jerez tiene el suyo, y su vino no hay quien lo confunda. Sanlúcar de Barrameda, distante pocos kilómetros, se enseñoorea por el mundo con su manzanilla. Y no hay manzanilla como la de Sanlúcar, y que en ninguna parte del globo tenga el aroma y sabor que tiene en Sanlúcar. Y el Puerto de Santa María también tiene su imperio: el del vino fino. Donde de la Naturaleza. Conjuración del suelo, cielo y subsuelo, porque estos tres factores son los que deciden. El fino del Puerto nunca se dará en Jerez y la manzanilla de Sanlúcar no hallará su plenitud en el Puerto. ¿Por qué? No lo sabemos. Pero así es. Y en cada región sufre cambio. La manzanilla, por ejemplo, no es la misma en Sanlúcar que en Sevilla. ni en Sevilla que en Madrid. Misterios del señor vino.

—Hay más todavía: aun dentro del Puerto, cuanto más se aproximan las bodegas al mar, se crían vinos más finos.

—¿Cree entonces que el mar es un factor decisivo?

—Sí.

¿Qué misterios encierra esta dulce bahía de Cádiz? Pletórica de luz y de sal, ha obsequiado a sus habitantes con los vinos más famosos, y se reserva ella misma el papel más importante en el obsequio. ¿Cómo puede resultar extraño que todos los habitantes de estos llanos de la Bética miren a diario, como a una novia, sus aguas azules?

Consecuencias de todo ello: Domecq tiene cuatro bodegas distintas en el Puerto; González Byass, una. Aquí se cria el «Tío Pepe». Bien pudieran estas firmas ahorrarse local, encargado y transportes; pero han de someterse al imperio del Puerto sobre el vino fino.

De la nave al patio hay un cambio de inmediata repercusión física. En el patio: luz, clara luz solar, y tibieza. Se muestran más vivas las flores que en cualquier otra parte. Este patio, medio jardín, tiene de todo, bajo un solo denominador: alegría. Campea en el centro con su feo aspecto un drago, que no es más que un arbusto tropical, alto, grueso, carnoso, de ramas peladas. Más bien que ramas, son múltiples troncos desnudos que terminan en sus extremos en unas especies de cogllos de largas, finas y rígidas hojuelas. Algo así como la punta caudal de un perro recién esquilado. A su lado, ganan esbeltez palmeras y naranjos, mientras que en los muros se apelonan masas coloridas buganvillas.

El suelo, como siempre, de albero.

## VINO, LANGOSTINOS Y SAL

—¿Ya?

El cochero pregunta, extrañado y mirándome los ojos:

—Ya

Empezamos a sortear callecitas empedradas, que el caballo sigue sin titubeo. Al fin, una explanada.

—La «tercera» de España—afirma categórico, apuntando con el látigo hacia la plaza de toros.

Graciosa, se recorta su silueta sobre el azul de cielo. Del lado de la derecha nos envía el pinar de San Antón su salutífero mensaje. Más cerca, a la derecha, un gran edificio: el Colegio de San Luis. El colegio de los «Jesuitas del Puerto». Una institución con nombre e influencia por muchos kilómetros a la redonda.

—En este año cumple, ahí como usted la ve, sus bodas de diamante.

Tira de las riendas.

—¡Setenta y cinco años de torreo!

—Ya. Es muy famosa.

—Por aquí han desfilado los mejores toreros del mundo entero.

—Sí, amigo.

Y el caballo reanuda su trotecito ligero, en ruta al centro de la ciudad. Aparece de pronto un muelle.

—La «Bajamá».

—¿Qué quiere decir usted?

—Que a este paseo le llamamos «la Bajamá».

—¡Ah, ya!

—Por cierto, que hoy la marea está «vasia».

Es un paseo a lo largo del Guadalete. A la derecha, un muelle pesquero. A la izquierda, casas bajas y blancas, con grandes patios o corralones empedrados, donde rojizas redes cubren el suelo. En otros, hombres y mujeres, en cucullas, repasan redes y demás avíos de pescar.

El Puerto tiene una flota de ochenta barcos. Y bien cerca, los bancos pesqueros más importantes del litoral norteafricano. En los últimos años ha ido en aumento su producción: en 1944 se descargaron en estos muelles 2.600.000 kilos de pescado, que valieron 6.590.000 pesetas; en 1949, 3.696.000 kilos; y en 1954, 4.391.000 kilos, que, a siete pesetas por término medio...

—¿Y qué pescado es el que más llega?

—¿Aquí? La pescadilla, el langostino, el salmonete, las gambas...

—Un pescado muy a propósito para las bodegas.

—Ahí cerca puede usted saborear un guiso único en el mundo! Se llama «caldillo de perros».

—¿Cómo ha dicho?

—No; no tire usted por otro «lao»... Es a base de pescadilla.

Mucha vida impulsa la flotilla en la ciudad, y mucha atención presta la ciudad al quehacer pesquero. La pesca se rodea de un amplio cortejo de industrias auxiliares: carpintería de ribera, fábricas de hielo, construcción de envases, transportes motorizados, efectos navales, talleres mecánicos...

—Aquí lo que hace falta es ampliar y traer más flotillas.

El cochero se las sabe todas.

—Oiga, ¿y eso?

—El funicular para cargar la sal.

Las importantes salinas del Puerto cuentan con un transbordador. Con funicular, carga sus barcos para la exportación.

—Esas explotaciones salinas son muy extensas.

—Llegan hasta Puerto Real ¡Fíjese usted!

Quizá no descienda de 354 hectáreas la superficie. Y más de 26.500 toneladas fué su producción en 1952.

Bajo el claro sol meridional, me siento instigado por tres factores de un alegre vivir: vino, langostinos y sal.

Lo siento; pero he de seguir.

## LA CIUDAD DE TRES PLAYAS

Aunque el Puerto tiene poco más de 31.300 habitantes, su población tiene matices. Influyen sus quehaceres en gran escala: los vinos y coñacs, la pesca, la sal... Y aún queda la ganadería—reses bravas y caballos—de Osborne y Terry. En total son 600 sus industrias. Y en las 15.641 hectáreas de su término no son precisamente las cepas lo que más abunda, sino cereal, algodón, fruta y pinar.

Hay cifras reveladoras: 4.152.556 pesetas de riqueza rústica, a efectos fiscales; 3.359.517 de urbana, y 1.577.412 de industrial.

—¿Mucho crecimiento de población?

—A un ritmo del 4 por 100—me contesta la persona interrogada, solvente en la materia.

—¿Analfabetismo?

—Está muy combatido—contesta rápido—. Queda un reducido porcentaje.

—¿Problema del agua?

—Resuelto hace dos años. Tenemos cantidad suficiente. Y aún mejoran las perspectivas con la construcción del pantano de Los Hurones, que abastecerá a Cádiz. Así, el Puerto quedará libre. Ahora se aumentarán las galerías, con la ayuda del Instituto Geológico Minero.

—¿Y viviendas?

—Se han construido siete grupos, y tres hay en obras.

—Necesidades concretas.

—Mil. Hay aprobadas y solicitadas cerca de seiscientas.

Pocas penas parece haber en el Puerto de Santa María. Aquí se canta por alegrías. Así tiene que ser, porque todo, cielo y suelo, se ha confabulado para hacerla alegre y feliz. Responde ella con su carácter a los encantos y obsequios de la Naturaleza: en el hombre, el señorío; en la mujer, gracia y hermosura. Cantan por los aires limpios:

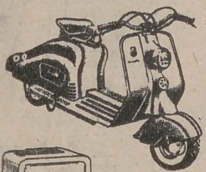
«Gaditana, gaditana,  
del Puerto Santa María...»

Pero hombres y mujeres, el Puerto tiene tres ojitos: sus tres playas. Tres playas tiene el Puerto: La «Puntilla», popularísima; «Fuentebavía», abierta al Atlántico, y «Valdegrana», coto-playa, que seca las espaldas con el aroma de sus pinos.

Brillan las conchas y caracolas por su reflejo en verano. Un verano entoldado por la brisa de la bahía. Pero subyugan sus noches frescas y perfumadas. Perfumes de pino y flor.

¿Cabe preguntar por qué quería tanto para el Puerto el Rey Sabio?

JIMENEZ SUTIL  
Enviado especial



Y  
10.000  
pesetas  
en efectivo.

*brandy* **SOBERANO**  
del que solo cabe decir:

¡grato aroma!  
¡qué color!  
¡grados justos!  
¡buen sabor!  
¡viejo origen!  
¡sí, señor!  
eso es el **SOBERANO**  
de los coñacs, ¡el mejor!



Y además... este noble Brandy le obsequia con su gran QUINIELA SOBERANO, que consiste en un boleto que usted deberá rellenar, escribiendo el nombre de los premios que todas las semanas se ponen en juego, en el orden que prefiera, y comprobar si acertó o no cada semana escuchando la emisión de los viernes, a las 11,30 de la noche, de la Cadena de Emisoras de la S. E. P., o por la Prensa de su localidad. Con cada botella 30 boletos y por cada copa un boleto. Los premios semanales son: Una MOTO Scooter Lambreta - Un FRIGORIFICO Edesa - Un VIATE a París por once días, dos personas, con Via y Meliá - Una PULSERA de oro de Villanueva y Laiseca - Una ESCOPETA, de Casa Ugartechea - Una RADIO con pick-up Philips - Un MUEBLE BAR Alfa, y 10.000 pesetas en metálico, a repartir entre los acertantes no agraciados con los premios anteriores. La QUINIELA SOBERANO es ya famosa en toda España.

**GONZALEZ BYASS**

Escuche todos los viernes, a las 11,30 de la noche, el gran programa de González Byass, por Radio Madrid



"RASGO" PUBLICIDAD



# TATA NOVELA

Por Dolores MEDIO

I

Por la ventana abierta entraba el vaho caliente que subía del patio, mezclado con los olores de las cocinas. Olores fuertes de verduras cocinando, de escabeches, de embutidos... Alguna vez —rara vez— el olor del café predominaba sobre los otros olores. Cuando esto sucedía Marta Ribé los aspiraba profundamente y se quedaba quieta, con los ojos cerrados y la barbilla apoyada sobre las manos.

—Una taza de café es lo que necesito. Bien cargado. Me estoy cayendo de sueño.

Bostezó. Estiró los brazos. Se levantó, apartando la silla sin hacer ruido y se asomó a la ventana.

Sobre su cabeza el cielo. Un pedazo de cielo de 18 metros cuadrados entoldando el patio. Dentro del patio un montón de vidas, diferentes y ligadas entre sí por la intimidad forzada de la convivencia. Las persianas, las cortinas y los visillos, no conseguían aislarles.

Ya está el señor Morales inclinado sobre sus cuartillas. Escribiendo, tachando, leyendo con emoción... ¿Una novela? No. Más bien parecen cartas. Después las mete en un sobre...

Marta volvió a bostezar.

—... en un sobre. ¿A quién las enviará? No por nada... Curiosidad. Me gustaría saberlo. Bien, y a fin de cuentas, ¿a mí qué me importa? Nada. ¿Entonces?

Se volvió hacia su máquina.

—Ya no se ve. Tendré que encender la luz y bajar la persiana.

Encendió la luz. Antes de bajar la persiana abrió la puerta que comunicaba con el pasillo, tratando de establecer una corriente de aire que aliviase el calor pegajoso de la habitación.

Desde la cama llegó la voz cansada de la vieja:

—¿Eh? ¿Qué pasa, nena? ¿Ya ha anochecido?

—Sí, Tata. No veo para trabajar.

—Déjalo ya, muchacha. Te estás sacando los ojos. ¡Tanto escribir!...

—Pues tú dirás qué comemos si yo no escribo. Las palabras se le escapaban a Marta rápidas y nerviosas. Casi agresivas.

Tata procuró calmarla:

—Mujer, no te molestes. Ya lo sé. Pero yo te decía...

—Que si no escribo no comes, ¿no es eso, Tata? Y gracias a Dios tienes buen apetito.

No contestó la vieja y Marta recogió en aquel silencio toda su amargura.

—Soy una mala bestia—se dijo—. Echárselo en cara...

Se acercó a la cama:

—¡Tata!... No me hagas caso. Tata. Estoy cansada.

La vieja sonrió:

—Lo sé, pequeña. Yo no resistiría. ¿No te duele la espalda de estar siempre inclinada sobre la máquina?

Otra vez iba a contestarle Marta que si no teceaba hasta reventar no podrían comer, pero se contuvo. ¿Tenía derecho a amargarla?... Por otra parte, la vieja se había vuelto muy susceptible de poco tiempo a acá y cualquier cosa la ponía insuportable. ¿O era ella, Marta Ribé, quien no aguantaba la menor insinuación molesta sin soportarse?

Tata murmuró algo en aquel momento y Marta se vió obligada a forzar la atención para comprenderla.

—¿Eh? ¿Qué dices? ¿De qué asilo hablas?

Tata carraspeó para aclarar la voz. Al fin encontró fuerzas para murmurar:

—El asilo, nena. Un asilo. Uno cualquiera, ¿sabes? Las monjas cuidan bien a los arciaros.

Marta se puso furiosa. ¡Otra vez aquel cuento del asilo! Estaba visto que a Tata le agradaba irritarla. Trabajar toda la tarde sobre la máquina «sacándose los ojos», como decía Tata, y partiéndose las costillas hasta dolerle el pecho, y al final ¡un disgusto con la vieja! Y todo por aquel cantar de siempre. Indudablemente, quería irritarla.

De un tirón bajó la persiana y volvió al centro de la habitación.

Tata permanecía silenciosa, apoyada contra los almohadones, con las manos cruzadas sobre el vientre. Miraba el ir y venir de Marta por la habitación sin atreverse a decirle nada para calmarla. Si ella pudiera... Pero, no. No podía ser. Sólo había un medio de devolver a su niña el pan y la libertad—sobre todo la libertad—que le estaba robando.

Marta colocó en la máquina los pliegos nuevos, provistos del correspondiente papel de calco para las copias, pero no se instaló ante ella.

Se acercó a la cama, metió los dedos entre los pelos lacios y húmedos de la vieja y le sacudió con mimo la cabeza. Su voz se dulcificaba:

—¡Cochina vieja! Al asilo... ¿Por qué habías siempre del asilo. Tata? ¿Quieres irritarme? ¿Es que yo no sé cuidarte como mereces?

—¡Quita allá, criatura! De sobra haces. Pero no me resigno a ser una carga sobre tus hombros. Eso es: una carga. Un trasto inútil.

—¿Sólo un trasto? ¿Una carga? Confiesa que te gustaría irte y dejarme sola.

—¡Niña, niña! Qué tonterías se te ocurren.

—Bien sabes que no tengo a nadie en el mundo y te complaces hablando de abandonarme. Eres mala. Muy mala.

Otra vez Marta Ribé empezó a jugar con los pelos lacios de Tata. Los enredó entre sus dedos, se los retiró hacia atrás, formándole un moño sobre la nuca. Después apretó la cabeza de la vieja sobre su pecho.

—¡Tatita! ¡Mala!

La apartó, de pronto, y le pasó los dedos por las mejillas.

—¡Tata! ¿Estás llorando, Tata?

Tata se limpió la cara con el embozo.

—¡Quita allá, criatura! ¿Llorando dices? ¿Por qué habías de llorar?

Insistió Marta:

—Sí, Tata. No lo niegues. Estás llorando. Tienes la cara mojada.

—El calor de la cama. Estoy sudando.

«Estoy sudando», había dicho la vieja. Pero Marta sabía bien que había llorado. También conocía el motivo de aquellas lágrimas. Y pensó, egoísta:

—Tiene razón, No la necesito. Si estuviese sola...

Pero dijo en voz alta:

—Voy a refrescarte, Tata. ¿Quieres una limonada? Entretanto prepararé la cena. Estará en dos minutos. Han sobrado unas aceitunas de la comida. Freírlos unos huevos.

Rectificó en seguida.

—No, unos huevos, no. Haré una tortilla. Mejor una tortilla, ¿no te parece?

Y pensó:

—Ahorraré un huevo. Dos pesetas. Cuatro holandesas...

Aquella noche Tata no quiso cenar. No tenía apetito. Protestó desde la cama:

—La tortilla para ti, hijina. Yo no estoy bien. Con las aceitunas y unos tragos de malta tengo bastante.

Se arrepintió Marta Ribé de su tacañería. Se sintió molesta. La vieja vencía siempre con su humildad. Con su desinterés, con aquella dulzura suya, Tata ganaba siempre la partida.

Y el caso es que si Tata... Pero, ¡no! —se reprochó inmediatamente—. ¿Qué locura estoy pensando?

## II

Si. Entonces sí le dolía la espalda a Marta Ribé. Pensó:

—Tendré que rendirme.

Pero en seguida:

—¡No! Aún no. Llegaré hasta el final del artículo para retirar las hojas de la máquina. La dejaré cerrada.

Por las mañanas se le llenaba la máquina de polvo, de hollín, y hasta de pelos, que arrojaba al patio la criada joven de tía Romana.

—¡Cochina!—pensó Marta. Y añadió—: Un pequeño esfuerzo, Marta, y terminarás la tarea esta noche... Vamos, hija, no es para tanto. ¿A ver? ¿Dónde has quedado?

«... el ajuste exacto de la frecuencia deseada en cada banda hay que efectuarlo por medio del condensador variable CV 1, de 500 picofaradios de capacidad máxima. Este condensador debe ser movido a través de un mando de multiplicador, a fin de poder conseguir una resonancia precisa...»

—¿Eh? ¿Qué es eso de precisa?... A ver..., a ver... Otra equivocación. ¡Cristo! Ya no sé ni lo que escribo... Precisa, precisa, precisa... Otra vez a borrar.



Bostezó. Miró hacia la cama. Tata dormía amorridada. Cerca de un mes hacía ya que no se levantaba. Parecía agotada.

—¿Será un síntoma de...?

Marta Ribé tuvo que luchar de nuevo contra el pensamiento que la atormentaba. ¡No! No debía alegrarse. No se alegraría.

Pero era el caso que sentía un gozo interior cuando pensaba que Tata podía faltarle cualquier día e inmediatamente podría arrojar la máquina por la ventana.

Pensaba Tata que sólo existía un medio para conseguir que Marta disfrutara un poco su juventud. Marta sabía también que sólo de esa manera podría tener libertad de acción y buscar otro trabajo más cómodo y lucrativo.

Alguien le había prometido colocarla en una cafetería cuando se extendió la moda de que las muchachas sirvieran a los parroquianos en vez de hacerlo los camareros. Lo de la cafetería le gustaba. Un turno de trabajo ante la barra o corriendo entre las mesas, y después unas horas libres para pasear, para ir al cine con algún amigo. ¡Ah! Desde luego: para cuidar a Tata con mayor esmero. Además podría buscar una mujer que la acompañara mientras estaba ella fuera de casa. Pero aquello de la cafetería no se le arregló y puesta ya a descender de nivel social—de una categoría social absurda de la que se burlaba—, Marta había empezado a pensar como cosa aceptable en colocarse de doncella en alguna casa elegante. Comer bien, vestir bien (casi siempre a costa de los señores) y reservarse unas pesetas para el mañana, que empezaba ya a preocuparla. Todo esto en el supuesto de que no llegara a casarse, pensamiento pesimista que no acababa de encajar en la cabeza de la muchacha.

—Las chicas del servicio suelen casarse. Alternan en los bailes y en los mercados con hombres que manejan algún dinero. Y a veces se convierten en señoras y al cabo de algún tiempo nadie recuerda que proceden del fregadero. Mientras que nosotras, las que tenemos que trabajar de esta manera, ¡vaya una vida!...

La decisión que Marta había tomado parecía concreta e irrevocable. Pero allí estaba la vieja con su dulzura, con su resignación, cortándole las alas. Si Tata se rebelara, si Tata fuera gruñora y protestara por cualquier motivo, Marta justificaría a sus ojos aquel deseo de deshacerse de ella, de dejarla al cuidado de las monjas en algún asilo. Pero era Tata quien proponía la separación y Marta sentía entonces el remordimiento de haber cometido una fea acción sólo con pensarlo.

—Se moriría de tristeza. Tata es muy sensible. Con rabia, porque no acertaba a resolver su problema, Marta Ribé volvió a su trabajo y empezó a golpear fuerte y rápido sobre el teclado, hasta el extremo de que las letras se le montaban unas sobre otras, impidiéndola continuar escribiendo.

—Paciencia, hijita — se recomendó—. Vamos a ver si terminas, que ya falta poco.

«... el paso final de radiofrecuencia está constituido por una válvula 807. La polarización de esta válvula se consigue por medio de la resistencia de 200 ohmios de cátodo y por la rejilla de 20.000 ohmios. Las resistencias adicionales que van en los circuitos de rejilla y placa...

### III

El tiempo había refrescado aquella mañana y Marta se sentía más contenta que de costumbre. Contribuía a proporcionarle este estado de ánimo el hecho de que Tata se había levantado y andaba canturreando por la habitación, mientras la aseaba. Las hojas, entornadas, de la ventana, dejaban pasar, con el airecillo fresco de la mañana, los rumores del patio.

—Otra vez llora la niña de los Planell. No comprendo qué le hacen a esa chiquilla para que se pase el día con la boca abierta. Si yo tuviera un niño...

—¿Eh? ¿Qué dices, muchacha?

—Nada importante. Tata. Hablaba de la pequeña Planell, que es un bebé mal criado.

—Pues, hija, tú eras buena... Tu madre decía siempre...

El recuerdo de su infancia, ya lejana, despertó en Marta Ribé su vieja ternura hacia la criada. Tata era la única persona de la familia que conseguía hacerla comer a fuerza de paciencia.

«¿Había dicho «la única persona de la familia»? Pues había dicho bien, porque en la familia nadie consideraba a Tata como una extraña. Tata había visto nacer a su madre y la había criado. Tata la había visto nacer a ella. Mejor que ella conocía Tata los secretos de la familia y aquellas cosas que, sin ser secretos, ignoraba Marta.

Muchas veces, cuando Marta descansaba de su trabajo y se permitía un rato de plática con la vieja, le contaba Tata cosas de su infancia, de la época en que el cuerno de la abundancia se volcaba sobre la casa. El padre era diputado. «Figuraba mucho». La señora Ribé se divertía en las fiestas. Todo iba bien. Tata rememoraba los días felices con alegría. Después cambiaron las cosas. Llegó la guerra y todo se lo llevó la trampa. Una noche sacaron al padre para fusilarle. La madre murió de pena y de privaciones. La casa...

Bien, Marta Ribé no quería recordar cosas tristes. «Borrón y cuenta nueva», decía a Tata cuando hablaban de la guerra.

Se había vuelto egoísta y todo la asustaba. La molestaban los recuerdos dolorosos pesando sobre un presente que no tenía nada de comfortable. Si al menos pudiera recordarlos como pasado, como se recuerda una pesadilla... Pero, no; aquellos sucesos precisamente la habían creado la situación difícil que soportaba.

—¡Bien! Olvidemos las cosas desagradables—se dijo Marta—. Hoy estoy contenta. No hace calor. Tata preparará la comida mientras yo trabajo. Por la tarde saldré a entregarlo y a recoger la tarea para mañana. Bajaré hasta Cibeles dando un pasec...

Se puso a teclear con satisfacción. Buen día y, sobre esto, un trabajo ameno. No se trataba de un artículo árido para revistas científicas y profesionales ni de un tema para exámenes de estudiantes. Copiaba una novela. Le habían recomendado mucho cuidado con la ortografía. Horgaba la advertencia. El autor tenía la letra clara y redonda, casi femenina, y había escrito pulcramente, sin correcciones.

Por otra parte, como la novela «terminaba bien» —Marta había buscado en seguida el final para evitarle impacencias—, se le antojaba que en vez de trabajar había ido al teatro, o al cine, o estaba leyendo para entretenerse.

Algo, no obstante, la molestaba: el carro de la máquina tropezaba al llegar a la mitad, formando un nudo negro que deslucía su labor. Pero no podía evitarse. El mecánico que se la limpiaba y engrasaba todos los meses le había dicho que era preciso desmontarla toda y ponerle piezas nuevas. La máquina era ya muy vieja y estaba desnivelada. ¿Precio? Alrededor de las 500 pesetas por tra-

tarse de una muchacha de su condición. En el taller no le cobrarían nada por el trabajo. Solo las piezas.

—Ni aun así—pensó Marta—. Quinientas pesetas... ¿Cuándo podré reunir las? ¡Cuidado, Marta, al llegar al centro! Si haces una chapuza acabarán por decirte que no hay trabajo.

Sacudió la melená, se frotó las manos y volvió a la tarea:

«... pero hacía sol, los pájaros cantaban en las ramas y se escuchaba lejano el rumor del mar.»

Miguel tomó entre sus manos las manos de la muchacha y la obligó a prometerle que, ocurriese lo que ocurriese, debía confiar siempre en su amor...

«... amor. ¿Veintinueve años? Soy joven, claro. Pero estoy cansada. Ya he notado que bajo los ojos se me forman unas bolsas que me afean. Se me enrojecen los párpados. Pronto vieja. ¡Qué asco! La máquina, al infierno. Pero ¿cómo? «La cuenta de la luz, señorita Marta?» «¿Aquí tiene la notita del casero.» «Han venido de la tienda de comestibles...» ¡Maldita portera! No puede una decir que no está en casa.

Volvió a poner los dedos sobre el teclado: «Pero hacía sol, los pájaros cantaban en las ramas...»

—¿Eh! No es ahí. Vamos, Marta, hijita, ya te has despistado. Vamos a ver: Amor..., amor... ¡Aquí está!

«... ocurriese lo que ocurriese debía confiar siempre en su amor»

—Punto y aparte.

«La muchacha le escuchaba con recelo. Tantas cosas el habían dicho de Miguel que, aun siendo confiada por naturaleza, la duda la atormentaba. Miguel era hombre de mundo y ella una provinciana sin experiencia. ¡Qué atractivo podía encontrar en ella un hombre como Miguel...?»

—¡Qué tonta! Pues sí, señora. A los hombres de mundo les agradan las muchachas sencillas y hasta ignorantes. Lo decía no sé quién... ¡Ah! Ya recuerdo: aquel artículo sobre la inteligencia de las mujeres. ¿Cómo será el autor de esta novela? Me gustaría conocerle. Pero nunca veo a las personas para quienes trabajo. «Tome usted sus papeles y lárguese de aquí. Usted es sólo una máquina de escribir, señorita Marta.» ¡Ah, claro! No lo dicen, pero lo piensan... ¿Y el autor? ¿Cómo será el autor? El autor pinta a Miguel alto y rubio. Furtivo. Miguel es un deportista. Y a lo mejor—a lo peor—resulta que el autor es un hombrecillo bajo, miopé, con su poquito de panza y...

Un ruido sonó a su espalda. Un golpe seco producido por la caída de un cuerpo.

Marta miró hacia atrás, se puso en pie de un salto y salió corriendo al pasillo.

—¡Tata! ¡Tatita! ¿Te has hecho daño?

Tata estaba en el suelo, agarrada a la puerta, tratando en vano de incorporarse. Las facciones se le habían afilado y un sudor frío, viscoso, le pegaba los pelos a las sienes. Sonrió a Marta. Quería decirle que no le pasaba nada. Pero no pudo. La sonrisa se convirtió en una mueca.

Trató Marta de incorporarla y llevarla hasta la cama. Imposible. Le pesaba la vieja como un cuerpo muerto. No recordaba Marta haber levantado en sus brazos un cuerpo muerto, pero se imaginaba que debía ser algo por el estilo.

«Tierra, nada más que tierra», se dijo Marta.

Después hizo un nuevo esfuerzo para incorporarla.

«Se morirá. Seguramente se morirá.»

Un escalofrío de espanto la invadió al pensarlo. Algo le martilleaba el cerebro: «Lo estás deseando, Marta. Sí. Lo estás deseando. No disimules.»

Gritó más fuerte para ahogar aquella voz rebelde:

—¡Tata! Ya estás bien, Tata. No tiene importancia. Voy a llamar a la portera. ¿sabes? Me ayudará a acostarte. Un poquito de reposo y...

Tata hizo un gesto con la mano para contenerla. Marta no comprendía. No sabía si la vieja quería decirle que era todo inútil o que la crisis había pasado. Al fin pudo balbucir:

—Pequeña... pequeña...

—¡Tata! Llamaré al médico. Te pondrás buena. Tata hablaba en voz baja, esforzándose para hacerse comprender:

—No..., médico..., no... Dinero... No tengo nada.

Respiró fuerte, pero al hacerlo se llevó las manos al pecho.

—¿El corazón? ¿Te duele?

Otra vez sobre los labios de Tata aquella mueca de angustia que quería ser sonrisa:

—Niña... El corazón no duele.

Pero sus manos continuaban crispándose sobre el pecho como si pretendieran arrancar una mano invisible que lo oprimiese. La palidez de su cara se le había acentuado hasta darle apariencia de cadáver. Desencajada. Rígida. Jadante...

Tuvo que gritar:

—Angustia..., angustia..., ¿sabes?... Algo me ahoga... Todo el cuerpo me late. Y las sienas... Tengo el pulso en las sienas.

—Pero, Tata, ¡qué cosas se te ocurren! El pulso en las sienas, en todo el cuerpo... ¡No exageras tú nada!

Trataba de bromear. Estaba asustada. Dejó a Tata recostada contra la pared y llamó a la primera. Entre las dos la acomodaron sobre la cama y fué recobrándose lentamente.

Bien, Tata no pesaba tanto como Marta creía. No era un cuerpo muerto. No era un saco de tierra. Tata estaba allí, a su lado, casi tranquila, aunque respiraba con dificultad y se le había quedado rígida la mano izquierda.

Dijo en voz alta:

—Llamaré al médico.

Tata volvió a encontrar fuerzas para protestar:

—¡Qué no!... He dicho que no... Se me pasó el mareo... Era eso, un mareo... Como un desvanecimiento. Bueno, quiero decir, nada... No..., no tiene importancia.

Las dos repetían lo mismo: no tiene importancia. Pero Tata pensaba: «Cualquier día se repetirá y entonces...»

Y pensaba Marta: «Es grave. El corazón. De repente falla, y ¡zás!... Llamaré al médico. Tengo que llamarle. El médico dirá lo que debe hacerse»

#### IV

Cuando el médico llegó todo había pasado. Tata había recobrado su tranquilidad y descansaba apoyada sobre los almohadones. Hasta se sintió con fuerzas para bromear:

—Un cacharro, doctor. Un cacharro viejo y cansado. Eso tengo por corazón. ¿No le parece que sería más piadoso dejarle descansar? Ya trabajó bastante.

—¿Descansar?... De ningún modo. Todavía tiene cuerda para rato.

Marta acompañó al doctor hasta la puerta. Allí se atrevió a preguntarle tras algún rodeo:

—Doctor, ¿cree usted que... vamos, quiero decir sí... en fin, doctor, usted me comprende: sí... si se morirá?

—¿Si se morirá? Bueno. Todos tenemos que morirnos.

Marta Ribé se ahogaba.

—Doctor, necesito saber si es grave, si cualquier día...

—¿Es usted su hija?

—Como si lo fuera. No tengo a nadie más que a ella. Mi ama seca y mi familia, todo en una pieza.

El doctor se quitó las gafas, alentó sobre ellas para limpiarlas y contempló unos momentos a la muchacha.

—Bien... Puede ser grave si se repite y no se llega a tiempo para ayudarla a reaccionar. Pero ahí está la receta de las ampollas. Usted me ha dicho que sabe...

—Desde luego, doctor. Ya le he puesto inyecciones muchas veces.

—Pues sólo le recomiendo mucho reposo, que no se esfuerce, que coma normalmente; eso sí, que esté bien alimentada, sin cargar el estómago demasiado. Evite repleción abdominal. Y mande al diablo a la digitalina. Sólo en caso de que se repita debe usar las ampollas que le he recetado. Créame, hijita, a esta edad no es grave la angina.

—¡La angina!

—Bien, pequeña, no hay que asustarse. La sangre no tiene fuerza y los ataques, si no hay complicaciones, serán benignos.

Dió un cachetito a Marta en una mejilla y le aseguró:

—Me parece que tendrá usted ama para mucho tiempo.

#### V

—Para mucho tiempo—empezó a repetirse Marta, hasta convertir la idea en una obsesión—. Para mucho tiempo. Bien... Todo lo que me queda de



juventud. ¿Por qué no saldría una del hospicio para no tener deberes? Vivir sola. Libre... No querer a nadie. Yo quiero a Tata. Mucho. Si no la quisiera, la dejaría tranquilamente irse al asilo. Pero no se irá. Yo la cuidaré. Bien, hasta ahora nada tengo que reprocharme. ¿No cumplí mi deber? He llamado al médico. Ahora la cuidaré aunque viva cien años. ¡Tata querida!... Cuantas veces, cuando yo era pequeña...

Marta tiene que reconocer que hubo unos días en los que Tata era el gran amor de su vida. Tata para comer. Tata para dormir. Tata para jugar. ¿Qué más haría una madre? Después, durante la guerra, Tata corría la ciudad de un extremo a otro para buscar su comida.

Marta se acercó a la cama, acarició su cabeza y la besó en la frente.

Sonrió Tata. Allí, junto a ella, estaba su pequeña. Tan buena. Tan resignada... Mientras que ella, un trasto inútil, la estaba robando el pan y la libertad.

También la vieja empezaba a obsesionarse con aquella idea:

—Si no fuera pecado...

Vió a Marta preparando su trabajo y sollozó:

—Señor, Señor, se mueren tantas madres que hacen falta a sus pequeños y esta vieja...

Marta interrumpió el lamento alegremente:

—¿Eh? ¿Qué dices, vieja gruñona? ¿O es que estás rezando?

—Rezando—dijo Tata.

Y cerró los ojos. Pensó tímidamente:

—Si no volviera a abrirlos...

Marta recogió las cortinas a los lados de la ventana y colocó la máquina ante ella. Aun le quedaban un par de horas de luz y debía aprovecharlas. La luz artificial la estaba dañando. A veces se le ponían los párpados irritados, como si tuviera areñillas dentro de los ojos.

—Dejar esto... Pero, ¿cómo?—se preguntó una vez más, desconcertada.—. Yo no tengo cultura. No sé idiomas. No domino tampoco la taquigrafía. Todo esto es necesario para colocarse. O recomendaciones... Y yo no tengo a nadie. Bueno, entonces, ¿qué esperar, Marta Ribé? Zapatero, a tus zapatos.

Otra vez, tímidamente, se asomó a su cerebro una posibilidad:

—Claro que sí, Tata...

Violentamente se levantó y se acercó a la ventana. Tenía que olvidar «aquello». Aquello que le martilleaba, le martilleaba, le martilleaba... ¿Es que iba a volverse loca por una tontería?... Quería a Tata. ¿No era verdad? Había cumplido con su deber. ¿Entonces? Su conciencia estaba tranquila.

No..., tranquila, no. «Aquello» no la dejaba vivir en paz:

—Soy una criminal en potencia—se repitió—. Bueno, tanto como criminal... En potencia lo somos todos. ¿Quién no ha deseado la muerte de alguien? Pero luego viene eso..., la conciencia. Y duele el mal deseo.

Rectificó:

—Pero a mí no me duele. No me duele. Esta es la verdad. Y el caso es que quiero a Tata. Si no la quisiera ya la hubiera enviado al asilo sin contemplaciones. ¿Entonces?

Golpeó con los puños la ventana. Cuando se hubo calmado se dio cuenta de que alguien la miraba.

—¿Eh? ¿Qué le pasa a esa fierecilla? La han castigado sin postre?

Iba a retirarse Marta bruscamente, pero comprendió que su actitud no sería correcta. Jiménez, el malagueño, era un buen amigo. Cuando no estaba de viaje—cosa que rara vez ocurría—resultaba un agradable entretenimiento. Nada esperaba Marta de aquel hombre viejo, casado y separado de su mujer, según le habían dicho, y no se tomaba el trabajo de coquetear con él, pero su compañía le resultaba grata cuando a través del patio se entretenían charlando.

Marta no supo de pronto qué contestar. Se encogió de hombros; al fin dijo:

—Estoy cansada.

—Quién más o quién menos, hija, lo estamos todos. Yo he recorrido hoy medio Madrid sin colocar mil pesetas de género. Uno se está haciendo viejo...

—Usted es todavía joven, señor Jiménez.

Agradeció el cumplido el comisionista, pero movió la cabeza:

—No lo creen así mis piernas. Estas no engañan. Ya no puede rendir uno en su trabajo... Bueno, es que también aumenta la competencia. Antes cada uno tenía su empleo y allí se las arreglaban como podían. Ahora todo el mundo trabaja



ja en otra cosa en sus horas libres. Hasta las señoras se han metido a comisionistas, y las condenadas, por aquello de ser mujeres, se llevan el gato al agua. ¡Asco de vida!...

En seguida, desmintiendo su exclamación, le oyó Marta cantar mientras se afeitaba.

Volvió ella a su trabajo. De vez en cuando se levantaba para ver cómo estaba Tata. Tata descansaba. Ocho, diez, doce días... Todo iba bien. El ataque no se repetía.

«Tiene usted Tata para muchos años. Para muchos años... Para muchos años...»

Marta se apretó las sienes con las dos manos. También a ella le latía en las sienes el pulso, golpeándola dolorosamente.

Pensó: «Debilidad. Exceso de trabajo. Cansancio. ¡Qué se yo! Nunca había pensado en esto.

Quiero a Tata. La quiero... Está claro: la quiero... Quedarme sola sería triste. Claro que entonces...»

Se inclinó sobre el teclado, releyó algo. Y continuó escribiendo:

«... en 1856 se abría una tumba cerca de Düsseldorf y se descubría el esqueleto de una persona cuya vida debía haber transcurrido en los tiempos más primitivos, según las características geológicas del lugar del hallazgo. Cuando hoy nos referimos a este esqueleto, que se ha hecho famoso, hablamos del «hombre de Neanderthal». El profesor Mayer, de Bonn, opinaba entonces que los huesos pertenecían a un cosaco muerto en el frente en 1814. Wagner, de Gotinga, le llamaba «el viejo holandés»; Pruner-Bey, de París, decía que era un viejo celta. Virchow, ese gran médico cuya autoridad se manifestó tan precipitadamente muchas veces, declaró que el esqueleto en cuestión pertenecía a un anciano que padecía de gota...»

Marta Ribé bostezó, se despezó, y durante unos minutos descansó la cabeza sobre las manos.

### V I

Una gota de sudor le bajó rodando desde la frente y se le quedó un segundo detenida en la punta de la nariz. Después fué a caerle sobre el teclado.

Marta buscó un pañuelo. No lo encontró. Acabó por limpiarse con el borde de su vestido. Y continuó escribiendo.

De buena gana hubiera abandonado su trabajo para acostarse a dormir la siesta. Necesitaba descansar un rato. Las manos le sudaban. El vestido lo tenía también mojado por los sobacos. Un rato de descanso la refrescaría. Pero no se atrevió a tomarlo. Si entregaba las copias aquella tarde cobraría lo que le debían y le darian trabajo para otro día. El trabajo escaseaba durante el verano y se repartía entre los que andaban más diligentes.

—¿Por qué será verano? ¡Qué fastidio! Es mejor el invierno. Mejor se aguanta el frío que el calor. El calor me destroza, me hace polvo... Se quitó las zapatillas y experimentó un alivio momentáneo caminando con los pies desnudos sobre las baldosas. Guardaban justamente la temperatura que sus pies cansados apetecían.

Diez minutos después se quitó el vestido. Vaciló

antes de hacerlo. Si bajaba la persiana no vería para trabajar. Si no la bajaba la verían a ella. Pudo más el calor que las reflexiones que el pudor la obligaba a hacerse y Marta Ribé siguió trabajando en combinación.

Un cuarto de hora más tarde fué a la cocina a refrescarse la cara y las manos con agua fría. Tata estaba fregando el suelo y se apartó para dejarle paso. Marta se irritó al verla:

—¿No te he dicho mil veces, Tata, que no quiero que hagas esfuerzos?

—Pues bonito estaba el suelo para dejarlo.

—Yo lo fregaré.

—Eso es lo que nos faltaba, que te tiraras tú al suelo después de pasarte el día sobre la máquina.

—¿No tenías que entregar hoy el trabajo?

—Bien, lo fregaré a la noche.

Marta consentía que Tata anduviese por la casa haciendo alguna labor para que no se sintiese inútil. Quitar el polvo, preparar la comida, zurcir la ropa... Pero aquello era demasiado. Tenía que evitarlo.

—Vamos, levántate, Tata; sé buena chica.

—Déjame fregar, niña, que los anillos no se me caerán por ello.

—Los anillos tal vez no, pero puede hacerte daño. Y así, sudando..., es una locura. Acuéstate ahora mismo. Yo fregaré.

Se resistía la vieja:

—Si me acuesto, ya sabes lo que me ocurre: me pesa el cuerpo y no acierto a levantarme en toda la tarde. Me acostaré cuando haya terminado.

Forcejeó. Marta consiguió al fin quitarle de las manos un trapo de lana que hacía oficio de bayeta y la empujó suavemente hacia la habitación.

Después se chapuzó hasta refrescarse.

—Se está «cociendo» una buena—pensó, mirando al cielo, que era un techo de plomo sobre el patio—. Me gustaría que descargara la tormenta antes de la noche para dormir tranquila. No aguantó esto. Cuando la atmósfera está cargada yo también siento... como si tuviera electricidad en las venas. Siempre igual. El año pasado... ¿Cuándo fué? Por San Lorenzo. Sí, a partir de aquel día refrescó el tiempo. Lágrimas de San Lorenzo... No, es San Pedro el que llora. Negó a Cristo. Muchos Pedros hay por el mundo. Pero no todos se arrepientan a tiempo.

Volvió a poner las manos bajo el grifo y hundió la cara en ellas. Respiró, aliviada. Después se mojó los brazos. Los sacudió sin secarlos gozando la frescura que le producía la evaporación.

—Dentro de dos o tres horas cesará el calor. ¿Acostarme ahora?... Pierdo mucho tiempo. Un pequeño esfuerzo, Marta, ya has refrescado.

Regresó a la habitación. Fué entonces cuando vio a Tata caída sobre la cama, haciendo un esfuerzo inútil para incorporarse.

—Tata! Tata!

Tata no contestó. Sudaba copiosamente. Otra vez tenía el rostro desecado y presentaba todos los síntomas de la angina.

Marta la ayudó a instalarse sobre los almohadones y le limpió la cara con las ropas.

Tata, pasará en seguida. Ya lo sabes... Te pondrás en seguida buena. Diré a la portera que llame al médico...

Se acordó de pronto:

—¿La inyección!

«Vamos, rápido, Marta. En el armario está la jeringuilla. Y la caja de ampollas. Un minuto que pierdas puede ser decisivo.»

Marta sudaba también, mientras tomaba el pulso a la vieja.

—Bien, si no reacciona... Todo sería muy sencillo. Unos minutos difíciles... Después, nada... ¡Después, sí! La libertad. Una vida nueva.

«Vamos, Marta. El tiempo es oro. No desprecies los minutos. ¿Estás oyendo?»

—Sí, Marta oía aquella voz.

—Un momento, Tata. Voy a ponerte una inyección que te aliviará.

Corrió a la cocina.

—¿El alcohol! ¿Dónde está el alcohol?

«Serenidad, Marta. Lo tienes ante tu vista. Si te aturdes pierdes tiempo. Y el tiempo es vida.»

—¿Las cerillas! ¿Dónde habrá puesto Tata las cerillas?

«Aquí están. Sobre la cocina. ¿Es que no las ves?»

Fuso a calentar el agua para hervir la jeringuilla y volvió a la alcoba. Tata seguía debatiéndose en aquella angustia que la oprimía.

—¿Estás mejor, Tata?

La vieja no contestó. Empezaba a extraviarse de la vista, buscando en torno suyo un punto donde posarse. Marta volvió a limpiarle el sudor que le manaba abundante y se dirigió al armario.

«Esto es grave, Marta Ribé. ¿Lo estás viendo? Un descuido por tu parte puede acelerarlo. Después..., ya sabes...»

—Pero no lo haré. Quiero a Tata. ¡Quiero a Tata! Se pondrá buena. No podría vivir sin ella.

Encontró la jeringuilla y corrió a la cocina.

Fué al sacarla de la caja cuando se cayó. Marta sintió dentro de la cabeza el ruido que el cristal hizo al romperse. Y durante unos segundos se quedó quieta, paralizada.

Entonces sintió la angustia que Tata debía experimentar en aquel momento. Se llevó también las manos al corazón. Después, a la cabeza.

«Bueno, esto es muy sencillo, Marta. Ahora un poco de paciencia...»

Marta volvió corriendo a la habitación y se acercó a la cama. Tata parecía dormir placidamente. Había cesado la angustia. Todo había pasado.

—Otra vez sucedió así. Después se quedó tranquila.

«Tata está muy tranquila. Lo estará siempre. Ya no volverá a sufrir. ¿Verdad que es hermoso?»

Marta sintió otra vez la sangre latirle en las sienes, en la garganta. La vista se le nublaban.

—Debilidad. Cansancio... Estoy aturdida.

Arrojó a Tata y se inclinó sobre ella. Tata necesitaba entonces un buen reposo. El pulso, ¿cómo estaba el pulso?

Tomó su mano izquierda con cuidado. Dos dedos de la mano estaban rígidos. Los demás se doblaban obstinadamente.

—Pulso débil, muy débil. Casi no lo siento... No... ¡No late! ¡No lo siento!...

Se levantó. Sacudió a Tata por los hombros. La cabeza cayó hacia atrás.

Marta Ribé retrocedió, asustada. Después corrió a la ventana y empezó a gritar.



# EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER

## PASAJEROS DE ESTE PLANETA, ¿DONDE VAMOS?

Por Jules ROMAINS

JULES ROMAINS

de l'Académie Française

PASSAGERS  
de cette planète,  
où allons-nous?

EL carácter de encrucijada que parece presentar toda la vida humana sobre nuestro planeta en estos momentos lleva al conocido escritor y periodista francés JULES ROMAINS a toda una serie de consideraciones sobre las posibles salidas de esta situación inquietante. Este es el tema fundamental de la obra que hoy resumimos: «PASSAGERS DE CETTE PLANETE. OU ALLONS-NOUS?», en la que, tras un esbozo general de las cuestiones fundamentales que constituyen lo que el autor considera como aspectos esenciales de la angustia del hombre moderno, se pasa a estudiar las características que ofrece la sociedad norteamericana en estos momentos y las posibilidades que en ella se encuentran para la superación de nuestra actual crisis.

Quizá de todos los aspectos tratados el más interesante de ellos sea el que Romains presenta relativo a cómo el dinamismo de la sociedad norteamericana ha sabido transformar su estructura económica hasta el punto de pasar de un individualismo férreo a un sistema comunitario, mucho más eficaz y equitativo que el que ofrecen los gastados socialismos europeos. Es interesante a este respecto el ver cómo ante estas concepciones realistas el marxismo aparece como una ideología anticuada y anticientífica hasta el punto de que sus propios triunfos constituyen en mentis para sus afirmaciones dogmáticas.

ROMAINS (Jules).—PASSAGERS DE CETTE PLANETE, OU ALLONS-NOUS? Bernard Grasset, Editeur, Paris, 1955.

EL hombre de hoy es antes que nada un hombre hostigado en el que se plantean cuestiones angustiosas sobre las que sus predecesores no pensaron jamás o de las que solamente algunos se preocupaban. Nadie se escapa hoy a éstas. Las gentes pueden reflexionar sobre preocupaciones inmediatas; pero si tenemos tiempo de borrar sus pensamientos superficiales se distinguirá que el fondo de su espíritu está ocupado por las mismas inquietudes. Quienquiera que sea, incluso el creyente, nadie está inmunizado contra la angustia común. Todos se preguntan como pasajeros del planeta Tierra: «¿Dónde vamos?»

### LOS ESTADOS UNIDOS, AL FRENTE DEL CORTEJO

La lista de las cuestiones generadoras de estas angustias se alarga más o menos según los espíritus. Pero hay una interrogante que domina y condiciona todas las otras: el mundo que vivimos, ¿existirá dentro de veinte o veinticinco años?

Hacer un inventario de las cuestiones relacionadas con esta interrogante y, en general, de todas las que ningún hombre actual puede halagarse de ignorar, es una tarea ya importante. Tener la opinión de los hombres más inteligentes y más calificados del mundo sería todavía mejor.

La idea de comenzar por los Estados Unidos en

la búsqueda de estas opiniones me ha parecido bastante natural. Corresponde a éstos las responsabilidades más pesadas en la marcha actual de la Humanidad. Los Estados Unidos se encuentran, por otra parte, indicando la dirección, la cadencia y suministrando los resultados más sorprendentes del progreso científico y técnico. Son estos resultados y los que se preparan o anuncian los que tendrán una influencia decisiva sobre nuestra vida, sobre las formas de nuestra civilización, sobre la manera en que ésta alojará al hombre-individuo con sus exigencias morales y su ansia de dicha.

Antes de mi partida de Francia para los Estados Unidos procedí por mi cuenta a realizar una especie de inventario de las cuestiones que más nos angustian y que reclaman una respuesta más urgente. Con esta lista me he guiado. Una de ellas decía así: «¿Qué debemos pensar de esas especies de antimodernismo esencial que se caracterizan por su negación fundamental del progreso, pero que difieren más o menos por el punto de vista en que se colocan?»

Hay muchos que consideran que hay un germen mortal en la civilización moderna. Sin embargo, entre los americanos destacados con los que he hablado no existe esta opinión, y lo que piden es una ética del progreso material.

### UN PROGRESO ETICO

El hombre de la calle, me decía uno de mis interlocutores americanos, es terriblemente importante. El peso de sus necesidades o de las que él considera como tales es lo que hace inclinar el progreso material de un lado o de otro. En el pasado se consideraban ciertas necesidades como indiscutibles: no tener hambre, no pasar frío, dormir bajo techado. Hoy, en países como los nuestros, la situación ha cambiado particularmente y seguirá cambiando a medida que el hombre de la calle esté más seguro de no morir de hambre, no reventar de frío ni de dormir al descubierto.

El matiz de nuestra civilización, continúa mi interlocutor, dependerá en gran parte de lo que el hombre de la calle considere como deseable. La idea de que se debe establecer una ética del progreso, si no se quiere que le mejora material vaya acompañada de una decadencia moral, es una idea que todavía no la comparten en la debida medida más que unos pocos espíritus.

No es difícil distinguir los lazos que unen a esta ética del progreso con otro problema que yo había inscrito destacadamente en mi lista y que se impone al espíritu que reflexiona sobre el porvenir de los países llamados avanzados.

Si escapamos a la catástrofe principal, a la guerra, y si, por otra parte, descubrimos el medio de impedir una brutal y masiva dominación de la mano de obra humana por la máquina, no nos habremos ahorrado el enfrentarnos con una dificultad que por no tener aire trágico no es por ello menos seria.

Admitamos que llegamos a controlar, a canalizar la nueva revolución que nos prepara el maquinismo. La disminución de horas de trabajo, en lugar de crear aquí y allá enormes masas de parados, logrará repartir el trabajo y hacer una sociedad mejor establecida. Ahora bien, suponga-

mos esta primera batalla ganada, y entonces tendremos en cada sociedad a millones de hombres cuyas horas de ocio se han aumentado rápidamente. ¿Qué van a hacer ellos?

Los socialistas del pasado siglo atisbaron ya la cuestión, pero la bañaron en el ambiente de optimismo que dominaba en todo lo que se refería al futuro. No tratamos de oscurecer el cuadro, pero si el progreso de la civilización no consiste más que en diluir en las masas los vicios o las naderías frívolas de los antiguos privilegiados, las conquistas logradas son muy discutibles.

¿Por qué no confesarlo? Ciertas utilidades populares de los ocios son desilusionantes y, por lo que respecta a un porvenir en el que tuvieran mucha más cabida, inquietantes.

Hasta ahora el alma humana no ha encontrado más que un recurso, seguro, infalible contra el aburrimiento, que es el trabajo. Es cierto que existen límites y condiciones para esta virtud del trabajo. Ella se desvanece cuando se hace excesivo, agotador o servil, y entonces no subsiste más que el trabajo-castigo. Pero un trabajo que interese al ser humano, que absorba su atención, sin abusar de sus fuerzas musculares o nerviosas, es, en el fondo, lo que el hombre normal, no embrutecido por un clima deprimente, prefiere cuando se trata de rechazar a los enemigos eternos que le espían: disgusto de vivir, sombría de su ocupación del espíritu y sentimiento de la vanidad universal.

Es excelente haber arrancado poco a poco, de arrancar cada vez más al hombre de la masa de las formas extenuantes o innobles del trabajo. Pero ¿habremos por esto cambiado una ley fundamental del alma humana?

#### EL COMUNISMO, IDEOLOGIA REACIONARIA

No tengo necesidad de recordaros la actitud que, respecto al comunismo, es frecuente entre nosotros los franceses, principalmente en los medios intelectuales y en los políticos. Se puede resumir así: «No basta con combatir al comunismo: es necesario oponerle algo positivo. La juventud, y muy especialmente la juventud culta, será incapaz de entusiasmarse por consignas puramente defensivas.»

Ahora bien, en los Estados Unidos no he descubierto en nadie este estado de espíritu. Las gentes se muestran ciertamente muy preocupadas del comunismo y de sus intenciones, pero un poco a la manera de cómo nos inquietaba a nosotros, antes de la guerra del 14, el pangermanismo. Consideran que la expansión rusa y la propaganda que la precede y la acompaña son fenómenos muy peligrosos. Pero no ven en esto nada que pueda turbar la conciencia del pueblo americano. Se sorprenden incluso de que pueblos avanzados puedan ser vulnerables a sus efectos. Cuando se les dice que una buena parte de los electores franceses votan a los comunistas se sienten desconcertados y, sobre todo, cuando se considera al marxismo como una ideología audaz y de vanguardia a la cual hoy no podemos oponer más que negociaciones y el deseo de conservar lo más posible un orden arcaico.

Los americanos lo que miden plenamente, hasta el punto de estar obsesionados, es el peligro del comunismo ruso en el plano de la política mundial y también el peligro de las infiltraciones comunistas en los países libres. La idea de que el comunismo en sí mismo sea un sistema social avanzado es una idea completamente extraña a la inmensa mayoría de los americanos, incluidos en éstos el obrero de la fábrica, el conductor del taxi y el mozo del ascensor. Esto produce reacciones que interpretamos mal. Un americano está sinceramente persuadido de que no se puede ser comunista en un país como el suyo, por razones auténticas, lo que le lleva a creer que el que lo sea lo es por razones inconfesables. Esto explica que trate cualquier asunto de infiltración comunista en su país como un caso de espionaje. Una nación, por moderna y respetuosa de la libertad que sea, no ha considerado jamás que el espionaje o la traición formen parte de los derechos del hombre y del ciudadano.

Para los ojos de un ciudadano norteamericano, su sociedad es un mecanismo, o más bien un organismo, mucho más avanzado, más perfecto que la sociedad rusa, recientemente salido de una semibarbarie medieval que los Estados Unidos, ni aun en su origen, han conocido jamás. Ya el so-

cialismo europeo en su conjunto le parece algo primario en el que hay poca libertad de espíritu. El marxismo para ellos se presenta como muy limitado en lo que se refiere a reflexión crítica y científica sobre los aspectos nuevos de la economía. Marx, que era por naturaleza un hombre sistemático, un metafísico fallido, tuvo la idea, hace más de un siglo, de llamar capitalismo al estado en que se encontraba la economía de su tiempo, y decretó de una vez para siempre, en parte por razones de simetría metafísica, que el citado sistema estaba condenado a desaparecer y a ceder el lugar a una nueva entidad.

A estos aspectos primarios, el comunismo ruso ha agregado elementos de fanatismo, dureza pedantesca e inhumanidad, que han acabado por desacreditarle por completo en los Estados Unidos. El comunismo ruso aparece aquí como una máquina anticuada en donde sobreviven concepciones anacrónicas. La mejor manera, según ellos, para juzgar a Marx es comparar lo que ha ocurrido realmente sobre lo que él había predicho. Y lo cierto es que se ha engañado en todos los puntos esenciales.

Profetizó que, bajo los efectos del desarrollo industrial, la concentración rápidamente creciente de la propiedad capitalista en un pequeño número de manos; concentración que llevaría a la brusca transferencia por una crisis revolucionaria de esta propiedad capitalista al Estado. Lejos de haber ocurrido así, ni Inglaterra, ni los Estados Unidos, ni Francia, ni Alemania han conocido el paroxismo agobiante de concentración capitalista seguido de un cambio casi automático, tal como había sido marcado.

Por otra parte, los dos grandes países que han realizado una revolución de tipo marxista figuraban entre los más retrasados industrialmente. Rusia no estaba más que débilmente industrializada, y China no había comenzado a hacerlo. A pesar de ser dos victorias prácticas del marxismo-religión han sido para el marxismo teoría-científica dos contradicciones deslumbrantes.

#### LA «MASS PRODUCTION», POTENCIA REVOLUCIONARIA

Hay un término que ocupa un puesto muy importante en el vocabulario de la economía norteamericana: es el de *Corporation*. Esta palabra, en sentido americano, es en principio lo que designan las abreviaturas *inc.* o *corp.* que podéis haber visto colocadas junto a tantas firmas. Pero cuando los teóricos de la economía os hablan de las corporaciones y de la extraordinaria importancia que han adquirido en los mecanismos sociales se piensa en las corporaciones por excelencia es decir, en las gigantes, representadas por Sociedades como la General Motors o la General Electric.

Al hablar de ellas conviene hacer constar ciertos hechos. El primero de ellos es que en el momento actual el 45 por 100 de la producción total de los Estados Unidos se encuentra asegurado por estas Corporaciones gigantes, cuyo número es tan reducido que se pueden contar casi con los dedos. No hay que olvidar que un 45 por 100 de la producción total de los Estados Unidos forma la cuarta parte de la producción mundial. ¿Cómo no sorprenderse ante estas cifras? Marx anunciaba hace un siglo que el tenía ante los ojos, caminaba inevitablemente hacia una catástrofe. Un siglo más tarde la supuesta concentración se ha desarrollado mucho más allá de todo lo previsto, pero el cataclismo no ha tenido lugar.

Otro segundo hecho se puede destacar: las grandes ciudades de los Estados Unidos no son precisamente recorridas por inmensas manifestaciones populares que lleven pancartas donde se grite: «¡Abajo las grandes corporaciones!» El tercer hecho se refiere a los resultados obtenidos. Me refiero a lo que se llama aquí la *mass production*, obra de las grandes corporaciones y de ellas sola, que ha modificado por completo la vida material, y principalmente las de las gentes más modestas. El precio de objeto fabricado no ha cesado de corresponder a una parte cada vez más pequeña del salario diario. El nivel de vida de un trabajador norteamericano actual representa quizá, en lo que se refiere a satisfacción de necesidades esenciales, comodidades, gastos superfluos, diez o doce veces lo que representaba el de un obrero inglés en tiempo de Marx. Este, al igual que Engels, estaba persuadido de que la famosa

ley del Bronce era una verdad científica y no una cruel invención del espíritu doctrinario, por lo que esperaban ver al proletariado cada vez más oprimido en los límites de la depauperación y el hambre.

Las ideas del europeo ante todo esto se bruscan un poco. Tiene ante él a representantes del pensamiento americano preocupados al mismo tiempo del progreso social y hostiles a que el interés privado prime sobre el interés colectivo. Por otra parte no puede por menos de pensar en los trusts. ¿No han simbolizado éstos al capitalismo en lo que tiene de más odioso? Los trusts, se os responde, han sido una formación patológica, una monstruosidad que trataba, como el cáncer, de escapar al control del organismo. La lucha contra los trusts ha sido necesaria y saludable. Una revolución que se limita a modificar el reparto de bienes en el interior de una sociedad afectada por el escándalo de desigualdades irritantes, moralmente no hace nada.

La *mass production* ha aumentado en proporciones inauditas la suma de bienes a repartir. Mas que por naturaleza, por vocación, trabaja en el sentido de la igualdad. Desde el momento en que un objeto se fabrica millones de veces no se puede hacer ya para privilegiados, y su intención especial no es la de contribuir a mantener un nivel de vida clasista. Es lo que hoy podemos comprobar entre los americanos diariamente. Las diferencias de vida entre un ricacho y un trabajador de 1850 ó de 1875 eran enormes. Luego han disminuído sorprendentemente. Hoy nadie, ni aun entre los que ganan más dinero, se divierte con poseer diez autos, veinte refrigeradoras, treinta máquinas de lavar, etc., etc. Tanto es así que ni siquiera se desea, pues las leyes fiscales convertirían en incomodidades los goces que aparentemente podrían originar.

#### SOCIALISMO SIN NOMBRE O REVOLUCION CAPITALISTA

El espíritu de los trusts, os explican los teóricos de la nueva economía americana, era indudablemente un espíritu de lucro y de propiedad. La legislación *antitrusts*, que se ha realizado en diversas etapas, ha tenido por objeto el que el suprimir la competencia y conseguir ciertos monopolios constituya un delito sometido a duras sanciones. Las leyes *antitrusts* han respondido a una exigencia de la opinión, digamos más todavía, a las exigencias de la conciencia moral en la opinión.

Esta reacción de la ley y de la conciencia pública ha tenido un efecto externo, haciendo la vida imposible a los trusts, pero también, y esto es lo más curioso, un efecto interno sobre el espíritu del que procedían los trusts y condicionaban su desarrollo. Los hombres que tenían la capacidad de la organización, del mando y de la previsión que reclaman los grandes negocios, se han puesto a concebir su actividad de una manera nueva que se les ha parecido muy pronto tan interesante y excitante como la antigua. Los grandes dirigentes de las empresas han hecho, en una palabra, que la institución se sobreponga a la propiedad.

Los dirigentes de nuestras grandes corporaciones, os siguen explicando los americanos, tienen cada vez más una psicología de función y de servicio. El elemento de *propiedad*, aunque exista, está en un lugar secundario. Una corporación puede tener más de un millón de accionistas, y éstos son los propietarios. Ahora bien, ni la dirigen ni la inspiran. Los dirigentes trabajan del mejor modo sin consultar al millón de accionistas, que no será quien le sugerirá los medios.

Al igual que en Europa, las nacionalizaciones de los servicios públicos han respondido a una tendencia socialista, se puede decir que en la transformación económica americana hay también mucho de socialismo. La «naturaleza social» es una cosa muy complicada. Las corporaciones, que tienen frente a ellas al Estado dispuesto a refrenar sus abusos o a corregir sus tendencias peligrosas, permanecen, sin embargo, independientes de este Estado, conservando su orgullo y su espíritu de competencia y dando pie a una fórmula de equilibrio vital más sutil y más eficaz que los estatismos europeos, que son demasiado simplistas.

No se puede oír, os agregan los americanos, que nuestras corporaciones, lejos de cargar pesadamente sobre el presupuesto del Estado, como ocurre en el caso de vuestros servicios públicos, le proporcionan grandes ingresos a tra-

vés de los impuestos que pesan sobre ellas.

Cuando pronuncio ante mis interlocutores la palabra socialismo, este vocablo no suena bien aquí porque evoca ciertos aspectos vanamente dogmáticos o prácticamente ineficaces del pensamiento político europeo. Ahora bien, si se entiende por socialismo no una familia de doctrinas estrictamente delimitadas, sino todo esfuerzo por dar a la sociedad una noción racional y positiva y por proporcionar a su funcionamiento espontáneo mejoras calculadas y un sistema estudiado de regulaciones, hay en toda esta teoría de la *mass production* y del control que se ejerce sobre ella una especie de socialismo. La colectividad, el individuo, el Estado, la iniciativa privada, la ley, la conciencia pública, la sabiduría superior, tienen aquí su lugar, que parece dictado no por preferencias dogmáticas, sino por la observación de hechos y el presentamiento de tendencias incluidas en la realidad. Os dejo el cuidado de elegir para este socialismo a la vez realista, orgánico y fisiológico el nombre que conviene mejor.

Este socialismo no tiene ya en el bolsillo la solución de los problemas que habíamos planteado, pero dirige sobre ellos a distancia un haz de luz bastante perceptible y cuya coloración es más bien optimista. ¿Qué hay que pensar de la revolución «capitalista», no desencadenada artificialmente para salvar al capitalismo, como se hizo en la Europa de ayer, sino nacida espontáneamente en el seno del régimen capitalista? Su teoría hay muchos americanos que vacilarían en aceptarla tal como se presenta hoy, sobre todo en lo que respecta a los desarrollos futuros. Pero creo que muy pocos estarían en franca contradicción en sus puntos fundamentales. Quiero decir que muy pocos desaprobaban la *mass production* y que menos todavía estimarían deseable que pasase en su conjunto en manos del Estado. Las diferencias estarían sobre la función de regulación, incluso sobre la política económica correspondiente al Estado y sobre la extensión que se le puede conceder a esta función sin que la iniciativa privada se vea menoscabada y el rendimiento de la máquina social debilitado.

#### UNA META DESCONOCIDA

No perdamos de vista que en este país los adversarios del capitalismo-propiedad, es decir, de la acumulación de enormes fortunas en pocas manos, han recibido satisfacciones y apaciguamientos que les han sido procurados tanto por la ley como por la costumbre. Y nada impide a sus ojos que se pueda ir mucho más lejos el día en que la necesidad, la necesidad moral, lo requiera. El fisco afecta a los grandes ingresos mucho más que en Francia. La herencia obedece a otras costumbres. No es nada excepcional aquí, incluso es normal, que un gran ricacho no deje a sus hijos más que una décima parte de su posesión e incluso estipule que no deberán contentarse de grazar esta parte en la ociosidad. Nueve décimas partes las otorga a obras diversas de beneficencia, investigaciones científicas, arte, educación, etcétera. Todo esto ha contribuido a crear un clima social que debemos tener muy en cuenta si queremos comprender por qué la palabra capitalismo no tiene aquí las virtudes de espantajo que entre nosotros. Sin olvidar esto debemos recordar también el sentimiento que se experimenta aquí con relación al comunismo. No es ése la doctrina avanzada, ni mucho menos, y el comunismo tiene aquí que batirse a la defensiva, contra una concepción social más avanzada, más compleja, más de acuerdo con la experiencia reciente y con un rendimiento, desde luego, mucho más elevado, a pesar de que los sacrificios que se piden al individuo sean infinitamente menores.

Los americanos son pasajeros de este planeta al igual que nosotros. Corren los mismos peligros. Se dan perfecta cuenta de esto y me parecen muy alejados de la confianza presuntuosa que se les atribuye frecuentemente. Creo que el enorme poder de América tiene, sin embargo, pocas probabilidades de ser mal empleado. Mientras que el pensamiento norteamericano se abra, como lo ha hecho siempre, a la idea de que la ciencia y la técnica de la materia son incompetentes en lo que respecta a las elecciones supremas de la vida, a los fines de la humanidad, no hay peligro, y ciertamente los consejos de la sabiduría, de una sabiduría cuyos títulos son eternos, han sido escuchados en los Estados Unidos con más respeto que en cualquier otra época o tiempo.

VIDA Y MUERTE  
DE UN EDUCADOR

# LA EXTRAORDINARIA BIOGRAFIA DEL PADRE POVEDA

FUNDADOR DE LA  
INSTITUCION TERESIANA



**N**ACIO en Linares. Fué el 3 de diciembre de 1874. Sus nombres: Pedro, José, Luis, Francisco Javier. Personalidad tan formidable iba marcada ya desde el principio con la mención múltiple. Sus apellidos eran Poveda Castroverde. Su bautizo ocurrió en la parroquia de Santa María. Don José Poveda Montes y doña María Castroverde, sus padres, en el fondo de la domesticidad hogareña, impusieron en el nuevo ser, desde los instantes iniciales, los enérgicos principios sobre los cuales habría de girar más tarde una biografía extraordinaria. La adolescencia, así la resumió él mismo: «Pasé los primeros años viviendo en casa de mis tíos, los señores de Moreno, y mi ocupación predilecta era hacer altares, decir misa, sermones... Su juventud es una sugerencia de su madurez, como siempre, pero en este caso cuajada de algo superior y auténtico. «... Y sentí predilección por el orden en todas las cosas.» Un sentido claro de la jerarquía y el orden, una inclinación vigorosa a colocarlo todo en su sitio, sólo es capaz de producirlo un espíritu egregio, una radical vocación ascética.

Octubre 1889. Pedro Poveda ingresa en el seminario de Jaén. Comienza su fervor mariano. Ara su alma a fuerza de virtud. Es humilde. Un muchacho limpio, de suaves maneras, complaciente. Tal era cuando llegó a Guadix en el mes de septiembre de 1894. Año de gracia. Buen año para la cosecha de Cristo que grana y se difunde. Y, al fin, otro Cristo. Su primera misa la celebró el 21 de abril de 1897, en la capilla del Palacio Episcopal.

**«QUE A DON PEDRO  
POVEDA LE PONGA  
BUENO»**

Seguir, latido a latido, en una minuciosa auscultación, la vena hinchada de su discurrir biográfico inundaría la narración, sho-

gándonos a todos. Sería inútil intentarlo y se impone marchar a grandes zancadas y preferir para nuestro personal laboreo, como la abeja, la flor al jardín. Obligando a nuestra perspectiva a descender hasta la flor cercana, a un concreto perfume, deduciremos sin demasiado esfuerzo, aun sin poseer un olfato sagaz, la vida entera de un hombre memorable muerto en olor de santidad.

Nació apóstol. Su vocación era irremediable. Guadix fué su primera presa. ¡Cómo amó a Guadix! Ochenta sermones predicó en una cuaresma. Fué el «misionero joven». Su figura iba hacia los miserables escenarios de las afueras. Hacia las cuevas abiertas en la tierra—una tierra arcillosa e irregular—, que su palabra convertía en los huertos de Engadí. Amó a los niños. Y los niños, aquellos gitanicos de Guadix, rogaron por la salud de don Pedro en una ocasión con la más sincera oración de sus almas. Con una copla.

*A la Virgen de Gracia  
le pediremos  
que a don Pedro Poveda  
le ponga, bueno...*

Y se puso bueno, y por Guadix anda la copla como una ave-cilla.

Y en Guadix hubo sed. Acudían todos a la catequesis, en bandadas, y entonces don Pedro

organizó una misión formidable que duró desde el primer día de cuaresma hasta el domingo de Pascua de Resurrección. Cuarenta conferencias; a hora por conferencia. No quería pasarse ni un minuto. «... Y para esto mi señor padre, a quien quería extraordinariamente, se encargaba de estar al cuidado, con reloj en mano, y cuando llegaba el tiempo encendía una cerilla, señal convenida para que terminase.» Hubo canciones a millares. Y ya no eran sólo los niños.

¿Qué fué aquella tierra para don Pedro? «Jamás pensé salir de Guadix. Soñé siempre en que se me enterrara bajo el altar de las cuevas.» No fué así.

**CON LA SANTINA, EN  
LA MONTAÑA DE CO-  
VADONGA**

«En consecuencia, y concurriendo en el expresado don Pedro Poveda Castroverde todas las circunstancias y cualidades que se requiere... le hicimos... canónica institución en el día de hoy de la canonjía de nuestra iglesia colegial de Nuestra Señora de Covadonga.» Allí estuvo desde el 13 de octubre de 1906 hasta el 14 de julio de 1913. Allí, sobre el risco nacional más egregio, allí mismo. Escribió: «En provecho del alma». «La voz del Amador», «Plan de vida» y «Visita a la Santina». Sus horas de cumplida meditación fueron muchas. Bajaba y



El barrio de las cuevas en Guadix, la primera presa del padre Poveda

subía por aquellos senderos bordeando quebradas. La dramática soledad de aquellos paisajes serenos. La magnitud de los espacios abiertos. Todo ayudaba a hundirse en sabrosas meditaciones. Y arriba, la Virgen. «Pequeñina y galana.» «Ni aunque bajara del cielo el pintor que la pintara.»

Don Pedro en Covadonga. Pienso. Su extremado rigor mental ensaya proyectos. Busca los problemas en su hontanar. Fluye con ellos y atraviesa toda la periferia de su desarrollo. La historia de los últimos años españoles. Nuestra cultura. Desviaciones generales Reformas de la enseñanza, la auténtica enseñanza cristiana, los niños, sobre todo...

«A la Institución Libre de Enseñanza oponía don Pedro Poveda la Católica de Enseñanza, en un proyecto perfectamente estudiado, con su organización completa, que dió a conocer en su opúsculo titulado "Ensayo de proyectos pedagógicos para la fundación de una Institución Católica de Enseñanza".»

No puede ser narrada en unas cuantas líneas. La batalla que entabló contra las diabólicas sugerencias de la masonería, contra la solapada disgregación social y patriótica, contra el ateísmo operante, contra los pacientes y los frenéticos, dibujan de una vez para siempre la silueta de aquel hombre. Observad. No se trata ahora de suaves diálogos espirituales. Don Pedro hiende el problema hasta su centro; arranca, voltea, revuelve y, obseso de la jerarquía, grita que se la respete. No es, dicho sea a su honra, un sentimental. Sus argumentos son irrefutables. Sabe que si fallara por un segundo el orden natural sobrevendría de inmediato la catástrofe cósmica. ¿Qué ocurriría si Dios fuese pospuesto? Sin duda, los resultados habrían de ser pavorosos.

Sus meditaciones sobre la pedagogía, sus proyectos, representaron una esperanza para los católicos españoles. Trabajó para fundar en Sevilla la Institución

Católica de Enseñanza. Así lo hizo. Pero no pudiendo sostenerla personalmente—quiere decir con la energía de su fuerte individualidad—por serle necesario residir en Covadonga, la Institución languideció, para acabar diluyéndose por completo.

#### LAS ACADEMIAS TERESIANAS

Simultáneamente, al tiempo que en Sevilla procuraba estremecer a las gentes, inyectarlas acción, trabajaba también por erigir una academia de maestros en Gijón y otra de maestras en Oviedo. Sus esperanzas van, una a una, fructificando. Su pensamiento sigue las torvas intenciones de la Institución Libre de Enseñanza. El espectáculo es fantástico. ¿Quién es este hombre que se enfrenta al coro pseudofilosófico? Un cura. Nada más. Pero nada menos.

«Nuestro triunfo estaría asegurado si en las Inspecciones en las Normales y en las Escuelas Nacionales pudieran actuar las religiosas, porque, además de ser educadoras más competentes, se encontrarían capacitadas, por su posición oficial, para contrarrestar con igual eficacia los proyectos de los sectarios... En suma: ha de constituir una institución católica, cuyos miembros, sin hábito religioso, sin vida de comunidad ni votos públicos, realicen la labor de los religiosos, si éstos pudieran ocupar puestos oficiales en la enseñanza...»

He ahí el origen. Estratega nato, como todo apóstol, a la grosera argucia de los... de los «sectarios», dice don Pedro, replica con un sutil argumento. Al establecerse la coeducación en los centros oficiales de Segunda Enseñanza, funda un Instituto Católico Femenino. En 1932, nueva fundación. Anteriormente, en el 31, y después, en el 34, la institución teresiana funda en Madrid dos residencias para estudiantes, cuyos nombres fueron Residencia Católica Universitaria y Hogar de Universitarias Cató-

licas. Crece la obra. Don Pedro hiere los espíritus con su gesto y los eriza. Vibran. Los apóstoles, entendiéndose bien, no son cuetros. No es la destreza condición irremisible. Son apóstoles. Su fuerza es oceánica. Avanzan, como la ola, que no es, exactamente, diestra. Que es ola... No contaba con ello la Institución Libre. Su odio hacia el entrañable cura no fué sino una desconso-ladora prueba, una más, de que no es tan fácil entender el océano.

La casa central se abre en Madrid. Viene a coincidir este acontecimiento con otro no menos conveniente a sus proyectos. En 1921 fué nombrado capellán de la Real Capilla, con residencia en la Corte. Feliz coincidencia. No es, claro, casualidad. Quien así piensa es que no acaba de entenderla. A los apóstoles tampoco les ocurren casualidades. Sólo con una perspectiva de cuartillas muy superior a las que forzosamente nos hemos de reducir, podríamos explicar de qué modo la casualidad es algo sustancialmente repugnante al esquema apostólico. Bien. Sigamos adelante. Un año después de su nombramiento va con su madre—¡qué montaña de sugerencias en nuestra pluma ante la súbita aparición de la madre!—, va con ella, decimos, a un piso de la plaza de Oriente. Luego, a la calle del Sacramento. Al fin se establece en la calle de la Alameda, en una casita pegada a la Institución. A la suya a su Institución.

Y las casas de la fundación van abriéndose como las flores de un jardín singular. Málaga al año siguiente de la de Madrid; León, Barcelona, Teruel, Avila, Burgos, San Sebastián, Córdoba, Alicante, Sevilla, Santander, Valencia...

Y, al fin, la aprobación de Roma. He aquí por qué merece la alegría recoger un fragmento del breve de Pío XI del 11 de enero de 1924:

«Entre las piadosas asociaciones femeninas que se dedican con mucho fruto a las obras de piedad y caridad, y que se proponen como objetivo en la sociedad civil la enseñanza, para que sepan las gentes reprobar el mal y escoger el bien, ocupa, sin duda alguna, lugar muy distinguido la que lleva por nombre Institución Teresiana. Gózase esta Institución en tener por Patrona celestial a la Virgen abulense Teresa de Jesús; y... tan abundantes progresos ha hecho...»

#### UNA PROPOSICION: ALEGRÍA

Deseo que ustedes se fijen en esto. No consiste en crear sistemas. Ni siquiera en utilizarlos. Consiste, nada menos, que en poner en pie la osamenta e infundirle vida. Ser nosotros mismos sistema. Esto es, que no nos caiga el sistema como disfraz o armadura, sino trasplantar nuestra personalidad a la nueva fisonomía y reconocernos sin más. Esto fué lo que logró don Pedro. Largo camino, en efecto. Desde las jornadas de Guadix, siempre amada—en el fondo (podría él decir también), en el fondo, Guadix. Desde entonces no conoció tregua. Pero ahí está su obra. Día



El padre Poveda rodeado de gitanillos durante su misión en Guadix

a día va moldeándola, caracterizándola. Su honda vocación educadora plasma en innumerables matices. No se deja llevar por explosiones místicas. Funda la necesidad absoluta de la religión en el centro de la enseñanza con apreciaciones claras y de gran valor práctico. Explica la virtud. Muestra su camino y sus jugosos resultados. Atiende a la formación científica de las teresianas. «Vuestra ciencia abrigará vuestra virtud.» (No obstante, como se ve, es la virtud la que brilla. No en vano, como dijimos, es un obseso de la jerarquía.) Cómo el padre Poveda realiza su obra, cómo plantea la ascensión al alcor virtuoso pulsando en una brillante demostración de sabiduría todos los resortes, sólo es dable saberlo introduciéndose en esas admirables sociedades femeninas de cuya cultura y delicadeza atestigua el cronista.

Indica el fundador que «el des-envolvimiento, la expresión, el desarrollo de todo el ser de nuestras educandas será ordenado, armónico y completo». Y añade: «Si Dios vive en sus corazones.» Propone enérgicamente la alegría. La alegría original, la que surge de las almas en paz. Luego precave: «Es bien sencillo proyectar... Los charlatanes tienen su filosofía... Vuestro lema debe ser: amor al trabajo, sacrificio»...

Es inútil, repetimos, lograr una visión completa. Don Pedro logró algo que no cabe en una sola mirada.

**EL MARTIRIO: «ERES UN MEDIO OBISPO Y MUY PELIGROSO»**

1936. En Madrid había ya cinco casas, además de la central, a bordo de la cual laboraban más de cien teresianas. 1936. El día 17 de julio comenzaron los Ejercicios Espirituales en el Hogar de Universitarias Católicas. A la tarde, el anciano sacerdote fué a saludar a las ejercitantes. 1936. Llegó un aviso. La ciudad aboca rápidamente al desorden, al derribamiento de la jerarquía. Sí, 1936. El sacerdote no salió más a la calle hasta que se lo llevaron los asesinos. Alguien le dijo que se ocultara. Don Pedro respondió: «¿Y dónde voy enfermo y sin poder celebrar la santa misa?» «Mientras haya una sola teresiana en peligro, no debo abandonarla, y si me escondo, la abandono.»

Su hermano don Carlos tuvo que obligarle a vestirse de seglar. Lo que sigue es una triste, espantosa odisea. Cuando sabía que venían por él los milicianos, salió a su encuentro. En el portal ya de la casa dijo a la portera y a dos teresianas: «Adiós, me marcho con estos señores.» Fué de un Tribunal a otro, de una burla de Tribunal a otra burla, según el canon más sublime del martirio. Yendo en el coche, último viaje ya, hacia la muerte preguntó a los milicianos: «Si no me conocéis y nada os he hecho, ¿por qué me detenéis?» Y contestaron: «Eres un pez muy gordo, que haces mucho daño a los nuestros. Eres un medio obispo, y muy peligroso.» Como se ve, la respuesta no es precisamente un modelo de conclusión jurídica. A la mañana siguiente apareció el



Un telar para fabricación en alfombras en uno de los centros de enseñanza de la Institución Teresiana



La Institución Teresiana atiende numerosos centros de enseñanza en toda España, que tienen como principal función la formación de la mujer, comenzando desde el principio

cadáver en el cementerio del Este con tres balazos. Fué hallado a las once y cuarto, 28 de julio. Sus restos se hallan hoy en el cementerio de San Lorenzo de Madrid.

Vida y muerte de don Pedro Poveda. Último ejemplo. Yo sé muy bien que un gitanillo canta también una copla triste. Su copla de duelo.

**LA RAÍZ DE LA RAÍZ**

La Institución Teresiana, derramada generosamente por toda España, define, sin más, a su fundador. La obra fué garantizada con el martirio. Tal vez sea necesario advertir que al pronunciar la palabra «martirio» y otras claramente definidas que hemos pronunciado no le damos otro sentido sino el usual entre los católicos, pues, atentos a la jerarquía, sabemos que solamente la Iglesia puede pronunciarlas. De este modo, don Pedro Poveda, mártir, garantiza una obra excelsa. Los institutos universitarios, así como los de enseñanza profesional y grupos escolares, representan un auténtico modelo en su género. Y una ligera observación nos hace ver de qué modo tan profundo ese espíritu infundido por el sacerdote inun-

da, vivifica las instituciones. No podemos detenernos. Pero es un signo tan radical, un matiz tan delicado e inteligente el que distingue a la sociedad teresiana, que no hallamos pareja adecuada. Jamás institución alguna se dedicó tan minuciosamente a la formación de la mujer. Muy bien sabía el padre Poveda por dónde habría que comenzar la educación de los pueblos. Y obsérvese de nuevo aquí el modo de ir hacia el problema. Va hasta la raíz de la raíz, al origen. La mujer, causa última de la sociedad, principio de las grandes transformaciones «caput Nili», fué su labor preferida. Su biografía, típicamente apostólica desde el seminario hasta las tapias del cementerio, pasando por Guadix y Covadonga, es en verdad, como un saludable látigo que cruza la indiferencia, cuando menos, de cierta España. Claro que el padre Poveda no era indiferente a quienes le mataron.

Es necesario acabar. Bien quisiéramos poseer la vigorosa extensión de Prudencio. Pero creemos, por otro lado, que los mártires se cantan a sí mismos. Y, si aun ellos se callaran, las piedras gritarían.

Carlos Luis ALVAREZ



# PRIMAVERA

## 1956

Inauguramos la temporada primaveral con un extraordinario desfile de novedades

### EL CORTE INGLES DISEÑA Y CREA PARA VD.

Tejidos exclusivos en el más moderno colorido...

Alta Confección para Señoras:

Desde el traje de sport hasta el lujoso vestido de «cocktail»...

Encantadoras creaciones para jovencitas...

Para niñas, preciosos modelos apropiados para cada edad...

Trajes para Caballeros. Perfecta realización en magníficos tejidos...

Para niños y muchachos, un departamento especializado...

Los últimos productos de Perfumería y Cosmética.

Maravillosa Bisutería...

Artículos para el Hogar...

## El Corte Inglés

DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO

# ¿QUEDARA ABOLIDA LA PENA DE MUERTE EN INGLATERRA?

UN MINISTRO ARREPENTIDO Y UN DIPUTADO QUE SE ACUSA PUBLICAMENTE DE HABER QUERIDO COMETER UN ASESINATO

LOS INGLESES TENIAN UN VERDUGO SONRIENTE, PROPIETARIO DE UN BAR

«QUE LA JUSTICIA SIGA SU CURSO»

EN los primeros días de marzo de 1950, Chuter Ede, ministro del Interior en el Gobierno inglés, abría por décima vez el expediente de un condenado a muerte que se llamaba Timothy John Evans. Tenía a su lado una carta de la madre de Timothy. Una carta suplicante y digna, en la que le aseguraba plenamente su confianza en la inocencia de su hijo. El ministro pasaba las hojas mecanografiadas del expediente. Apenas había nada que mirar. Todo parecía sólido y correcto, como las piezas de un rompecabezas perfectamente ajustado y terso.

El ministro del Interior, con el pelo blanco, los labios fuertes y un bigote espeso a la antigua usanza, leía las páginas con un leve movimiento de los labios. Por cinco veces Timothy John

Evans se había confesado culpable de la muerte de su mujer y de su hija. Sólo al final, en un desesperado intento de convencer a los jueces, Timothy proclamó que nada tenía que ver con los asesinatos. Hasta llegó a realizar, en un aparente arrebatado de locura, una formal acusación contra su vecino el respetable mister Christie.

El ministro acaba el «dossier», el Jurado le ha considerado culpable y ello implica, inevitablemente, salvo gracia especial de la Reina (pero por el conducto de su Gobierno), la pena de muerte. El caso Evans se cierra en aquellos momentos. El ministro del Interior, el laborista Chuter Ede, añadía al expediente unas palabras consagradas por el tiempo: «Que la Justicia siga su

curso». La apelación para salvar la vida había sido, pues, rechazada.

El 9 de marzo John Evans, que había recibido ya al capellán, miraba asombrado a un hombrecillo sonriente que le daba un golpe animoso en la espalda: «¡Vamos, que no sufriréis nada!» Ese hombre era el señor Alberto Pierpoint, el verdugo inglés.

Desde la celda, mientras Pierpoint ataba, según fórmulas tradicionales, con unas tiras de cuero las manos de John Evans, podía oír éste el vago sonar de las campanas de la capilla repi-



El caso de Ruth Ellis fue un suceso que movió el sentimentalismo popular de los ingleses. La mujer era guapa



cando insistentemente. Con un leve movimiento Pierrepont colocabá al preso una cogulla negra.

Nada hacía pensar que volviera a recordarse el nombre de Timothy John Evans. Sin embargo ha sido su nombre el que dió un carácter dramático a los debates del jueves 16 de febrero sobre la abolición de la pena de muerte.

La noche del 16 la Cámara de los Comunes tenía el lleno del año. Pleno en los asientos parlamentarios y pleno igualmente en las galerías del público. El viejo león, Winston Churchill, había tenido casi que abrirse camino para llegar al bar. Después se sentó, acodado en la pasarela, inmediatamente detrás de Eden, que tampoco quiso perderse el debate. Por la naturaleza misma de las cosas, Churchill, que ha sido muchas cosas en la Cámara, era también el ministro del Interior más antiguo que se sentaba esa noche, y, como veterano, podía imaginarse muy bien lo áspero que iba a ser la cosa para el actual Home Secretary, Lloyd-George. Sin embargo, sumido en un impenetrable silencio, Churchill miraba fijamente el emocionante escenario de la Cámara. Estaban también otros «ex». En el tercer asiento, debajo justamente de los principales bancos del Labour, Herbert Morrison declaraba públicamente que estaba en favor de la abolición de la pena de muerte desde sus tiempos de ministro del Interior en el Gobierno laborista de 1948.

Los que conocían, sin embargo, la verdadera realidad de la noche miraban a dos hombres: al actual ministro del Interior y a Chuter Ede.

#### PROS Y CONTRAS. LLOYD-GEORGE DIS- CUTE

Cuando el ministro del Interior comenzó a hablar defendiendo la pena de muerte en un largo discurso, pero advirtiendo que se podían hacer enmiendas importantes, el silencio de la Cámara era impresionante. En las galerías públicas corría la voz, como un reguero de pólvora, de que los diputados estaban en libertad de

acción para tomar, sin necesidad de seguir el criterio de los partidos, la actitud que quisieran.

En los asientos laboristas sonaban los primeros «no se oye», «no se oye» de la noche. Lloyd-George, dueño de sí mismo, proclamaba que nada había cambiado para llegar a la abolición total de la pena capital. «Si la pena capital fuera abolida—decía—, ¿cuál será la alternativa? En ciertos casos de homicidio la única alternativa es la prisión perpetua, y en el resto, una vigilancia enorme sobre las personas de los homicidas que volvieran a recobrar la libertad. El Gobierno cree que nada ha cambiado en la definición del homicidio, pero considera que, de acuerdo con la Comisión Real, pueden efectuarse enmiendas importantes.»

Lloyd-George da numerosos ejemplos en los que la ley puede llegar a tomar otros puntos de vista. Primero habla de los pactos de suicidio. Cuando dos personas están de acuerdo para cometer un suicidio y muere una sola, según las leyes inglesas el superviviente es culpable de asesinato. Según el ministro del Interior, la Comisión Real considera ahora que los jueces pueden considerar al superviviente culpable, pero no de asesinato, sino de instigación al suicidio, conmutándose, por tanto, la pena capital por la de prisión perpetua... Lloyd-George habla también de las transformaciones que cabe hacer en los casos de personas anormales. «En este punto hay que estudiar dos cuestiones. En primer lugar, los procedimientos para llegar a una perfecta identificación de la condición de anormal para que no pueda haber duda ante la ley, y, en segundo lugar, no desconocer que muchas personas que son consideradas sanas pueden ser completamente irresponsables. «Es una reliquia cuidadosamente guardada por nuestros legisladores—añade—que el hombre anormal no puede ser colgado. El mayor cuidado debe ser establecido en estas cuestiones, y en este sentido la armonía de las leyes con las enmiendas de la Comisión Real son considerables...» Lloyd-George esta-

ba de acuerdo también en alterar la culpabilidad de asesinato en homicidio casual cuando medie la provocación...

Hay un momento de interrupción. Sir Lynn Ungeod-Thomas pregunta al ministro del Interior si existe la menor posibilidad de que casos como los de Evans, Bentley o Ruth Ellis hubieran variado de haberse producido las enmiendas que autoriza la Comisión Real. Antes de que Lloyd-George pueda responder, sir Lynn dice:

—Tengo la absoluta seguridad de que esos cambios no hubieran afectado para nada a esos casos.

La contestación de Lloyd-George, furibunda y áspera, rompe por primera vez la calma emocionante de la noche:

—Si usted lo sabía, ¿por qué pierde su tiempo preguntándome?

Durante unos momentos, nervioso, prosigue titubeante para recobrar poco después la calma inicial. La defensa de la pena capital se hace por momentos más enérgica: «La primera función de la pena de muerte es dar a la sociedad, de una forma enfática, un aborrecimiento total por el asesinato. Y ello así porque el asesinato es el crimen de los crímenes, y sólo para los asesinos está reservada la pena de muerte.»

Estas palabras de Lloyd-George reflejan bien, por encima de sentimentalismo, la situación. Para evitar la posibilidad de un error judicial, Lloyd-George está dispuesto a realizar toda clase de enmiendas en la ley, pero no a dejar a la sociedad inerte ante la pistola.

#### UNA DECLARACION IMPRESIONANTE: «YO TUVE LA TENTACION DE COMETER UN ASE- SINATO.»

El debate cobra una emoción extraordinaria cuando, en medio de las discusiones de laboristas y conservadores, se levanta el diputado Cunningham para hacer la más extraordinaria confesión que haya oído nunca la Cámara de los Comunes.

Cunningham es diputado «tory» y tiene una voz gruesa y juvenil. Al principio nadie daba mucha importancia a sus palabras: «Yo estoy por el mantenimiento de la pena capital porque creo que los asesinos destruyen la santidad de la vida humana...»

Desde un banco laborista le gritan: «Pero ¿por qué cree usted que debe mantenerse la pena capital?»

El leve diálogo apagó las conversaciones. El diputado Cunningham repite como para sí mismo la pregunta: «¿Por qué creo yo que debe mantenerse la pena capital? Pues muy sencillo. En una ocasión tuve la tentación de cometer un asesinato y sólo el temor de la pena de muerte me contuvo.»

Hay un extraordinario momento de calma y de silencio mientras el diputado Cunningham, como si realizara una confesión pública, prosigue:

—Todavía sigo pensando hoy que si me acometiera nuevamente esa tentación, el miedo a la horca me acobardaría completamente.

Una mujer en las galerías pú-



Mister Chuter Ede, antiguo ministro del Interior, bajo cuyo mandato se cumplió la célebre condena de John Evans, en 1950. A la derecha, el actual ministro del Interior británico, mister Lloyd-George, que ha defendido enérgicamente la posición del Gobierno contra la abolición de la pena de muerte

blicas da un grito de miedo en medio de las risas sonoras y nerviosas de la gente, que se amon-tona para mirar a un solo hombre: mister Cunningham.

A primera vista parecerá que la declaración de Cunningham, basada en el temor, es de poca monta. Pero hay que contar con la naturaleza humana. El temor se centra en un reducido, normalmente, grupo de hombres. Los que viven al margen de la ley no convierten el asesinato en una medida normal. Este es el gran caso. Un robo sin importancia puede convertirse en mortal si no existe la conciencia de un castigo implacable.

**UN EX MINISTRO  
ARREPENTIDO: MIS-  
TER CHUTER EDE**

El debate entra por momentos en la gran cuestión: en el problema de la inocencia de un ajusticiado. La sensibilidad pública cree que al menos en tres ocasiones ha existido últimamente esa probabilidad. Un hombre, Chuter Ede, defiende esa teoría con un caso especial: el de Timothy John Evans.

—Yo, que rehusé conceder la gracia de la vida a Evans, estoy convencido de su inocencia. Ninguna de las cosas que se han dicho esta noche cambia esta posibilidad.

Estas palabras de Chuter Ede las conoce desde hace años la Cámara de los Comunes. Mister Ede fué siempre defensor de la pena de muerte, pero el 10 de febrero de 1955, en el debate que discutía un proyecto de ley proponiendo suspender la pena capital durante un período de cinco años, el ex ministro del Interior se levantó de su asiento para decir estas gravísimas palabras:

—No deseo que a ningún ministro del Interior le pueda ocurrir lo mismo que a mí: firmar la pena de muerte de un inocente.

Ostensiblemente, mister Chuter Ede se dirigió hacia la urna donde se colocaban los votos favorables a la suspensión de la condena. No hay que extrañarse, por tanto, que el mismo hombre llevara la noche del 16 el peso de eterna oposición a la pena capital. Pero ¿cuáles son sus razones?

**MISTER EVANS Y MIS-  
TER CHRISTIE, CON  
EL VERDUGO EN ME-  
DIO**

John Evans vivía en el número 10 de la plaza Rellington. Es un barrio de pequeños burgueses y los vecinos se habían quedado pasmados con lo ocurrido en la casa de Evans. Cuando éste acusó públicamente a Christie, que vivía en uno de los pisos, Jorge Lawrence, el inquilino del último piso, se reía suavemente: «Eso es imposible, señor juez. El señor Christie es todo un señor...»

En cuanto al propio Christie, éste se había limitado a rechazar las acusaciones con un gesto de horror. Con las lágrimas en los ojos, con un beatífico aire de tener que hacer las declaraciones en virtud de un duro deber, acumuló datos que llevaron a John Evans al patíbulo.

Tres años después un negro de Jamaica, sentado cerca de la chi-



El debate del día 16 de febrero en la Cámara de los Comunes movilizó la expectación popular



«La justicia sigue su curso», dice un oficial de la Policía a una de las mujeres que se habían manifestado contra la ejecución de Ruth Ellis. Dos escenas del modo de proceder

menea de su piso bajo del número 10 de la plaza de Rellington, llamaba a voces a su perro «Trix», que parecía dedicado cuidadosamente a misteriosas y extrañas investigaciones en la pared. El negro de Jamaica, un hombre de cuarenta años, eternamente friolero, sin apartarse del fuego sigue llamando insistentemente a «Trix».

Al final, sorprendido, conociendo lo rápidamente que obedece a su voz y oyendo al tiempo sus furiosos gruñidos, se levanta del sillón y va a buscarle. Cuando llega se encuentra con que «Trix», un alto y fuerte perro de raza alemana, había abierto un amplio boquete en la pared...

Su amo descubre, aterrorizado, unos cuerpos humanos sostenidos por alambres. Cuando llega la Policía se extraen nada menos que seis cadáveres de mujeres. Esta vez Scotland Yard actúa como un rayo, y mister Christie es detenido inmediatamente y colgado por el mismo verdugo que ahorcó a John Evans. Es una experiencia que está multiplicada en el tiempo. Mister Pierrepoint le coloca en el lado izquier-

do del cuello una bola, redonda como un huevo: el nudo corredizo. Al cerrarse, el nudo resbala hasta el lado derecho. Es una cuestión, como dice mister Pierrepoint, de técnica sencilla. Un ministro del Interior escribe ese día: «Justicia cumplida.» Pero ¿terminan ahí las cosas?

Toda la opinión pública llega a creer que ha sido Christie y no Evans el responsable de los dos primeros asesinatos y que se ha cometido, por lo tanto, un terrible error judicial. Hay gentes que acuden en peregrinación, morbosamente, a la casa de Evans. El escándalo es de tal magnitud que los vecinos solicitan enmascarar su calle solicitando del alcalde de Londres el cambio de nombre a la plaza. El alcalde accede y una mañana dos hombres cambian las placas. Desde ese momento, Rellington Place se convierte en la Ruston Place. Sin embargo, no se pueden alterar los números; el 10 sigue siendo el que era. ¿Es posible que en una misma casa de tranquilos vecinos puedan reunirse dos asesinos de mujeres?

«¡No!» es la respuesta constan-

te de mister Chuter Ede, que no tiene desde entonces en paz su conciencia. Se entrevista en un piso modesto de Nottingham, donde vive la madre de John Evans, con los familiares de Timothy para intentar entre todos rehabilitar el nombre de Evans. La madre escribe a todo el mundo; llega a hacerlo al Papa solicitando que el capellán de la prisión sea desligado del secreto de confesión... Pide que su hijo sea enterrado en tierra cristiana.

El Gobierno ordena una nueva investigación. El asunto es grave y el juez Henderson concluye volviendo a declarar culpable a John Evans.

El misterio de la plaza Ruston, nunca aclarado definitivamente para el sentimentalismo o la sensibilidad popular, tuvo otro golpe fuerte con la muerte de Ruth Ellis. Era ésta una hermosa mujer rubia que en un arrebato de celos mató a su novio. Las leyes inglesas son inflexibles: el homicidio se paga con la horca.

La explosión sentimental rodeó prácticamente la ciudadela del Gobierno y las altas rejas negras del palacio de Buckingham, pero nada impidió que las cosas terminaran como siempre.

Otro de los hechos que han motivado la fuerte corriente en favor de la abolición es el caso del muchacho colgado por el asesinato de un guardia. Las líneas generales del suceso son las siguientes: un policía sorprendió a dos ladrones y uno de ellos le asesinó. Los dos eran jóvenes; uno, el asesino, no había cumplido los dieciocho años, por lo que fue condenado a prisión; pero el otro, que acababa justamente de pasar la edad de la horca, pagó con su vida el homicidio de su camarada. Se le hizo responsable de él.

#### LOS POLICIAS INGLESES VAN DESARMADOS

Para comprender en cierto modo la dureza de la ley inglesa, hay que partir de la base de que los policías actúan completamente desarmados. Esta característica, que da una ejemplaridad especial a su misión, cobra a los ojos de la Justicia inglesa un valor único, ya que considera que

la única forma efectiva de protegerlos contra los malhechores es la extendida seguridad de que la muerte de uno de ellos implica siempre, pase lo que pase, la horca.

Esta es una cuestión importante en el debate parlamentario. Para el ministro del Interior, mister Lloyd-George, la supresión de la pena de muerte incitaría a las gentes fuera de la ley al empleo de las armas y obligaría a la Policía, necesariamente, a su utilización, ya que en los momentos actuales el asesinato de un guardia es una cosa auténticamente difícil y rara, porque—según él—los criminales van generalmente desarmados, ya que saben lo que se juegan.

#### EL RESULTADO DEL PRIMER DEBATE

La pena de muerte fué abolida la noche del 16 de febrero por 293 votos contra 262. La posibilidad de votar en cierta libertad dió el triunfo a la moción laborista, porque 37 diputados conservadores y cuatro liberales unieron sus votos a los del «Labour». Nadie, en absoluto, se atrevió a dar la orden de comunicar la noticia a los tres condenados a muerte que esperan actualmente en prisiones inglesas la ejecución de la pena. El director de Prisiones ha actuado muy cuerda-mente, porque sólo unos días después del voto el Gobierno inglés, muy dividido a la hora de elaborar el proyecto de ley, quiere volver a exigir el voto a la Cámara de los Comunes. Al parecer, dentro de tres semanas, con el paréntesis de calma de veinte días, los diputados ingleses volverán a enfrentarse con este problema. Mientras tanto parece que sólo tres ministros están de acuerdo con la abolición. Los demás, incluido Gwilyn Lloyd-George, que votara, por curioso contraste, por la eliminación la pena capital en 1948, se muestran violentamente contrarios. No queriendo mister Eden arriesgar la vida de su Gobierno, quiere buscar en un voto decisivo de la propia Cámara la solución al problema. Solución difícil, porque no es ésta la primera vez que se plantea el mismo proyecto de ley

para que sea rechazado posteriormente.

Sin embargo, la opinión pública es mucho más amplia que la que se mueve, sentimentalmente, en torno a los debates. La verdad es que la pena de muerte sigue siendo, según los hombres más prestigiosos de la vida del país, completamente necesaria. Dentro de su crudeza, la abolición da un arma a los asesinos que, necesariamente se utiliza: el saber que no pasará nada grave. Aparecerán las armas.

#### MIENTRAS TANTO, UN VERDUGO PRESENTA LA DIMISION

Mientras tanto, en Preston, en el viejo Lancashire, se sigue abriendo diariamente, como si nada pasara en el mundo, una taberna que tiene por título este, bien interesante, de «La Rosa y la Corona».

El señor Pierrepoint, verdugo de Inglaterra, bienhumorado y alegre, sirve de beber a toda una serie de gentes curiosas y absurdas que vienen, haciendo turismo, para verle. Los hay graciosos. Alguno le saluda, guiñándole el ojo, con estas palabras: «*Más vale que nos veamos aquí que en otro sitio*»

De vez en cuando la gente se encuentra con que el señor Pierrepoint no está. Preguntan a los mozos:

—¿En Londres?

—No; en Gibraltar.

Pero puede estar igualmente en Alemania. La Corona le lleva con gastos pagados a todas las ejecuciones. Cada cabeza le proporciona 15 libras esterlinas. Cuando alguien le pregunta cómo recogió ese oficio, responde:

—*Pero ¡si es el oficio de la familia!*

Y es verdad. Su tío colgó homicidas por espacio de treinta y cinco años, dejándole a él después como heredero. La diferencia entre tío y sobrino es que este último descubrió que podía haber en él un comerciante que se podía aprovechar, aunque ello pueda parecer imposible, de una popularidad fantástica. Los coches se pararon a su puerta:

—¿Qué tal, mister Pierrepoint?

Otros miran a un viejo lema que se balancea sobre la entrada del bar y sienten un repentino sobresalto: «Ayudad a los pobres que se esfuerzan.»

Parece una broma, pero la cara jubilosa de Albert Pierrepoint invita a todo el mundo a entrar. Sobre la puerta campea un número capicúa: el 303. La casa de la suerte.

Ahora, mister Pierrepoint ha presentado la dimisión de su empleo. Ha hablado con Londres sin explicar nada. Hay quienes dicen que este hombrecillo de fácil sonrisa no deja de pensar en Timothy John Evans. Lo cierto es que no guarda recuerdos de su oficio. Sólo en una de las habitaciones del piso alto hay un uniforme: es el que llevaba el comandante del campo de concentración de Belsen cuando fué ahorcado. Y nada más. Dicen que su cerveza es irreprochable y todos los que le conocen hablan de él como de un hombre con el corazón de oro.

Así es de misteriosa la vida de los seres humanos.



Albert Pierrepoint, a la derecha, el verdugo inglés que acaba de dimitir de su cargo.

TEATRO ESPAÑOL

Compañía titular Director: JOSE TAMAYO

# PROCESO de JESUS

“¿Cómo es que en un mundo que se llama cristiano no se ve, o se ve muy empalidecida la presencia de Cristo?...”



# GINES LIEBANA, PEREGRINO DEL ARTE

## UN PINTOR CORDOBES DE AHORA, CON RAIZ DEL SIGLO XIX

### DOS CONTINENTES EN LA TRAYECTORIA DEL ARTISTA

Una interesante exposición de ángeles, en Madrid

LIEBANA, PINTOR DE  
ANGELES

HEMOS ido a ver los ángeles de Liébana. En el centro de los salones de Exposición de la Biblioteca Nacional estaba el pintor rodeado de su corte. El pintor es joven, menudo y expresivo. Los ángeles son estáticos como columnas, simples y clásicos en sus cuatro rasgos esenciales. Y son también ángeles barrocos hechos rojo y oro, que se elevan como llamas.

Ángeles apenas presentidos. Ángeles siempre llenos de gracia. A veces son dulcemente femeninos y se inclinan como doblados de amor. Uno se los imagina sonriendo.

—No. Los ángeles no tienen cara.

Ningún ángel de Liébana la tiene. Los hemos perseguido por los anaranjados papeles, por los papeles negros o simplemente pardos, hasta de estraza de buena

calidad en que el pintor cordobés los ha plasmado en cuatro trazos directos. Y no, no tienen cara. Tienen expresión, sin embargo. Una expresión absolutamente distinta uno de otro.

He aquí el ángel grande y fuerte que podría empuñar una espada de fuego. He aquí otro ángel todo gracia, en la fuerza de una diagonal que se esfuma. Son, creo cientos de ángeles los que figuran en la obra de Gines Liébana. Antes pintados en papel sin preparar. Dibujos hechos en París como en Lisboa, Madrid o Río de Janeiro.

Que por todas partes peregrina Liébana.

EL CUARTITO DE LA PRIMERA REDACCION DE «EL ESPAÑOL»

Antes de su peregrinación por el mundo, antes de sus exposiciones en París, de sus triunfos en Río de Janeiro, antes de casi to-



Gines Liébana, en el estudio del científico Albert Schwaetzer

do, Liébana fué dibujante en EL ESPAÑOL, en EL ESPAÑOL de su primera época.

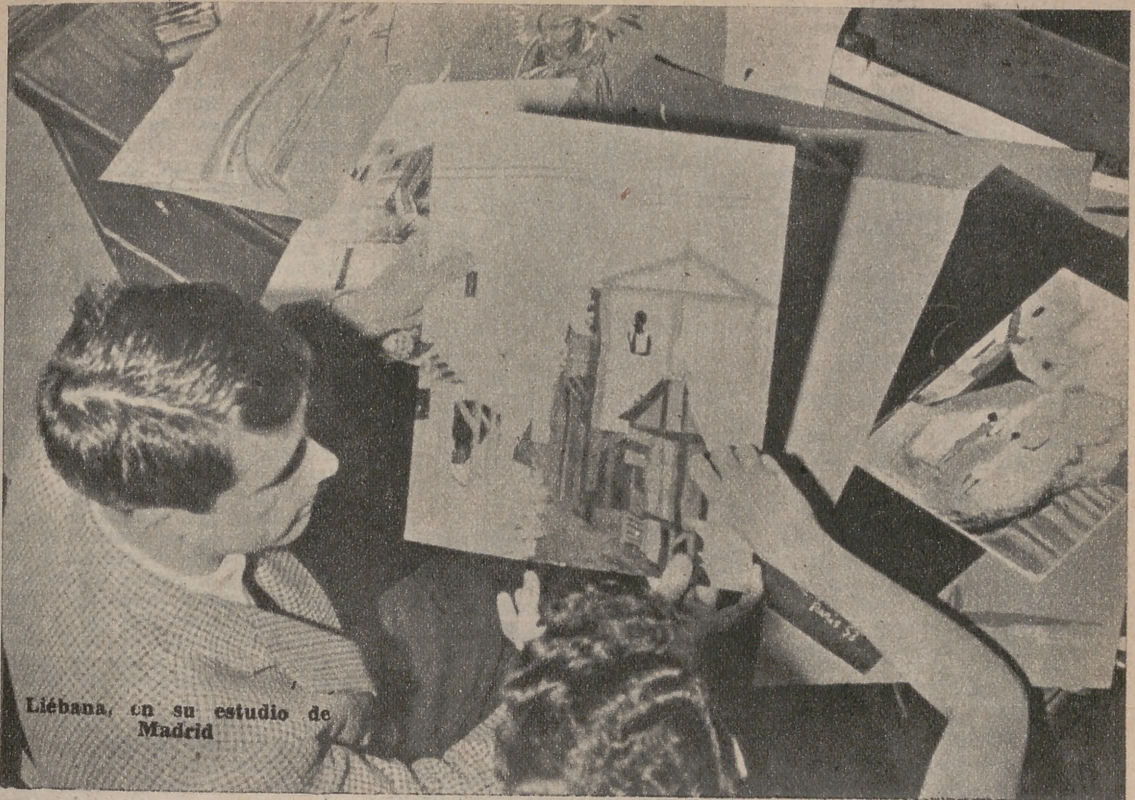
—Había un cuartito... lo recuerdo mucho... un cuartito pequeño, allí en el fondo, detrás del archivo... no sé que habrá en el ahora... Allí era donde dibujábamos y pasábamos el rato.

Allí era donde también se gastaban sus bromas, y donde se pasaba uno los atragantones y las prisas. En el cuartito del fondo, detrás del archivo. Debía de tener un gran sabor. Ahora, añigo, sólo hay impersonales clasificadores metálicos, muchos papeletes y una percha. Nos hemos mudado a otra habitación.

—Allí empezó mi vida artística. Yo no era nadie; venta de Córdoba, donde había hecho alguna Exposición en combinación con más pintores de la localidad.

—¿Con éxito?

Liébana contesta—con modes-



Liébana, en su estudio de Madrid

tía—que tiene la noción de que estaba siempre en el rincón que nadie se fijaba. Lo de verdad importante...

—¿Qué fué?

—Mi entrada en *EL ESPAÑOL* como dibujante, ya le lo digo. Yo tenía entonces diecinueve años. Una verdadera felicidad...

Los ratos mejores se pasaban en el dichoso cuartito. Un cuartito con tan pocos metros cuadrados que yo no sé cómo podían caer allí más de dos.

—Y más de seis también.

—¿Quiénes eran los asiduos?

—Mira, venía Gabriel Escudero a trabajar también con su caja de acuarelas, venía Epifanio Tierno siempre adivinable desde

lejos, Valentín Gutiérrez Durán que todavía no era redactor-jefe, Florentino Soria. ¡Qué tiempos! Yo solía ser el centro de las bromas de todos estos bromistas sempiternos.

—¿Te enfadabas?

—No. ¿Por qué? Eran bromas de camaradería. Y por algo yo era el «benjamín». En algo se tenía que notar...

#### PARIS DESDE ESPAÑA Y ESPAÑA DESDE PARIS

Entonces Liébana pintaba dulces caras sobre las que crecían extraños follajes. Dibujos de simbolismo rebuscado, de técnica insistente, con aire de grabado. Di-

tujaba todo lo que se le pasaba por la imaginación.

—Pero siempre con aquel aire un poco de «caja de bombones». Y es que necesitaba «liberarme», prescindir de prejuicios. Desde España. ¡Ya se sabe: Francia y el espíritu francés me atraían de un modo irreprimible!

—¿Y desde Francia?

—Desde Francia todo fué distinto. Fué allí donde aprendí el paisaje de España, la fuerza única de España. Fué allí donde lo aprendí.

La fuente no era Renóir o De-gas. La fuente no estaba en ellos. Se había quedado aquí en España, en el Museo del Prado, en la fuerza y en la sinceridad de Go-



El pintor en uno de los puentes de Venecia



El dibujante con la señorita Barnach-Calbó, el embajador de España en París, conde de Casas Rojas, y el príncipe de Hohenlohe

ya. Aquí vinieron a beber Renoir y otros como él. ¿Por qué los españoles hemos de correr a recoger ofrendas de segunda mano?

Liébana es sincero e inquieto. y durante toda la conversación teme aparecer poco humilde o enorgulloso.

Por eso matiza sus conclusiones.

—Pero Paris tenía la gracia. Yo sabía que necesitaba salir de España. Hay pintores que no necesitan salir de su país para conocerse. Este no era mi caso. No sabía por qué, pero sabía que tenía necesidad de viajar.

Ahora sabes por qué.

—Verás. En Paris el hechizo del impresionismo madura para deshacerse.

—¿Qué es lo que más agradeces a Paris?

—Que me haya dicho siempre por qué no le gustaban mis cosas.

—¿No ha influido en tu evolución la Escuela de Paris?

—No, no. No creo personalmente en esa Escuela. Allí están los pintores del mundo. ¿No es eso? Pero esos pintores del mundo fueron allí a liberarse más que a aprender. De Paris aprendieron el buen gusto, pero el oficio lo llevaban ellos aprendido. Fueron allí a vivir, a ser ellos mismos, sin trabas...

### LA ESCUELA DE PARIS ES PARIS ENTERO

Este es el secreto de Paris. Y Liébana como tantos otros, supo en seguida que él estaba allí primeramente para vivir. Supo el



Uno de los ángeles que Gines Liébana expone actualmente en la Biblioteca Nacional de Madrid

sentido de «lo francés», siempre más superficial, más elegante, si se quiere, pero más ligero de todos modos que lo español.

—Yo creo que la Escuela de Paris son todos los habitantes de Paris que con su sentido crítico

y su equilibrio consiguen que el pintor sepa lo que quiere. Dan menos valor al oficio que al contenido.

—¿Y la juventud?

—Es una juventud crítica y dolorida que ha pasado por una guerra que en muchas ocasiones vive mal, muy mal. A un estudiante francés no le importa ir mal vestido. Le da igual, exactamente igual... Por eso su pintura es así. Nosotros desde aquí no la podemos concebir igual.

—¿Porque no son nunca definitivos. Y esto es lo mejor. Estar siempre cambiando.

—Antes de quemar tus esquemas en Paris, ¿servían para algo más?

—Sí. Servían para que las personas presentes hiciesen la crítica—sincera—del boceto. Con ayuda de estas críticas fui eliminando las rayas que daban a mis dibujos aire de grabado.

### PINTOR DE TODAS LAS TECNICAS

El pintor se mueve libremente entre sus cuadros. Mientras allá en la Biblioteca Nacional hacen guardia cientos de sus ángeles, él inicia en su estudio una pequeña exhibición privada: dibujos que son casi caricaturas, bocetos sobre temas de la Pasión.

—Quiero hacer un Viacrucis. Es una de mis mayores ilusiones llegar a hacer un Viacrucis.

Tras de sus dibujos vienen sus cuadros, que nosotros físgamos de rincón en rincón. Este es el mismo estudio en el que sus amigos, cordobeses y madrileños, nacionales o internacionales, vienen a hacer compañía al pintor.

Y Gines entonces cuenta esas

## ¿LE GUSTARIA SABER DISECAR?



Puede usted aprender fácilmente en sus horas libres.

El Instituto Jungla le enseñará por correspondencia a disecar aves, mamíferos, reptiles, peces y toda clase de animales.

Podrá conservar sus trofeos, adornar

su casa y ganar dinero disecando para otros.

Pida hoy mismo folleto utilizando el siguiente cupón:

**INSTITUTO JUNGLA,**  
Sección MN. Goya, 118 - Apartado 9.138. MADRID

Deseo me envíen gratis su folleto informativo.

Nombre .....

Calle .....

Población .....

Centro autorizado por el Ministerio de Educación Nacional número 27

historias divertidas de sus viajes. Anécdotas en las que salen a relucir negritos brasileños de los que sólo él sabe reproducir el acento. Anécdotas de París con la chispa graciosa de sus dibujos al fondo, en los que una señora gorda de esas en lag que no se sabe dónde empieza el pelo, acaba el sombrero o comienza el «foulard» se hace prototipo.

Tras el fisgoneo la pregunta:

—¿Técnica?

—Todas las que he podido ensayar: desde la pluma de ave hasta la filitrosa. Lo mismo dibujaba utilizando una lupa, que hacía dibujo nervioso en los «ballets» del marqués de Cuevas. Y, sobre todo, trabajaba mucho el natural.

Retratos, retratos, retratos. Las viejas familias de Francia se hacen retratar por Liébana o conservan sus cuadros en sus salones.

#### RETRATISTA DE LA ARISTOCRACIA FRANCESA

El éxito de los retratos de Liébana fué indudable desde el principio. El parecido físico existía íntimamente unido al parecido espiritual. Liébana captaba el alma de las personas que retrataba.

—Cuando tengo delante al modelo me olvido de mí mismo. No pienso sólo que tengo que pintar y supedito siempre la técnica al modelo. Cada uno me sugiere algo distinto. El caso es captar el parecido.

Acuarela y óleo, barnices para oscurecer, otra vez acuarela, o bien otros hechos rápidamente, a grandes brochazos, donde deja el lienzo sin pintura. Otros dibujos a lápiz sanguina o simple a lápiz carbón.

—Atento, sentado en el borde de mi silla, he trabajado desesperadamente por retener un parecido que se escapaba...

Y mientras dibujaba ángeles, violines, animales, figuras, calles, paisajes. Porque tan absolutamente distintos de como son los ángeles de Liébana, los retratos de Liébana, son sus paisajes y sus cabezas. Es como pasar de la paz de un Canaletto a la fuerza casi arquitectónica de las cabezas de Miguel Angel.

Y en esto precisamente está lo admirable del artista: su eterna búsqueda de nuevos caminos, sin ir jamás a lo que no sea sincero, tratando de ser un trabajador sobre todo. Si sus obras no resultan en ocasiones demasiado claras a todos es por este afán de renovación y de encontrarse a sí mismos. Y sale del impresionismo, deja de mezclar colores con la espátula para volver de lleno al color plano. Hay algunos ángulos, algunas gamas de colores de las últimas obras de Liébana que tienen un indudable sabor primitivo.

#### BRASIL, ESCULTURAS «MEDIEVALES» HECHAS CON FRUTOS Y SEMILLAS

Charlamos de paisajes conocidos, de ciudades que nos son comunes. Y del gesto de cada ciudad y de su postura ante cada hora del día, Venecia —¿recuerdas?...— y Lisboa también. En París —¿no es cierto?— aquel pequeño recodo, aquella «boulangerie», aquel brochazo inesperado

de hiedra surgiendo en cualquier parte, a la vuelta de una esquina...

—Brasil ha sido el último país en el que he estado. Viajo sin saber muy a ciencia cierta por qué, un poco por la necesidad de moverme. Cada país puede darme algo, algo diferente de lo anterior, que siempre me ha de servir.

Y sigue:

—Brasil ha sido una gran experiencia. En un sentido pictórico creo al Brasil de lo más interesante que vi. Aquellos tristes negros enfermos y escuálidos de los muelles de Río de Janeiro, aquellos tipejos harapientos de los suburbios, son estos mismos negros de los bocetos.

Dibujados en hojas de cuaderno van desfilando cuadros extraños de una vida lejana y distinta. Negros acurrucados en las aceras con el vientre absurdamente hinchado para sus flacas piernas. Negros contrahechos, con un jersey a rayas todo flecos, apoyados indolentemente contra cualquier pared con algo de sombra. Y luego, aquellos mulatos, tan americanizados, con su correcto vestido comprado directamente en unos grandes almacenes.

—Estos otros tipos de esta colección están también tomados directamente del natural. Son los negros que ayudaron a cargar cacao en el barco en Bahía.

Aquí están según los vió Liébana, tumbados indolentemente por el suelo.

—¿Trabajando?

—Sí. Claro que tardamos veinticuatro horas en seguir adelante.

Todo es siempre motivo de atención por parte del pintor. Cualquier cosa puede servirle. Con más razón habían de servirle aquellos motivos tropicales, los pobres barrios de negros, las mujeres con sus pequeños, sentadas a la entrada de las casas; el juego de los colorines de las casuchas y los muchachos medio desnudos jugando en la luz fuerte de la playa.

—Es en estos motivos, en los barrios de negros, donde empiezo a ensayar el color plano. Es como una disciplina. Huyo adrede de lo ya hecho. Lo que yo he hecho no me gusta. No me interesa.

—Brasil aún me ha dado más. Allí empecé a hacer una especie

de escultura curiosísima. Es una mezcla de los recuerdos de la imaginación y sugerencias de las plantas y semillas de la vegetación brasileña.

Así, alejado del ambiente europeo en un continente sin monumentos medievales, pensando en Reims, en Colmar, Leon o Strasburgo, crea virgenes, monjas, Cristos, diablos e inquisidores, envueltos en paño tratados con gomas especiales y hechos de hojas, frutos o espinas gigantescas.

El éxito fué tan grande, que Liébana vendió todas las esculturas expuestas a precios también «gigantescos», como decía la Prensa del país.

#### UN TRABAJADOR EN EL SENTIDO DE OBRERO

Un cigarillo más. Los cigarillos son a las entrevistas, lo que las etapas a las carreras de bicicletas. Las manos de Liébana protegen un mechero que se empuña en apagarlos.

—¿Pintura moderna? ¿Mi opinión de la pintura moderna? Creo que la pintura así llamada ha venido a enriquecer la pintura, pero no a limitarla. Su nacimiento fué un avance valiente. Y una valentía justificada por el cansancio de los románticos del siglo XIX, en donde no quedaba ningún sitio para la imaginación del espectador.

—¿Modernismo entonces a toda costa?

—Yo no sé. Tú sabes, yo personalmente tengo mis ideas tal vez estúpidas, pero creo que la pintura moderna viene a enriquecer la pintura pero no a limitarla. Un pintor que haga sólo pintura moderna es tan limitado como otro que haga solamente pintura antigua. Lo interesante es pintar antiguo o moderno, pero que sea bueno. ¿no te parece?

La peregrinación del caso y el cigarro.

—¿Pintura abstracta tan solo porque es la época de lo abstracto? ¡Oh, no, no!

—Por último, ¿y tú?

—Yo no soy ni un efectista ni un sensacionalista. Soy un trabajador. En el sentido de obrero. Soy un simple trabajador que procura hacer las cosas lo más dignamente posible.

Maria-Jesús ECHEVARRIA



El día de la inauguración de la Exposición de Liébana en Madrid



# CINCUENTA AÑOS DE LA SIERRA DE GUADARRAMA

## LAS BODAS DE ORO DEL CLUB ALPINO ESPAÑOL

### LOS HOMBRES QUE INTRODUCIERON EL DEPORTE DEL ESQUI

**HACE** cincuenta años, cuando llegaba el invierno, cuando esos lugares de ahora tan conocidos—el puerto de Los Cotos, Peñalara, Val de Martín, el Noruego, etc.—se cubrían de nieve, la madrileña sierra del Guadarrama sólo podía mostrar, quizá como raros ejemplares humanos por la afición, a veinte justos y exactos esquiadores.

Hace cincuenta años no había trenes domingueros llenos de muchachos y muchachas, con sus «anoraks» de chillones colores, con sus botas impermeabilizadas, con sus encerados esquíes, relucientes y cuidados como láminas de oro; ni había caravanas de automóviles subiendo por la carretera, desde Villalba, destacando el verde, el negro o el azul claro de la carrocería en contraste con el nevado alrededor; ni estaba el eléctrico, hoy un poco cansino; ni el telesilla ingrátido, aéreo y volátil; ni había nada. Sólo podían identificarse a veinte esquiadores, impávidos frente a los comentarios, a las opiniones y a las contrariedades de todos los vecinos de Madrid, de los habitantes de los pueblos serranos y de los moradores de sus aldeanos.

A principios de siglo, la estación suiza de Davos era una de las más importantes para la práctica del deporte del esquí. No es que Davos haya dejado de serlo ahora, no; mas en los comienzos del XX, Davos iba a ser como el germen de una biografía que alcanzaría fastos de auténtica gloria general. En aquellos años, un español llega a las montañas suizas: es Manuel G. de Amezúa. Aquel muchacho joven no se había calzado nunca los esquíes. Transcurre un pequeño tiempo de aprendizaje; luego aumenta la afición. Era verdaderamente emocionante ir alcanzando velocidad cuando se deslizaba sobre la nieve blanda o dura, helada o corriente. Manuel G. de Amezúa vuelve a España en 1904, siendo el primer corredor español de la especialidad: el primero y el único.

Por entonces, el joven Amezúa estudiaba. Sus amigos estaban, pues, entre los de la carrera de ingeniero. Entonces en una cerve-



cería en la madrileña plaza de Santa Ana, en el mismo lugar que hoy están las cervcerías Alemana, Oro del Rhin, etc., donde los amigos del inaudito y singular deportista, para la época, celebraban su tertulia.

Ahí, sólo hablaba un hombre. Un estudiante, que decía:

--Muchachos, lo mejor que hay es esquiar. Donde esté la nieve, que se quite lo demás. ¿Vosotros sabéis lo emocionante que es deslizarse a toda velocidad por la nieve?

Luego venía la explicación de la técnica, de la manera de sostenerse, de la forma de dar los virajes, del modo de apoyarse en los bastones, de la habilidad para no hacerse daño en las caídas. Y todo ello acompañado de demostraciones en pleno salón, demostraciones teóricas, claro es, que hacían del joven conferenciante el personaje central de la atención más acusada y permanente de todos los contertulios, e incluso asistentes de otras mesas.

Resumen: Manuel G. de Amezúa trae a España, como un elemento portador, el germen de lo que

hoy es deporte de toda clase de personas: el esquí. Y se va con sus amigos a la Sierra. Veinte amigos, ni más ni menos, sin que nadie les estorbe.

### LOS VEINTE PRIMEROS DE ESPAÑA

Se ha decidido la constitución del primer grupo de montaña que habría en España. Son los veinte amigos de Amezúa, él incluido. Había que buscar un nombre para la agrupación. Entonces, como ahora, el idioma inglés estaba de moda, y alguien dijo:

—Nos podíamos llamar «El Twenty».

Se objetó algo; pero, en resumen, se aprobó por mayoría. Había llegado, pues, el momento de hacer la primera inauguración del nuevo deporte.

Un domingo del año 1904, invierno riguroso, con nieve bien caída en la Sierra, los amigos se dan cita, de mañana temprano, en la estación del Norte. Manuel G. de Amezúa ya se había encargado en la Compañía de Maderas de Madrid los primeros esquíes que se fabricaron, no sólo en la capital, sino en España.

Eran de madera de ikori, lisos, sin curvar por la punta, pesados, con complicadas ataduras, y no tenían de particular, en el aspecto puramente técnico, más que su dureza y el ser de una madera que raramente tenía algún nudo. Mas aquellos primitivos esquíes, auténtica hoy joya de Museo, fueron la escuela práctica donde los componentes de «El Twenty» iniciaron sus entrenamientos y demostraron sus aptitudes.

Ya están todos en la estación. Sale el tren para Cercedilla: una máquina de alta chimenea, unos vagones pequeños como cajas de cerillas. El trayecto es lo único, en distancia, que no ha variado. Porque en tiempo, los expedicionarios tardaron, exactamente, dos horas y media en el viaje.

Ya estaba hecho lo primero. Luego había que subir por el camino del Calvario hasta el Ventorrillo, y después, cuatro kilómetros por la nieve también hasta llegar al puerto.

Menos mal que entonces las tarifas ferroviarias sólo marcaban para Madrid-Cercedilla dos pesetas con cinco céntimos ida y vuelta, valedera por tres días.

Se generaliza la afición. Se sale los sábados, e incluso algunas veces los viernes. Y había, por tanto, que buscar lugar para dormir.

Lo primero es la casilla del peón caminero. A aquella minúscula mansión llegan los muchachos, alegres, joviales, optimistas. El buen habitante de la montaña ya los conoce, y se ríe y disfruta en su compañía. El será, entonces, el único testigo de los progresos esquiáticos de los excursionistas. Porque en la época de nieve, después de bajado el ganado a los corrales, en aquellos tiempos, no quedaba ni un alma viviente por toda la Sierra.

En la casilla del peón, pues, se desarrollan también las partidas de cartas, y se cuentan historias, y se bebe buen vino, y se comen muchos pares de huevos fritos. Pero la agrupación quiere y desea un hotel, un refugio propio. Se inicia la construcción de un rudimentario refugio, que, dentro de las posibilidades, tendrá, aparte de calor y techo, el ilusionado atractivo de cosa propia, de cosa comunal.



Una curiosa fotografía del Ventorrillo hace años; obsérvese el modelo de los coches

Aquello toma importancia. Ya no son veinte los que, cada día, van engrosando las filas de los primeros esquiadores españoles. Ya son más, y cada vez hay nuevas solicitudes y nuevas incorporaciones.

Entonces se decide constituir una agrupación más amplia. Han pasado tan sólo dos años. Estamos en 1906. Nace, entonces, el actual Club Alpino Español. Cincuenta voluntades dieron impulso a la idea.

#### PINOS DE BALSAIN PARA EL CUARTEL GENERAL

El Club Alpino Español va creciendo paulatinamente. Todavía son pocos en número, pero la escasez de socios tiene una buena compensación: la compensación del esfuerzo y la buena voluntad de los primeros alpinistas, su entusiasmo, su constancia y decisión para que aquello no decaiga; para que la obra empezada tome cada día, cada domingo, mayor auge, mayor empuje; para que el sacrificio de los fundadores no sea baldío.

Al Club Alpino Español le hace falta ya un gran cuartel general de operaciones que tenga su asiento junto a la nieve, que vea pasar y desfilar por sus puertas en las frías mañanas domingueras el incipiente ejército de esquiadores. Y la aspiración se plasma un día en realidad. Estamos a las puertas de un nuevo año. En el año 1909. Un año que los alpinistas de la primera época no olvidarán fácilmente. Los 71 socios que por este tiempo tienen escritos sus nombres en las listas fundacionales han reunido las primeras 15.000 pesetas para abrir los cimientos de un chalet instalado en la carretera que va desde Villalba hasta la sierra de Guadarrama. Pero 15.000 pesetas apenas son nada para la gran obra que ellos tienen en proyecto, para la obra que bule en su imaginación. Un día, el presidente del Club recibió una buena noticia: todas las maderas que hagan falta para el nuevo edificio no costarán un céntimo. Los regalará para el Club el mismo Rey. De los bosques que rodean a Balsain comienzan a llegar a la explanada, donde ya se levantan los muros del edificio, camionetas, cargadas de pinos recién cortados. Junto a las proximidades del lugar donde hoy se enclava el tan conocido y famoso Ventorrillo se levantó entonces el primer chalet alpinista. Un chalet con todas las exigencias del confort y la elegancia que los tiempos pedían. Chalet y refugio para los madrugadores amantes de la nieve y del esquí.

En 1908, el Club Alpino Español todavía sigue contando con los 71 socios. Dos años más tarde, el número se multiplica. Son exactamente 354. La afición cunde y el ejemplo se imita. Del reducido círculo de amigos de los primeros años se ha pasado ya al área de los desconocidos, de los socios en gran escala, que van formando la gran familia alpinista española. En 1915, los socios son ya 650. El número casi se ha duplicado. En las mañanas de domingo, la carretera que lleva hasta los altos del Guadarrama y el tren que llega hasta Cercedilla se van poblando de bastones y es-



El edificio del Club Alpino en la sierra de Guadarrama

quies, de morrales, de típicas gorras que parecen pasamontañas. La indumentaria de los alpinistas corre parejas con el tiempo: bandadas de lana parda y multicolor, que se enrollan en las piernas, largas chaquetas de pana gruesa, pantalón ceñido de media pierna abajo y excesivamente ensanchado por arriba. La indumentaria del esquiador no está de espaldas a la moda, y el tiempo se encargó de sustituir las complicadas ropas de entonces por el sencillo equipaje de hoy.

Por estos años, las filas de los alpinistas se ensanchan con el número de las primeras mujeres que se lanzan a la Sierra con la misma decisión y la misma constancia que los hombres. La mujer española comienza a hacer sus visitas de deportista, poniendo sobre la nieve del Guadarrama la nota simpática y atractiva de su figura, adornada de raros atuendos, que para los de entonces tenían los mismos encantos que los actuales para los de hoy.

### LA ELEGANCIA Y EL AMOR EN LAS MUJERES «ALPINISTAS»

La presencia de la mujer española en la Sierra tuvo, en su origen, una explicación muy sencilla. Muy sencilla y muy natural: acompañar al novio, que se pasaba todo el domingo en la nieve, pasando por alto la entrada del teatro, la charla o el paseo por la Gran Vía, por Rosales, por la Moncloa o las orillas del Manzanares. El domingo era y es el único día del que pueden disfrutar los enamorados, y había que evitar que las pistas de nieve, los



La casilla del Twenty Club, en 1907

bastones y los esquís se pusieran por medio para separar una compañía tan deseada durante los seis días de la semana. El novio fue el imán. Después, nació la afición, y la afición haría lo demás.

Clementina Payá es la primera mujer que apunta su nombre en la lista del Club Alpino en Madrid con el número 51 en el carnet. El ejemplo cundió bastante. Vinieron los tiempos en que la falda se subió un poquito, casi hasta media pierna, con gran escándalo de las que tras los visillos de la ventana veían pasar a las primeras esquiadoras madrileñas. Las medias de lana cubrían pierna y tobillo. Después vino la bomba; la faldapantalón, que llegó al paroxismo del escándalo por parte de las señoras, que por aquellos años creían que a aquello de ir a la Sierra había que hacerle la cruz como al diablo. Y como la moda venía exigiendo e i m p o n i é n s e , llegó el día en el que sobró la falda, y el pantalón apareció como el más indicado, el más apropiado y el más desenvuelto para los domingos de sierra. Del pantalón bombacho, donde la silueta femenina se ahogaba y se perdía, hasta el estilizado y estrecho pantalón de las esquiadoras de nuestros días pasaron muchos años.

De las noruegas se tomó la moda de la estilización. Al tiempo que se ganaba en ligereza, en faci-

lidad en gracia para el deporte, no se perdía tampoco en estética, belleza y gracejo para la línea. Y en esto de la línea, la mujer es de lo más amante de la geometría. El pantalón noruego y el útil «anorak» formarían el uniforme completo de la esquiadora.

Hoy, en España, existen muchas esquiadoras que saben competir con los hombres y arrebatan a su contrario un trofeo codiciado. Lo que empezó por una simple «cuestión de amor» terminó por una afición intensa, en la que cada día la mujer se hace más presente y más constante.

El Club Alpino Español puede vanagloriarse, con orgullo, de ser la primera entidad montañera española que llevó la mujer a la Sierra, y la primera también en cuanto a número de socios femeninos.

### LA ETAPA DE LAS EDIFICACIONES

Comienza a perfilarse la Sierra madrileña como un gran personaje de fondo, de un fondo principal y duradero, que será en el futuro elemento constancial con la capital de España, tanto en el aspecto blanco y abrigado del invierno, como en el aspecto refrigerante y ligero del verano.

Ya el ferrocarril a Cercedilla tarda menos; ya empiezan a subir automóviles al puerto de Navacerrada, unos automóviles de auténtico motor de explosión si se juzga sólo por el externo ruido; ya la Sierra tiene cada vez más periódicos habitantes temporales. Aumentan las mujeres, se implantan las modas en el vestir, se hacen cada vez más noviazgos y, por ende, más casamientos: la Sierra madrileña ha entrado en una auténtica mayoría de edad. Estamos en la tercera decena del siglo, la que va desde 1920 a 1930.

El Club Alpino Español—un Club señor por la categoría de sus socios, un Club primero por los éxitos conseguidos—entra en lo que pudiera llamarse la etapa de sus grandes construcciones. Ya está levantado, inaugurado y más que utilizado el nuevo local de montaña. Y las realizaciones de la época van a tener los siguientes nombres: se edifica un nuevo refugio de montaña en Siete Picos; se inaugura otro en La Maliciosa; se abre el refugio de Gredos, camino de la laguna, en la subida del fin de la carretera; se termina el refugio de los Picos de Europa y se pone en servicio el refugio del puerto de Los Cotos. Junto a lo material, crece también lo moral: aumenta el número de socios.

Junto a las viejas generaciones de los Amezúa, Marsal, Aguinaga, Kindelán, Santos Mata, Orueta, Aguilera, Loring, G. de Caux, etc., van saliendo los Martínez-Corcher, Sáinz de Aja, Sáez de Mera, Arche, Jiménez, Urgoiti, Parra, Pirinoli, Ceballos, Jarillo, etc., etcétera, etcétera... Van saliendo y van creciendo como el tiempo y como los triunfos del Club Alpino.

Llega nuestra guerra; con ella desaparecen todos los moblajes del edificio del Alpino. No quedó nada, ni una silla casi para contarla.

Mas luego, con la paz, la Sierra volvería a recobrar a su gente y a adquirir nuevos entusiastas. Porque de aquellos veinte primeros a estos diez mil domingueros de ahora, están, para testificarlo,

**SINTOMAR NADA POR BOCA**

**SIN REGIMEN DE HAMBRE**

ADELGAZANTE ANTICELULITIS

**30 DIAS SEPARAN ESTAS 2 FIGURAS**

Existe un método EXTERNO que sin tomar nada por boca, sin seguir un régimen debilitante, sin hacer gimnasia fatigosa, ha permitido a muchos miles de mujeres del mundo entero recuperar la alegría de vivir sintiéndose hermosas y admiradas. UNA NOVEDAD. No os pedimos una confianza ciega en nosotros... sino que somos nosotros que tenemos plena confianza en vuestro criterio.

524

una NOVEDAD

Enviadnos el vale adjunto a su copia; nosotros os remitiremos literatura y sobre todo, una oferta especial que os permitirá ensayar en vuestra casa un tratamiento completo y en tales condiciones que si no obtenéis nuevamente la silueta deseada, no os costará ni un céntimo. No enviad dinero. Adjuntad únicamente sellos para la respuesta.

PARIS · LOS ANGELES · BRUSELAS · MILAN · MAYENZA · VEVEY · CARACAS · LISBOA

**GRATUITO VALE N° EE**

LABORATORIO SVELTOR

— Otis, 27 - Barcelona —

Envíame Ud. sin compromiso alguno de mi parte, la documentación sobre el método SVELTOR, así como la oferta de prueba a sus expensas.

**SVELTOR**

la voluntad y el trabajo de los hombres que han llevado hasta la cima, en todos los sentidos, al Club Alpino Español.

### DESDE LOS PICOS MAS ALTOS, A LAS PROFUNDIDADES DE LA TIERRA

En 1940 vuelve a funcionar el Alpino bajo la presidencia de don Enrique Sáiz de Aja. Un período de doce años en que se vuelven a levantar todas las instalaciones, ya que no había ninguna sana. Es una época difícil.

Llegamos así a 1954. Es elegido presidente don Jesús Martínez-Correcher y Solaz; un presidente creador, eficaz y activo, bajo cuya gestión el Club ha celebrado el cincuentenario de su fundación.

Del primer día de funcionamiento, allá en 1906, a la actual compleja constitución de la Sociedad, hay una diferencia tan grande como de la nieve serrana a la arena desértica.

El Club Alpino Español dispone, además, de otras Secciones —Montaña, Alta Montaña y Espeleología—, algunas de las cuales son de reciente creación. En las de Montaña, el Club Alpino Español ha contado con figuras de tal talla internacional como el pobre Santiago Fernández Rubá, muerto hace unos días en accidente en el macizo de Peñalara.

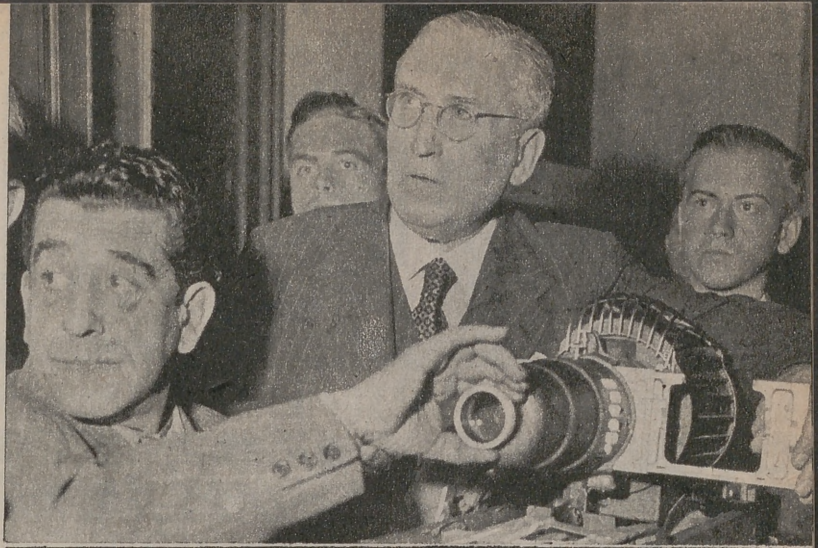
En la Espeleología, cuyo crecimiento ha sido debido, en gran parte, al impulso de don Jesús Martínez-Correcher, el Alpino es precursor en Castilla de tan difícil y peligrosa especialidad. Bajo la dirección del doctor Díaz Gómez se han realizado exploraciones en Escalona, Villa del Prado, Almorox, Torrelaguna—donde se llegó a 700 metros de profundidad—y Pedraza, en la provincia de Segovia, en cuyo punto se descubrió un importante cementerio paleolítico. En esta última expedición estuvo el Presidente de la Diputación de Segovia, don Jesús María Iraola, antiguo socio del Club y aficionado a esta modalidad del deporte alpino.

La sierra de Guadarrama ofrece hoy la inmediata realidad de un teleférico empalmado con la desviación del ferrocarril eléctrico, que llegará hasta Los Cotos y dejará al usuario del artefacto en la misma laguna de Peñalara, con lo que, por medio de esta proyectada red de comunicaciones, la Sierra madrileña podrá compararse e incluso superar a las clásicas estaciones extranjeras de Saint Moritz, Chamonix, Garmischk, Cortina d'Ampezzo, etc.

### EL BROCHE DE LAS BODAS DE ORO

Hoy, una de las estampas más conocidas de los invernales dominos madrileños la componen los turnos de excursionistas y esquiadores que abandonan la capital para emprender el camino de la Sierra. Una estampa bien mafanera que sólo pueden contemplar la los buenos madrugadores, los que dejan la cama antes de las siete de la mañana en un día festivo y de invierno, que ya es decir.

De la plaza de Bilbao, de la plaza de España, de la calle Mayor, de los lugares más estratégicos, una caravana de autobuses se pone en marcha. Los montañeros son siempre puntuales. En los grupos de viajeros se ven mujeres y hombres por igual. Un rato



El presidente del Club Alpino, don Julio Martínez Correcher, prepara la proyección de diapositivas en la conferencia de Bonatti

de carretera o de tren, coplas de camino, alegría y buen humor, y una parada en el puerto de Navacerrada.

De las muchas Sociedades alpinistas que hoy existen en Madrid, el Club Alpino Español es la esencia y el origen de todos. Primero fué el Club, después fueron naciendo organizaciones donde la afición y el entusiasmo cundió por igual. A los cincuenta años de existencia, el Club Alpino cuenta ya con más de 2.000 socios. Dos mil socios que han celebrado jubilosamente sus bodas de oro. Y para celebrar las bodas de oro de un Club alpinista, en la fiesta y en las bodas el protagonista insustituible tiene que seguir siendo la nieve, la compañera inseparable de los domingos de invierno, Carreras, certámenes de velocidad y de fondo, saltos de altura, toda una fiesta brillante, concurrida de esquiadores y espectadores sobre la nieve blanquísima del puerto de Navacerrada.

En las carreras con que se han celebrado las bodas, los franceses han tenido ocasión de lucir su preparación y su técnica. Beard, el rapidísimo esquiador de la escuela francesa, ha sido el hombre del trofeo. Buena técnica, magnífica contextura física para la carrera y para el salto y un poquito de suerte para lanzarse sobre «schuss» de la carrera sin perder la visibilidad en la espesa niebla que se cernía sobre el puerto.

La actuación de los españoles en estas pruebas de competición también ha sido memorable. Los nombres de Norberto del Barrio, Bartolomé Merino, G. Elias y Oscar Caprotti se pueden citar como modelos.

La profunda capa de nieve que en el día de las bodas ha cubierto las pistas de Navacerrada ha venido a ser como la mejor oferta y el mejor regalo para que la fiesta tuviera todo su esplendor.

Walter Bonatti, «el mejor montañero del mundo en 1955», ha venido a Madrid, e invitado expresamente por este Club ha pronunciado una conferencia en los salones del Ayuntamiento, dando, con su presencia y con su experiencia, nuevo realce a la conmemoración.

Este ha sido el broche de oro puro con que se han cerrado cincuenta años de historia de la primera institución alpinista española.

Cincuenta años con sólo ocho presidentes: Manuel G. de Amezá, Antonio Martín Gamero. Armando de las Alas Pumarín, Luis Recasens, Manuel Maura y Salas, Antonio Prast y Rodríguez de Llanes— que estuvo veinte años en la presidencia—; Enrique A. Sáiz de Aja y Jesús Martínez-Correcher y Solaz. Ocho hombres compendio y resumen de cincuenta años de la sierra del Guadarrama.



Venciendo al temporal, los socios del Alpino llegaron a tiempo para ver la celebración de las Bodas de Oro de su Club

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



CINCUENTA AÑOS DE LA SIERRA DE GUADARRAMA  
Las Bodas de Oro del Club Alpino Español  
LOS HOMBRES QUE INTRODUCIERON  
EL DEPORTE DEL ESQUI

A. E.  
EGADA

CONGRESO INTERNACIONAL  
DE LAS BODAS DE ORO  
1956

AMBRF  
SOLAIRE

← Vea pág. 60